

LAUTARO

Y

DEDICATORIA

SUS TRES CAMPAÑAS

CONTRA SANTIAGO,

1553—1557.

ESTUDIO BIOGRAFICO SEGUN NUEVOS DOCUMENTOS,

POR B. VICUNA MACKENNA.

SANTIAGO:

IMPRENTA DE LA LIBRERIA DEL MERCURIO,
CALLE DE MORANDE, NUM. 38.

—
1876.

LAUTARO.



DEDICATORIA.

A Ruperto Ovalle i Vicuña,

En memoria del sér puro, santo, inolvidable que desde la cuna tanto amamos juntos i cuyo nombre de madre será durante el resto de nuestros dias, el santuario de dulce i jamas perturbada amistad.

Santiago, diciembre 27 de 1876.

B. VICUÑA MACKENNA.

UNA PALABRA.

La historia verdadera del Nuevo Mundo i especialmente la historia de Chile está por escribirse, o mas bien, por rehacerse.

Lo que hasta aquí ha visto la luz pública sobre los remotos tiempos de nuestra patria, ha sido, en efecto, su leyenda, sus consejas, sus poemas.

Escribieron los últimos Alonso de Ercilla, Pedro de Oña, don Juan de Mendoza i Alvarez de Toledo.

Mecieron a las primeras, en su tosca cuna, dos rudos soldados (Mariño de Lovera i Góngora Marmolejo) que narraron la conquista de Chile, como Bernal Diaz del Castillo la de Méjico, i es por esto lo suyo lo mejor que poseemos, porque es lo mas injénuo.

En cuanto a las *consejas*, debémoslas a dos frailes, un jesuita i un franciscano, el uno aquel Alonso de Ovalle, que publicó sus cuentos en pergamino a mediados del siglo XVII, i el otro aquel frai Francisco Xavier de Guzman, el padre Ovalle del siglo XIX, que dos siglos justos mas tarde hizo de nuestra tradicion un diálogo de fraile a lego, a manera de plática de via sacra.

I es de notar que miéntras todas esas obras han pasado por las prensas en varias ediciones, permanece todavía iné-

dita la única fundamental i de la cual, por confesion propia, sacaron toda su sustancia los compendios históricos que debemos a Ovalle, a Olivares, a Molina, todos jesuitas, discípulos i súbditos de Diego de Rosales, provincial de la orden en Chile i autor de aquella gran compilacion histórica.

No es ménos digno de memoria que las dos peores crónicas de nuestra tierra, jemelas en lo erróneas i en lo mal escritas—la del padre Guzman i la de Gay,—hayan sido publicadas a espensas del erario público, porque ocurrióseles a nuestros gobernantes que la primera no podia ser sino obra de señalado mérito, porque siendo su autor un monje, habia de ser éste el Mariana de Chile, como de la última debieron pensar que, siendo el compilador botánico i zoolojista, habria de compilar con igual método los hechos como las yerbas, las enseñanzas como las lagartijas, las datas como los cucarachos. No dió, es cierto, mala base a su relato el laborioso sabio frances, pero fuéle forzoso ponerse en manos de empíricos i de pretenciosos charlatanes, como lo reconocia él mismo con dolor mas tarde, entregando el acopio de sus labores históricas a gramáticos papagallos de a un franco por pájina,—profundos borroneadores de papel que se horrorizan de meter dentro de su español campanudo palabras indíjenas como las de *mita* o *yanacona*, pero que dejan traslucir en cada párrafo impávido e inefable deleite, cuando por decir valor dicen *ardicia*, i por las batallas *lelilis*.

Pero lo que en el último cuarto de siglo ha venido a producir la revolucion, apenas comenzada todavía, que dejamos insinuada, es el estudio de los tesoros que durante trescientos años han escondido en sus silenciosas bóvedas los archivos de Simancas i de Indias, reunidos hoi en uno solo en la Casa Lonja de Sevilla.

Allí es donde está la historia verdadera, comprobada, palpitante; i de allí debe ir paulatinamente surjiendo la mudanza continúa i la rectificacion casi universal de hechos, de caracteres, de épocas, de glorias escondidas, de relumbros que han sido imposturas, de empresas de ignoto heroísmo, de crímenes no juzgados.

Nos proponemos en esta serie de ensayos populares destinados, por la forma en que se imprimen, a dar a conocer a los chilenos algunos de esos episodios ignorados, oscurecidos o contradichos, conservando en cada caso la estricta veracidad histórica del relato, único mérito duradero de las obras de este jénero; porque la novela daña mucho mas que lo que enseña cuando se la hace consorte complaciente de la crónica para deleitar con la ficcion a espensas de la verdad. Así irá tal vez ganando prosélitos este nuevo jénero de literatura doméstica que nos enseñará en mucha parte lo que somos a fuerza de escrudriñar lo que ántes hemos sido. Así se logrará tambien en parte el sacrificio de algunas buenas voluntades que de consuno han trasladado ya a Chile, a fuerza de trabajo i de dinero, casi todo lo útil i ameno que respecto a nuestro país contienen los archivos mencionados (1).

Llevados de este propósito, hemos elejido por hoi un tema que, por su propia esterilidad, pondrá de manifiesto la

(1) Los chilenos que se han impuesto esta tarea i llevádola a cabo han sido el Iltmo. Arzobispo de Santiago, el señor Manuel José Irarrázabal i especialmente el incansable i profundo erudito don Diego Barros Arana. El que ésto escribe, hizo copiar tambien en el *Archivo de Indias*, en 1870 i 71, sesenta grandes volúmenes, i trajo a mas de Valencia la Historia inédita del padre Diego de Rosales, cuya copia, lista para la prensa desde 1872, tiene mas de cuatro mil pájinas, pudiéndose formar con su impresion una obra tan voluminosa como la de Gay. De estas fuentes enteramente inéditas, sacaremos los mas interesantes i los mas des conocidos de nuestros argumentos.

riqueza del venero histórico que esconden las entrañas de nuestro pasado, porque es preciso no olvidar que si en este asunto tratamos de la alborada nebulosa de nuestros anales de la colonia, estiéndense los últimos, durante doscientos i setenta años, a mil románticos argumentos que llegan hasta la puerta de nuestro siglo i se encadenan en cierta manera con la era de la revolucion.

«Lautaro» ha sido, en efecto, hasta aquí un nombre legendario mas bien que histórico.

Los cronistas, los poetas, los historiadores mismos hasta la época de nuestra independencia, que fué una era de verdadera glorificación para aquel caudillo indijena, vivieron empeñados en revestir su cuna, sus hazañas, su memoria con los aparatos de la fantasía hasta presentarlo como uno de los semi-dioses de Homero.

Nosotros nos apartamos de esa senda deslumbradora, pero engañosa.

Queremos presentar al héroe araucano tal cual fué,—indio, bárbaro, vicioso, bravo, heróico, guerrero de grandes dotes naturales, patriota sublime, todo a un tiempo i en el breve dia en que vivió.

Todo eso fué Lautaro a juicio nuestro; porque no por ser libertador dejó de ser bárbaro, no por ser héroe desnudóse ni de los hábitos ni de las pasiones de su raza.

Nos hemos empeñado, por tanto, en exhumar esta figura histórica, sacándola de los archivos polvorosos en sus verdaderas proporciones, sin aumentar una sola línea a su talla, sin menoscabar tampoco su elevado pedestal.

Queremos que los chilenos conozcan a aquel de sus compatriotas que, sin escepcion de una sola nombradía nacional, ha alcanzado mas dilatada fama en el mundo, tal cual

fué en su tiempo i en su tierra, i no tal cual le ha hecho la ponderacion de la poesía.

Nuestro único afan histórico i literario en este rápido ensayo, que es posible sea seguido de muchos otros de igual jénero sobre los mas esclarecidos nombres del *Descubrimiento*, de la *Conquista*, i del *Coloniaje*, no puede, por tanto, ser otro que el hacer conocer al lector el «Lautaro» verdadero, en oposicion al «Lautaro» fabuloso.

I de esta suerte, si tenemos la fortuna de interesar con este primer bosquejo la atencion pública, no seria difícil tal vez acometer con empeño i solicitud, por muchos obreros a la vez, o solo por los escojidos de esta entre nosotros malhadada tarea, la empresa de rehabilitar por el estudio nuestro pasado colonial, tan interesante como el cielo de la independencia misma, que ha sido el campo exclusivamente explotado durante los últimos treinta años.

En este sentido, la vida de Lautaro, que hoi publicamos, escasa en datos como toda noticia de bárbaros i de época remotísima, pero comprobada toda con estudioso afan, ofrece dos diversos aspectos.

Como rehabilitacion puede considerarse como un ensayo histórico.

Pero como ensayo literario, ¿no podria servir de punto de partida a un nuevo rumbo en los estudios puramente nacionales?

EL AUTOR.

CAPITULO I.

ARAUCO.

(ORÍJEN DE LAUTARO I DE SU NOMBRE.)

Niñez de Lautaro i época verdadera en que entró a servir a Valdivia.—¿Se desertó Lautaro en la batalla de Tucapel o ántes?—Juicio sobre este acto.—Lautaro en la batalla de Tucapel.—Su importancia en el campo araucano.—Introduce la estratèjia de los españoles entre sus compatriotas.—Marcha asombrosa de Francisco de Villagra desde Osorno a Concepcion.—Batalla de Marihueno.—Lautaro toma la artillería.—Los araucanos mandados por Lautaro, ocupan a Concepcion.

“Fué Lautaro industrioso, sabio, presto,
De gran consejo, término i cordura,
Manso de condicion i hermoso jesto,
Ni grande ni pequeño de estatura.
El ánimo en las cosas grandes puesto,
De fuerte trabazon i compostura,
Duros los miembros, recios i nerviosos,
Anchas espaldas, pechos espaciosos.”

(Alonso de Ercilla.—*Araucana*, Canto III.)

I

Pedro de Valdivia, gran capitan, soldado valerosísimo, aventurero vano i ostentoso que gustaba ser comparado a los héroes por sus hechos i a los príncipes por su munificencia, tenia cuando fué gobernador de Chile, entre su nu-

merosa servidumbre, compuesta de capellanes, mayordomos, secretarios de cartas, camareros, caballerizos i piqueros, tres pajes favoritos que se llamaban *Andres*, *Agustin* i *Felipe*, cuyos nombres, por cariñosa familiaridad, nunca pronunciaban al llamarlos él i los suyos sino en diminutivo.

II

Eran aquellos tres mancebos hijos de los valles de Chile i de caciques principales: *Andresillo*, del valle de Copiapó: *Agustinillo*, del de Mapocho, de la familia del cacique de Colina, Calacante, natural del Perú: i el tercero, *Felipillo*, de la comarca llamada propiamente Arauco, es decir, el país de «Ragco» (agua de la greda), cuyo nombre en varios otros parajes de Chile ha sido trocado simplemente en «Rauco.» Habíanle puesto el nombre de Felipe en recuerdo del hijo único de Carlos V, así como dieron a Chile el nombre de «reino» en honor de este príncipe cuando se desposó con la reina Maria de Inglaterra. I de aquí vino que siendo esta comarca la colonia mas pobre i desdeñada de la América, ostentaba por portada aquel pomposo título mientras que el Perú, de cuyo visir era feudo, no pasaba de ser un «vireinato».

El nombre verdadero de aquel paje, i adecuado a su oficio de caballerizo, era el de Lautaro, simbólico de la ajilidad, porque los araucanos, como los indios de la América del Norte, adaptaban las condiciones de los animales i de las aves a la organizacion física o a la índole moral que atribuían a sus hijos.

Por esto su nombre propio era el de Luan-taro, de *luan* (guanaco) i de *taro* (ave conocida de rapiña). Su padre se

llamaba Curifiancu, es decir, *águila negra*, de ñancu (águila) i de curi (negro) (1).

III

Es la vida corta, pero extraordinaria de este famoso capitán indijena la que ensayamos contar hoi a nuestros lectores, devolviendo a la verdad histórica todo lo que la fábula o el odio, la ponderacion o la epopeya le han arrebatado.

En Felipe Lautaro hai en realidad dos hombres, o mas bien, dos mitos: el hombre de la mitología indijena creada por el jenio i la rima sonora de Ercilla, i el mancebo indio, hombre, soldado, conquistador, jenio de guerra cuyos hechos dignos de inmortalidad yacen inconexos u olvidados en las crónicas. Júzganlo muchos, por ésto, un personaje imaginario, simple nombre feliz de una leyenda heróica, como el de los capitanes de Homero, a la cual, sin embargo, domina por entero con su carácter, sus hazañas, sus vicios vulgares, su patriotismo incontrastable.

I bajo este punto de vista, séanos permitido manifestar una vez mas nuestro asombro delante del juicio de sapientísimos críticos españoles empeñados en negar a la *Araucana* el carácter i el título de poema épico, porque carece (en apariencias) de su condicion literaria mas esencial, cual es la figura prominente i única de un héroe, de un caudillo, de un semi-dios que habrá de llamarse Ulises o Eneas, Orlando o Godofredo. Mas, los que tal piensan, no han leído de seguro

[1] El único autor en que hemos encontrado el nombre del padre de Lautaro es en Carvallo; pero este historiador, cuando no sigue los libros del cabildo de Santiago, que leyó con mediana atencion, es poco digno de crédito, sobre todo por su falta absoluta de criterio i de induccion histórica.

La mayor parte de los escritores antiguos se limitan a decir que Lautaro era hijo "del cacique principal de Arauco," pero sin nombrarlo.

ni analizado filosóficamente la *Araucana* en su primera parte, que es el verdadero poema completo, acabado, lleno en todas sus estrofas de la admirable unidad del heroísmo del mozo de caballos del conquistador de Chile.—Ni han parado tampoco mientes esos descontentadizos censores, en que de los quince cantos de esa parte, doce de ellos ocupa Lautaro con su personalidad i sus hechos, desde el momento de su defeccion, que el poeta narra en el Canto III, hasta el que relata su heroica muerte, que es el Canto XIV (1).

Pero no es nuestro propósito esta vez entrar en una polémica escolástica, sino investigar con sobriedad i paciencia la vida real de aquel indio verdaderamente extraordinario, i presentarlo a la posteridad tal cual era, con sus pasiones, sus cualidades, sus vicios, sus crímenes, sus levantadas empresas i su indisputable jenio, como si tratáramos de reconstruir o de compajinar la historia de cualquiera otro de nuestros compatriotas, enaltecido por la fama u oscurecido por el pasar de los siglos i su natural olvido, mohó de la gloria.

IV

El mayor número de los cronistas antiguos, o por mejor decir, todos, incluso el poeta ilustre que ha prestado a Lautaro un renombre universal, afirman con poco criterio, que el paje predilecto de Valdivia se creó en su casa desde su primera infancia. Error evidente ha sido aquel, si bien valido, porque el conquistador pasó la primera vez el Bio-Bio sólo cuatro años ántes de su muerte, esto es, en el otoño de

[1] Véase sobre esta cuestion literaria, por el que tenga interes en ello, nuestro estudio publicado en el *Independiente* a fines de octubre del presente año, con el título de los *Cuatro poemas épicos de Chile*.

1550, despues de haber fundado el 5 de febrero de ese verano la antigua Concepcion.

Lautaro, hijo del cacique principal de Ragco, criado entre las selvas que se estendian entónces entre el Carampangue i el Tirúa, no pudo, por consiguiente, ser ofrecido en prenda de paz ni por sus padres ni por sus deudos, segun es costumbre todavía en la Araucanía, a un señor imaginario, puesto que la ocasion del vasallaje o de la dádiva habia faltado.

El puesto que le señalara su amo en su servicio doméstico, cual era el de paje de caballos o palafrenero, suponía, por otra parte, en el mancebo indijena aquel desarrollo de músculos i de intelijencia que no es propia de los primeros años de la infancia, sino de la pubertad, i por ésto podria darse como cierto que Lautaro entró a servir en las caballerizas del conquistador de Chile cuando habia cumplido dieziseis o dieziete años por lo ménos, a no ser que un caso extraño e inespicable que a la historia no le es lícito aceptar, hubiese anticipado su esclavitud hácia una época cercana a su cuna. Cuando Pedro de Valdivia entró por la primera ocasion en Chile (1540), Lautaro no podia contar mas de cinco a seis años de existencia (1.)

(1) Córdoba i Figueroa dice: «Criado en su casa desde su primera infancia» (páj. 76).—Ercilla, que en materia de datos personales, no parecia tomarse mas licencias que las que solia exigirle el consonante, dice únicamente i conforme con nuestro juicio:

«Un hijo de un cacique conocido
Que a Valdivia de paje le servia
Acariciado dél i favorito,
En su servicio a la sazón tenia.»

Araucana.—Canto III.

Diego de Rosales asiente tambien a esta opinion, porque dice, hablando de un peloton de flecheros araucanos que acompañaron a Valdivia en

Es de todas suertes un punto de no pequeña importancia en nuestra síntesis, el que acabamos de fijar, porque vamos a ver a Lautaro presentarse jenuinamente bárbaro, cruel, ébrio, falso i hasta traidor, es decir, indio araucano en toda la estension de los defectos de su raza; pero al propio tiempo dotado de condiciones sorprendentes de ingenio, de sagacidad, de prevision, de elocuencia, de constancia de granito, de voluntad levantada hasta la cúspide de los Andes, de valor superior aun al de los famosos capitanes que al fin le mataron en una alborada de sorpresa, pero que él en campo raso siempre derrotó. Damos, en consecuencia, por aceptada como conclusion histórica la de que, cuando Lautaro entró a formar parte del cortejo del primer gobernador de Chile, era ya un mancebo completamente dominado por las costumbres, las tendencias i las aspiraciones de su estirpe, cuya mas viva acentuacion era el odio profundo e indomable al extranjero, es decir, al usurpador.

Tucapel: «Iba por capitán de ellos un paje de armas de Valdivia llamado Lautaro a quien él habia criado desde niño, e hijo de uno de los mayores señores de la tierra.» (Historia, lib. III, cap. XXXIII.)

Debemos agregar que, fuera de que estamos mui léjos de considerar infalible al padre Rosales, aunque fuera provincial de los jesuitas, la frase que él emplea, «desde niño,» no contradice nuestra opinion, fundada en fechas incontrovertibles, de que Lautaro no pudo entrar al servicio de Valdivia sino en 1550. El indiecito podia tener entónces dieziseis, diezisiete o dieziocho años, i ésto, mas en esa época que hoi, se llamaba estrictamente la *niñez*.

De esta misma opinion es el abate Molina, quien cree que Lautaro no podia tener mas de 15 a 16 años cuando entró al servicio de Valdivia. (Compendio de la Historia Civil del reino de Chile, páj. 141.)

Por último, está plenamente probado por las cartas de Valdivia i por datos inéditos que hemos publicado posteriormente (*Pedro de Valdivia, reseña popular de su vida, etc.*), que el conquistador de Chile i amo de Lautaro no visitó el Bio-Bio sino una sola vez antes de 1550, i fué ésto en enero i febrero de 1546, pero solo de paso, a la lijera, sin desmontarse del caballo i sin pasar un solo hombre a la otra ribera.

Lautaro no fué de esta manera un doméstico en la casa de Valdivia, fué un cautivo: no fué un lacayo de su corte, fué un prisionero de guerra que seguia su campo militar.

Bajo este supuesto, i por lo mismo que queda reconocido como un hecho, Lautaro alcanzó a vivir al lado de Pedro de Valdivia i sus secuaces, sus rudos capitanes i sus sutiles domésticos castellanos, todo el tiempo necesario para que su innata malicia se adiestrara, sus vicios tomaran el disfraz de la civilizacion i las dotes mejores de su naturaleza adquirieran aquel desarrollo a que el roce diario con una raza superior² se presta.

Habia por ésto en el Lautaro *humano*, si la espresion es lícita, en el Lautaro verdadero, que es el que nosotros nos empeñaremos en dar a conocer, olvidadizos de su postiza nombradía, dos naturalezas, dos educaciones, pero un solo instinto. Era indio por su infancia, su sangre i su memoria. Pero al mismo tiempo, era castellano por su aprendizaje, por sus nuevos hábitos, por sus ocupaciones diarias i el trato constante de los hombres a quienes servia. I es esta extraña pero interesante dualidad la que vamos a ver desarrollarse en cada una de las peripecias de su existencia, en que el salvaje bravío i el conquistador astuto i animoso funden su alma i su pensamiento en una sola accion para ocupar por entero con sus solos hechos el territorio i la fama de un reino durante cuatro años incompletos de una gloriosa mocedad.

VI

Pero junto con esta fecha, escrita ya a firme, de la cuna i del cáutiverio, aparece la primera vacilacion de la historia,

o mas propiamente, de la presente biografía. Un cronista contemporáneo—Góngora Marmolejo—i un ilustrado historiador moderno que ha seguido al último de cerca en estas guerras, parecen dispuestos a creer que Lautaro habia desertado con anterioridad del campo de los castellanos, i que su famoso transfugio en la batalla de Tucapel es solo una ficcion poética de Ercilla, que han copiado servilmente los demas historiadores (1).

No es este un punto esencial de nuestra narracion, encaminada mas a esclarecimientos que a controversias. Pero, si

(1) M. L. Amunátegui—*Historia del Descubrimiento i Conquista de Chile*, páj. 302. Alonso Góngora Marmolejo,—*Historia de Chile*, páj.36.

«Estando todos juntos (dice de los araucanos el último,) tratando qué orden tendrian para pelear con Valdivia, se levantó entre ellos un yanacona llamado Alonso que habia sido criado de Valdivia i le habia servido de mozo de caballos.»

El señor Amunátegui, aceptando esta version i dando cuenta del consejo que los araucanos tuvieron en los dias que precedieron a la batalla de Tucapel, agrega lo siguiente:—«De repente se levanta en medio de la asamblea un jóven, hijo de un cacique, llamado Lautaro por los suyos, Alonso o Felipe por los cristianos, yanacona fujitivo del gobernador Valdivia a quien habia servido de paje i de quien habia sido favorito.»

Mas, cuando el distinguido historiador i critico estampó estos conceptos, no habia llegado a Chile todavia la historia fundamental que hoi por la primera vez exploramos, en que se afirma positivamente la presencia de Lautaro en el campo español, i aun se le asigna en él un puesto superior al de palafrenero; ni se habia dado tampoco a luz la Historia del capitan Mariño de Lovera, que militó en esa jornada.

Ahora bien, el último de estos dos cronistas contemporáneos establece asérvivamente la presencia actual de Lautaro en el real castellano, en la marcha hácia Tucapel i en la batalla de ese nombre, pues dice que, ántes de apellidar a sus compatriotas a la defensa de su suelo i a la victoria, estaba allí «un indio llamado Lautaro que era caballero de Valdivia i actualmente le tenia los caballos que remudaba» (páj. 55).

El capitan Mariño de Lovera supo el desastre i muerte de Valdivia en Quilacoya al dia siguiente de haber tenido lugar, i naturalmente se instruyó mucho ántes que Ercilla i el mismo Marmolejo de aquel episodio i lo contó. Por otra parte, el poeta no necesitaba recurrir a una ficcion para dar interes i entonacion a su canto, porque el hecho de haber huido ántes Lautaro al campamento de los suyos o de desertar en el campo de batalla, no ofrecia una alternativa capital para su argumento. El discurso que Ercilla pone en boca de Lautaro, que es lo esencial en el poema, pudo ser pronunciado por aquel en una u otra de esas condiciones.

bien son muchos los que sostienen la actual presencia de Lautaro en el campo castellano al romperse las primeras lanzas de Tucapel, no hacemos nosotros mas fuerza sobre el episodio i su duda que la de enunciarla. El hecho no altera, en sustancia, el carácter ni la causa del paje convertido en héroe, i del héroe enaltecido a caudillo.

Pasamos, en consecuencia, adelante.

VII

Descartada esta primera contradiccion, seria de no pequeño interes histórico discutir los móviles (fuera ántes de la batalla o en el combate mismo) de la defeccion del paje de Valdivia, porque de la manera cómo se aprecien las causas anteriores de su conducta en aquel dia, depende la valorizacion exacta i leal del hecho mismo.

Que éste en su esencia i como apreciacion jenérica fué un acto culpable, es tan evidente como son fijas e inmutables las bases de toda moral, trátese de cristianos o de bárbaros. Pero dadas las condiciones de la conquista castellana, sus crueldades abominables, sus usurpaciones sin valla, el vasallaje mismo impuesto como feudo de esclavitud, de azote i de muerte a una raza entera, así como al juvenil escudero del gobernador (que no estaba libre de diarios oprobios de palabra, ni de castigos de hecho), i tomada particularmente en cuenta la índole del levantamiento a que Lautaro se asoció, su determinacion en aquel dia memorable se esplica bajo mui diferente luz.

El historiador Rosales, español i jesuita, es el que mas justicia hace al caudillejo indijena, i ésto sin pretenderlo en esta precisa ocasion, porque cuenta con los mas minuciosos detalles, cómo la conjuracion que trajo por resultado la

muerte de Valdivia, fué jeneral, obstinada e irresistible, llevada a cabo con sijilo inviolable no solo en todas las comarcas indíjenas entre el Maule i el Cautin, sino entre los indios amigos i especialmente entre los yanaconas al servicio de los españoles. Ancianos, mujeres, niños, las doncellas de las esposas o de las hijas de los castellanos, la nacion entera conquistada como por sorpresa, adormecida por el arcabuz i el látigo, dèspertada ahora por la desesperacion, habíase dado al fin a sí misma la voz de su resurreccion. Uno de los centros mas activos de la rebellion era el asiento de minas de Quilacoya, donde trabajaban i sufrían hambres i violencias infinitas los indios de todas las reducciones ocupadas por la España en una i otra márjen del rio fronterizo.

Otro de esos centros era el pueblo de Concepcion, donde la servidumbre de los conquistadores habia visto pasar de casa en casa, de mano en mano, la flecha de guerra, i donde, como lo refiere aquel cronista con fechas i nombres propios puestos al abrigo de toda duda, circulaban con anticipacion los emisarios i espías de las tribus que iban a alzarse en un solo dia, en una sola hora.

«Los indios mineros i yanaconas, dice Diego de Rosales, que servian en las casas i estancias de los españoles, como trabaxados i aflijidos, inventaban debajo de consejo i en todo secreto, el cómo i cuándo podrian recuperar el perdido reposo; que el trabajo i la vejacion da entendimiento, aviva el discurso i las trazas» (1). I cuenta en seguida mas adelante, con prolija minuciosidad, cómo la resolucion tomada i los planes sijilosos del levantamiento habian ido invadiendo el campo, la estancia, el asiento de minas, el fuerte, la ciudad,

(1) Rosales.—Historia inédita, lib. III, cap. XXIX.

la morada de los conquistadores, la alcoba misma del gobernador. En los primeros dias de diciembre de 1553, el yanacona que no era un espía, era un traidor; i Pedro de Valdivia no daba un paso en su mansion ni proferia en su aposento una palabra sin que los conjurados de ultra Bio-Bio recibiesen el secreto pero inmediato aviso.

¿Qué mucho entónces que Lautaro, siendo de la estirpe i sangre de los otros, pero a la vez ladino, cauteloso i osado de alma, estuviese ganado a la causá de su suelo aun ántes de salir de Concepcion, para ir a batirse contra sus propios deudos, contra su hogar, contra su padre? Qué culpa habia en él, esclavo como Espartaco, en aprovechar, a ejemplo del libertador tracio, la mas temprana coyuntura de romper sus fierros?

VIII

Aun el mas fiel de los aliados de los españoles, el cacique de Arauco, Cayumanque (cuyo nombre conserva todavía una pintoresca montaña de los collados del sur cercano del Itata), que debia ser deudo inmediato de Lautaro, por la cuna i el linaje del último, no era sino un aliado secreto de Caupolicán i uno de los agentes mas eficaces, porque era el mas solapado, de la conspiracion. Diego de Rosales afirma que, al entregar a Valdivia aquel cacique principal i poderoso trescientos flecheros de su reduccion en la antevíspera de la batalla de Tucapel, ordenó a Lautaro, como a su jefe, que empleara aquellas saetas en defensa de su patria i no de sus codiciosos i en secreto aborrecidos opresores. «Aunque en público, dice Rosales, les mandó que peleasen en defensa del gobernador, i como buenos vasallos del rei católico, en secreto les dijo que, en viéndose a tiro de flecha de la junta de los enemigos, se pasasen a incorporar con ellos i peleasen por la libertad comun.»

Mas todavía. Al lado i hombro con hombro con Valdivia, andaba un osado espía, Ayamanque, cacique de Puren, enviado espresamente para engañarle con falsos mensajes, lo que alcanzó sin lograr herir la suspicacia del conquistador, que era grande. «Regaló mucho el gobernador al traidor Ayamanque, a quien no conoció por espía, dice un historiador bien informado, i rogóle que fuese de su parte con un mensaje a los de la provincia de Tucapel.» ¡I era allí precisamente donde estaba la cabeza, el corazon i la madriguera de los conjurados!

IX

Siendo esto así, la defeccion de Lautaro en el campo de batalla o en la víspera, no es un acto de heroismo casual o instantáneo, cual lo ha supuesto el poeta castellano i sus imitadores i copistas, sino el resultado de un plan jeneral de redencion de su sangre i de su patria, al cual habia prestado de antemano un asenso tranquilo i consciente, digno por tanto de alabanza en cuanto su accion debe valorizarse respecto del patriotismo i del deber. Con relacion a su gratitud personal para con su amo, que parecia haberle tratado con afecto, todos los escritores de la conquista se muestran de acuerdo en que el jóven indio estuvo mas inclinado a la clemencia que al castigo, para con su infeliz señor. El jesuita cuya crónica citamos tan a menudo por encontrarse inédita, agrega, que al embestir contra los castellanos, dijo a su señor:—*Huye, Valdivia, huye!*

Otros contemporáneos, como Mariño de Lovera, cuentan, sin embargo, que el mismo Lautaro quitó la vida por su mano a su compañero de servicio, Andresillo, con quien tenia un pique casero, tal vez por emulacion de oficio como pajes, i cuyo último fué sacrificado a la vista de su amo.

Pero este hecho no sería sino una confirmación mas del carácter jenuinamente cruel i vengativo del araucano, que prevaleció siempre en la vida i en la carrera esencialmente indijena de Lautaro (1.)

X

En cuanto a los pormenores de la participación personal de Lautaro en la victoria de Tucapel, ¿quién ha podido columbrarlos?—Los tesoreros de Santiago escribieron a la Audiencia de Lima, que de aquel desastre escaparon solo tres yanaconas, i Góngora Marmolejo agrega que a él refirió lo poco i vago que nos cuenta del suceso, un don Alonso, señor principal del valle de Chile, el cual era tal vez uno de esos yanaconas.

El padre Rosales, tomando, empero, de su cuenta el confirmar la presencia de Lautaro en la hueste castellana, dice que «viendo Valdivia su osadía, le dixo: *traidor, qué haces?* I la respuesta fué tirarle repetidos botes de lanza que, a no ser tan diestro el gobernador en rebatirlos, le hubiera muerto.» I mas adelante de su animada relación, agrega todavía el jesuita que, en los postreros momentos de la batalla, cerrando con Valdivia, su alzado paje «le puso la lanza en los pechos, perdido ya el respeto de su amo, i le dixo:—*Huye, Valdivia, si no quieres pagar a mis manos los azotes que en tu casa me dieron.*»

(1) El buen padre Ovalle, en su *Breve relación* (que mas bien debiera llamarse *Breve conseja*) del reino de Chile (páj. 196), se espresa de esta suerte sobre la actitud de Lautaro para con Pedro de Valdivia: «No hai duda de que Lautaro fomentaria la parte de los que movia la piedad (para evitar la muerte de Valdivia), pues si tomó las armas contra su amo, no fué por aborrecimiento que le tuviese, sino por la mayor fuerza del amor de los suyos i de su libertad.»

Pero si todo esto es verosímil, ¿podría acojerse como un dato de verdad histórica? Quién oyó esos retos i esos últimos diálogos de la muerte en medio de los gritos del combate? Quién los conservó en su memoria? Quién pudo relatarlos mas tarde?

Nó. La batalla de Tucapel quedará vinculada eternamente al lastimero sacrificio que fué su desenlace, i a las valientes estrofas de un bardo insigne que encendió en su pira los destellos de su númen. Pero como pájina auténtica de la crónica, no será lícito prestarle otra aquiescencia que aquella condicional i revocable que es propia de los misterios i de las dudas de la tradicion oral.

XI

No cumple, por otra parte, a nuestras miras en el presente estudio, llegar en la vida de Lautaro, mas allá de aquellos acontecimientos a que su persona, su carácter i su carrera están ligados de tal modo que sobre el esqueleto de los sucesos de su época, sea dable reconstruir nuevamente los perfiles de su naturaleza, de sus hechos, de su influjo histórico, de su biografía, en una palabra. I por ésto nos bastará decir que, reconocidos por su heróico proceder en el combate, sus compatriotas i en especial el *toqui* o jeneral en jefe de sus armas, Queupolican, nombróle su segundo en el campo de batalla.

¡Tan insigne habia sido el mérito contraido por el paje de don Pedro de Valdivia!

«Yo por remuneralle en algo desto
Con vuestra aútoridad que me habeis dado,
Por paga, aunque a tal deuda insuficiente
Le hago Capitan, i mi Teniente

.....

«I por el órden, i uso acostumbrado
El gran Caupolican le trasquilava
Dexándole el copete en trenza larga,
Insignia verdadera de aquel cargo»

Araucana.—Canto III.

XII

Pero aquella promocion no era solo el premio de un momentáneo heroismo, sino la consecuencia necesaria de los talentos naturales del paje del conquistador i del aprendizaje militar que al lado del último habia hecho, con la astucia i ladinez conjénita de su estirpe.

Los araucanos habian debido, en efecto, la victoria de Tucapel a su número, a la sorpresa i al cansancio de los agobiados cristianos que pelearon por lo ménos en la proporcion de uno contra doscientos (53 contra 10 mil) (1.)

Pero en los combates venideros no se mostraron ya en confusos tropeles, a manera de rebaños bravíos, que era lo que en todas partes, en el Perú como en Méjico, hacia fáciles i aun milagrosos los triunfos de los conquistadores. Desde Marihueno hasta la estacada de Mataquito, en esa esforzada campaña de tres años, en que Lautaro se reproduce con la rapidez i osadía de un verdadero jenio, todo aparece modificado en las lecciones rebeladas. Los araucanos obedecen a una táctica de infantería admirablemente combinada contra la formidable caballería de los españoles.—Cada columna tiene un jefe.—El campo se establece conforme a las reglas mas usadas de precaucion i vijilancia: hai centinelas, rondas, avanzadas.—Los caciques celebran verdaderos consejos de guerra.—Se dispone siembras en épocas

(1) La suma de Rosales es de 67 mil; la de Lovera, 150 mil. Pero el juicioso Olivares se contenta con diez mil, i ésto sobra.

adecuadas; se almacena víveres en el otoño; en todo preside el espíritu previsor i esperto que les guia.—Los capitanes alzados saben ahora escojer el terreno a propósito para la batalla, cortan los caminos, ocultan sus emboscadas, abren fosos profundos «a manera de sepulturas» para evitar el choque de los caballos, i Lautaro les enseña en persona el modo de tomar los cañones, considerados hacia poco como rayos del cielo, matando a sus artilleros sobre sus piezas.

Lautaro habia aprendido todo ésto, mal o bien, en el campo castellano. Pero lo cierto es que él solo lo sabia entre las tribus insurreccionadas, i era el único que los ponía diariamente en obra en las marchas, en los asaltos, en las derrotas mismas, semejante en todo, ménos en la bajeza de propósitos, a aquel *mulato Alejo*, desertor araucano que sustentó un siglo mas tarde, feroz guerra durante tres años contra sus propios compañeros de armas.

I lo que maravilla en todo ésto no es la obra, ni el fruto conseguido, ni la época oscura i bárbara en que tuviera lugar, sino que fuera un mancebo de veinte años, «un bárbaro mochacho,» como le llama con enojo i admiracion *Ercilla*, quien lo pusiera por obra i por éxito.

Recorramos ahora los hechos i fijemos fechas importantes que la historia no ha recojido todavía, para compajinar, en el orden debido, los acontecimientos de esta corta i estraña vida.

XIII

Inmolados todos los compañeros de Valdivia en la batalla de Tucapel el 26 de diciembre de 1553, i aterrada la ciudad de Concepcion con la nueva que le llegó solo dos dias mas tarde, no quedaba a los cristianos mas esperanza de salvacion que la que podia traer a las siete ciudades.

del sud amenazadas a la vez por millares de indios, el jeneral Francisco de Villagra, nombrado gobernador en tercer lugar por Valdivia, en su testamento de 1549, renovado a última hora.

Hallábase Villagra a la cabeza de la única fuerza medianamente organizada que existia en la redondez del reino, i encontrábase acampado a orillas del Rio-Bueno, en el sitio en que hoi existe Osorno, con ochenta jinetes, cuando mataron a su ilustre jefe. La noticia le llegó con asombrosa rapidez, porque sabedor su primo Pedro de Villagra, que mandaba como lugarteniente en la Imperial, despachóle a mata caballos un emisario, que llegó en poco mas de un dia a Valdivia atravesando el Tolten i otros rios caudalosos. Llamóse este esforzado mensajero Gaspar de Viera, i hubo la coincidencia que otro de su nombre—Gaspar de Orense—la llevó de la Concepcion a Santiago, adonde llegó en once dias, i despues a Lima, adonde, náufrago en el Huasco, no llegó, i despues a España en cuyas playas al llegar ahogóse. Fué todavía otro Gaspar—Gaspar de Solis—quien sirvió de emisario al presidente Bravo de Saravia en sus disidencias con los oidores, i otro Gaspar—el de Villarroel—el que vino como delegado de Francisco de Villagra ante el cabildo de Santiago (1.)

Entre tanto, lo que es un hecho comprobado, es que Villagra movió su cuerpo de Osorno el 1.º de enero de 1554; que se dirijió de allí a Valdivia, donde se hizo proclamar gobernador i puso la ciudad en estado de defensa; que en seguida pasó a la Imperial, porque allí tenia su casa en la plaza de armas, cuya última hizo fosear así como las entradas de las calles, i reforzar la valerosa ciudad con la guar-

(1) Acta del Cabildo de 9 de abril de 1555.

nicion de Angol i Villarica, que quedaron despobladas. De esta suerte, con rara ventura i sin alborotos de indios, llegó despues de haber atravesado toda la Araucanía, ántes del último dia de enero, a Concepcion, desde donde pidió auxilio i poder a Santiago i se restauró con brios para empezar las hostilidades, comenzando por el castigo de los inmoladores de Valdivia en Tucapel.

Acompañaba tambien el gobernador, tumultuosamente proclamado por las *ciudades de arriba*, a su valerosa resolucion el impulso de un interes supremo, porque sabia que el mejor medio de alterar el órden de nombres que estampara Pedro de Valdivia en su última voluntad, era el de poner junto al suyo una espléndida victoria, miéntras Alderete, que era el primero de la terna, volvía de Europa i Francisco de Aguirre del Tucuman. Villagra quedaba el último por el amparo de la lei, mas como se sentía con las armas en la mano, dispúsose a intervenir con ellas i lo hizo de tal manera i con tal fuerza, que habiendo sido el primero de los gobernadores que puso en vigor tal ardid, obtuvo su propósito no obstante su derrota i su fuga hasta Santiago.

¿Qué mas habria hecho si hubiera resultado vencedor?

XIV

Salió, en consecuencia, de Concepcion Francisco de Villagra con 154 soldados tan valientes como aguerridos, i ocho cañones de montaña, el 2 de febrero de 1554, i atravesando en balsas el Bio-Bio, por Gualpen, i haciendo jornadas solo de una legua diaria por no fatigar los caballos en lo mas riguroso del estío, llegó al pié del último espolon que cie-

rra por el norte el valle de Arauco, el memorable 9 de febrero de 1554, a las 10 de la mañana (1).

Tuvo lugar en ese día la famosa batalla de Marihueno en lo alto de la cuesta que hoy se llama de Villagra, no enfrente de Lota, como algunos creen, sino entre Colcura i Chiviluco, algo mas al sud. En esa hora se cumplian cuarenta i cinco dias desde que Valdivia penetrara en los llanos de Tucapel, que desde aquella altura se columbran; Asombra la celeridad de aquellos hombres, que cuidaban de sus caballos como de su propia vida i no se despojaban ni para dormir de su armadura, que pesaba tanto como su cuerpo!

No describiremos esa funesta batalla en que pereció dos veces el número de los sacrificados en Tucapel. Dos soldados contemporáneos—Mariño de Lovera i Góngora Marmolejo—la han referido con tan minuciosos i acordes detalles cual si la hubieran presenciado, a lo que se agrega la pintura vivísima de Ercilla (*Araucana*, Canto V), que en el fondo no discrepa de aquellas, i sí solo en los abultados episodios.

Pero es lo cierto que los castellanos fueron en esta oca-

(1) Por la primera vez se asienta esta fecha como precisa. Mariño de Lovera se contenta con decir que Villagra avanzó su campo desde Concepción a Marihueno en siete jornadas, a razon de una legua de marcha por dia. Pero tanto los cronistas antiguos como los modernos, guiándose con algun acierto por el día en que la nueva de la derrota llegó a Santiago, que fué en los primeros dias de marzo, suponen que la batalla tuvo lugar a fines de febrero. Astaburuaga, en su utilísimo *Diccionario Jeográfico*, la rechaza hasta marzo; pero el padre Rosales afirma con toda seguridad la data verdadera, pues hablando de la subida de la cuesta de Marihueno por los españoles, antes de comenzar la batalla, dice: «Eran las once del día i la fuerza de los caniculares, día nueve de febrero de 1554»... Historia, lib. IV, cap. II.

Con la misma seguridad habla de la prodijiosa celeridad con que la noticia de la muerte de Valdivia llegó a Osorno, i de la marcha instantánea de Villagra para el norte.—«Partió de Osorno, dice (lib. IV, cap. I), don Francisco de Villagra a 1.º de enero de 1554.»

sion tomados de sorpresa en la cima del monte, como lo habian sido mes i medio hacia en la llanura, tras de las maduras sementeras, bajo el comando de Valdivia.

Los araucanos, en número de siete mil—dice Córdoba i Figueroa,—los esperaron emboscados, los asaltaron al tiempo que uno de sus perros los descubria con sus ladridos, i avanzando en hileras sucesivas de a cinco en fondo, como lo habia aprendido Lautaro de Valdivia, marchaban, un peloton en pos de otro, contra la caballería de Villagra, estenuada de antemano con el pesado ascenso de la cuesta a las doce precisas del dia, i con un calor canicular (1).

XV

Lo que mas en claro aparece del tenor conforme de los testigos castellanos, que en esta accion de guerra no faltaron en buen número, fué que por culpa de Villagra, de Reinoso o de ámbos, que por ésto dice de ellos el mala lengua Marmolejo «que desde ese dia no se llevaron bien», los conquistadores subieron la cuesta de Marihueno (que tambien con poca propiedad, llaman Andalican i hoi mas jeneralmente de Villagra) con poco cuidado i mucha fatiga por el sol; de modo que al llegar a la cima fueron tomados por los indios como de asalto. Organizó, sin embargo, Villagra la batalla con serenidad i destreza, poniendo la artillería, que era su baluarte, al centro en el camino real, i a los dos costados de la cuchilla, formando como un cuadro abierto por el frente, una manga de caballería, la una—la del bordo del mar—

(1) Esta cumbre famosa que caia a pico sobre el mar i que por ésto se hacia inespugnable, se evita ahora yendo, de Lota a Arauco, mediante el camino carretero que al pié de esos precipicios de la costa, labró a sus espensas el patriota industrial don Matias Cousiño, hace quince o veinte años.

al mando del capitán Diego Maldonado, i la otra—al oriente—al de Alonso Reinoso, su lugarteniente; de modo que el vértice del combate estaba en los cañones, que guardaban veinte arcabuceros.

I precisamente contra esa artillería tan temida i tan ventajosamente colocada en esta ocasion, los impávidos rebeldes dirijieron ahora i desde el primer momento todos sus ataques. No dicen los historiadores quién fuera el que ideó por parte de los bárbaros aquel plan, ni quién condujo sus columnas desnudas sobre las cureñas. Pero en su campo habia solo un capitán que conocia esas armas i no las temia con supersticioso terror: ese hombre era Lautaro.

Comprendiólo así o súpolo con fijeza el cantor del héroe araucano, porque es a él a quien atribuye aquel consejo i su temeraria i feliz ejecucion.

«Visto Lautaro serle conveniente
Quitar i deshacer aquel flublado
Que lanzaba los rayos en su jente»...

La anima con una de esas fogosas arengas que tan frecuentemente pone el poeta en sus labios no desprovistos, al parecer, de briosa elocuencia.

«I con esto la jente envanecida
Hizo la temeraria arremetida.»

Cuenta Rosales que en el primer embate, los bárbaros mataron once de los arcabuceros que guardaban los cañones, i en el segundo el resto, que eran nueve, quedando desde ese momento por suya la victoria. En cambio, el jesuita que en el Perú llevó la mano al ya entónces difunto capitán Mariño de Lovera, para dar lenguaje culterano a su toska crónica, agrega, por su parte, que ántes de perder su artillería los cristianos mataron «pasado de cien mil indios.»

luego agrega *«ultra que los heridos fueron en mayor número»* (1).

XVI

En esta ocasion los araucanos usaron el lazo por la primera vez, atado a unas picas largas, i así derribaron muchos jinetes; troncharon o descuajaron árboles en los caminos, i destruyeron con antelacion las balsas de los rios, todo lo cual revela una direccion intelijente i previsora de la guerra. Por ésto, de los 160 guerreros de la Imperial i Concepcion solo escaparon con Villagra, segun Rosales, 20 mal heridos, i en una mala canoa pasaron el Bio-Bio el 10 febrero, por su boca. El último en cruzarlo fué el valeroso jeneral español, como el último en morir a manos de los implacables bárbaros habia sido el aguerrido capitan, inseparable compañero de Almagro i de Valdivia,—Diego Maldonado. Afirman ésto todos los historiadores contemporáneos, incluso Rosales, que por cierto, es tan falible como cualquiera de los otros. Pero de las actas del cabildo de Santiago resulta que

(1) Mariño de Lovera, *Historia*, páj. 170.—Siendo ésto así, ¿cuántos serian los combatientes? Miguel de Olivares, otro jesuita que no desmiente su buen juicio, cree que los indios de Marihueno no pasaban de 7 a 8 mil, de los que perecieron 700.

Sobre la pérdida de los españoles hai mucha variedad, porque Mariño de Lovera, que en ésto encoje la mano, dice que perecieron 96. Otros, i éstos son los mas, afirman que de los 160 soldados que sacó Villagra de Concepcion, salvaron la mitad, esto es, 80, i éstos todos heridos. Pero la cifra mas triste es la que señalamos en el testo, i que apunta el minucioso jesuita Rosales, segun cuyo testimonio escaparon con Villagra solo 20 españoles, pereciendo el resto, esto es, 134.

Rosales exajera, como era ya un hábito en los cronistas que trataban de cosas de indios, el número de éstos, pero no llega ni a la mitad de los doscientos mil i *ultra* del padre Escobar. Fija el número de los combatientes (no el de los muertos i heridos) en 80 mil.

En este caso, la proporcion era de quinientos indios por cada español. La proporcion de Escobar es de mil quinientos por uno...

en la sesión del 7 de febrero, es decir, dos días ántes de la batalla, Diego Maldonado se encontró presente en esa sesión con Gaspar de Orense, emisarios ámbos de Villagra, para hacerle reconocer en el gobierno.

¿Hubo dos capitanes del mismo nombre, como no es raro encontrarlos en los anales de la conquista?—Por esa época habia entre cinco guerreros del nombre de Villagra, todos deudos, dos que llevaban el nombre de Pedro, dos Diego de Oro (padre e hijo), dos Alonso de Escobar, i así muchos otros, como «Diego Almagro el viejo» i «Diego Almagro el mozo.»

Pero si por ventura escapó allí la vida el bravo i aguerrido Maldonado, no es ménos cierto i lastimoso que perdieron la suya en la cima de la áspera cuesta, los mas intrépidos i famosos de los *Come-chingones*, llamados tales por apodo de guerra entre sus propios camaradas, que condujo Villagra de entre los revueltos pizarristas del Perú (1). Mencionan entre aquellos los contemporáneos, a los capitanes Sancino i Morgovejo, el último del apellido de Santo Toribio; a Alvar Martinez, a Diego de Vega, Francisco Garcés, Alonso de Zamora i Hernando de Alvarado, hermano de Juan de Alvarado, repoblador de Concepcion, i a quien Lautaro por segunda vez puso en derrota. Mariño de Lovera, que tal vez allí estuvo presente, añade a la lúgubre lista a Juan de Zamano, Alonso de Almoris, al *alcaide*

(1) Rosales dice que los soldados que vinieron del Alto Perú con Villagra, i cuyo mayor número peleó i pereció en Marihueno, eran conocidos con el epíteto singular de *Comeginzones*, por el nombre de un país que habian atravesado en su marcha. Llamábanse así, en efecto, (*Come-chingones*) los indios que habitaban la comarca de secano de la Rioja, Catamarca i Santiago del Estero, i que se alimentaban de la fruta llamada *chingon*, que produce un árbol parecido al que nosotros denominamos *lúcuma silvestre*, o *palo colorado*, en algunos parajes del norte. Véase a Escardó, *Lecciones orales sobre la Historia Argentina*, Montevideo, 1775.

Alvaro de Zamora (que es tal vez el mismo Alonso que menciona Góngora), a Alvar Nuñez, compañero de Valdivia en su última campaña del Perú, i a un clérigo llamado Pedro de Vades, que, como el confesor de Valdivia en Tucapel, sucumbió peleando.

Ni uno ni otro de esos dos cronistas señala, empero, a los que salvaron, i dos siglos mas tarde contentóse con apuntar los nombres de los que pelearon con mayor denuedo, pero sin decir su suerte, otro cronista prolijo. Fué este Miguel de Olivares, que cita a Bernardo Castañeda, Rui Pantoja, Pedro de Aguayo, Gonzalo Fernandez i Juan de Negrete, quinto ahuelo el postrero del historiador Córdoba i Figueroa.

XVII

Resulta de lo que con alguna prolijidad hemos contado, que fué Lautaro el que de hecho comandó i triunfó en Marihueno, no nombrando siquiera muchos de los historiadores a Caupolican. Es lo cierto—i esto pasa ya como un hecho adquirido irrevocablemente por la historia—que el jóven palafrenero de Pedro de Valdivia se conquistó desde ese día una preponderancia irresistible en la primera guerra de la emancipacion araucana. La prueba de ello es que el ejército que se presentó a los fuertes de Concepcion, tres dias despues del desastre de la cuesta de Villagra, era mandado por Lautaro en persona, sin sujecion a ningun consejo o caudillo superior.

La promocion a jeneral en jefe de las tribus rebeladas de la costa del imberbe capitán araucano era, por lo demas, perfectamente lójica i natural. Aquella fué su comarca nativa, i compañeros de su infancia i de los rudos juegos de la primera mocedad fueron los guerreros que habian vencido dos

veces en seis semanas, en el llano i en el monte. Por otra parte, los *araucanos* propiamente tales, marchaban ahora al territorio cristiano. No hacian ya una guerra de defensa sino de invasion, de independencía completa. ¿I quién sino el paje ladino de Valdivia, que conocia sus campos como su propia heredad, i sus ciudades como la choza de sus padres, podia conducirlos con mejor suerte i mejor plan?

XVIII

Así fué que la entrada triunfal de Lautaro en la desierta ciudad de Concepcion (desamparada por Villagra i sus moradores el 15 o 16 de febrero), i su incendio i saqueo inmediato por las huestes con que el primero atravesó casi a la par el Bio-Bio, es una gloria completamente suya, si bien a su manera, como bárbaro fiero i esterminador.

Compáralo por ésto el padre Rosales a Neron contemplando el incendio de Roma, i agrega que el ufano salvaje, de pié sobre una colina, se espresaba con las arrogantes palabras de jactancia usadas hasta hoi por sus descendientes i que copiamos en seguida testualmente del viejo manuscrito que nos guia.—«I decia: *Inche Lautaro, apumbin ta pu huinca*, i así decia otras alabanzas de sus hechos, que en nuestra lengua convertidas suenan: «*Yo soi Lautaro, que acabé con los españoles; yo soi el que los derroté en Tucapel i en la cuesta. Yo maté a Valdivia, i a Villagra puse en huida. Yo les maté sus soldados; yo abrasé la ciudad de Concepcion.*» I a cada alabanza de éstas daba un salto, blandia la lanza i escaramuzeaba tirando lanzadas en seco hácia los españoles, siguiéndose los vítores de todos sus soldados.»

XIX

La inájén trasada en las líneas que preceden, por la tranquila pluma del misionero español, no es una alegoría pòetica como las de Homero o las de Ercilla.

Forma, al contrario, la representacion viva i verdadera de la arrogancia de aquel mancebo bárbaro, imitado todavía por aquellos de sus compatriotas que alcanzan hasta en nuestros prosaicos dias la alta fama de adalides, i que él adquirió en un solo dia pasando de caballero a libertador.

Tenia, en efecto, el jefe indiano, conquistador de campos i ciudades castellanas, resuelto ya en su mente el plan de redencion de su patria que vamos a ver desarrollar en las pájinas que siguen de esta relacion, rigurosamente ajustada a la historia i a sus comprobaciones.

PENCO.

(CAMPAÑAS CONTRA CONCEPCION.)

CAPITULO II.

Segunda campaña de Villagra.—Horribles castigos, hambres i epidemias.—Los españoles repueblan a Concepcion i Lautaro la toma por asalto.—Concibe Lautaro el pensamiento de espulsar a los españoles de Chile.—Organiza su expedicion i marcha al Maule.—Su guardia de *huilliches*.

«I aun no satisfecho con sus caricias que le habian conseguido eterna fama i nombre ilustre, emprendió lo que ninguno ántes ni despues discurrió, que fué invadir la ciudad de Santiago i expulsar a los españoles del reino. I aunque el arrojó era terrible i la empresa temeraria, no obstante la discurrió factible su valor, digno en realidad de todo encomio.»

(«CORDOBA I FIGUEROA.—*Historia de Chile*, páj. 91).

I

El malhadado Francisco de Villagra, la celeridad asombrosa de cuyas marchas militares corrió parejas con su desventura en las batallas, maltratado ahora de cuerpo i de alma, resolvió desamparar a Concepcion, forzado despues de Marihueno, por el terror de sus pobladores, terror tan hondo que doblgó hasta su férreo corazon. La desesperacion fué universal, i la ponderada hazaña de doña Mencia de los Nidos, cantada por Ercilla i referida por todos los cronistas,

que increpó a Villagra i sus soldados su cobarde fuga, no fué tal vez sino el grito de la desesperacion del alma viuda, o como otros creen, la perturbacion de su cerebro por lo repentino i violento del dolor (1).

II

De todas suertes, el abandono de aquella plaza de guerra, por doloroso i humillante que fuese a sus guardianes, era un caso inevitable despues de dos derrotas sucesivas. En consecuencia, Villagra hizo embarcar las mujeres, los niños i la servidumbre en dos grandes «barcos de pescar,» dice Mariño de Lovera, que estaba allí presente. I embarazado él mismo por sus heridas i por algunas animosas matronas que le seguian a pié, cargadas con sus hijos, tardó el jeneral español mas de un mes en llegar a Santiago.

Consta, en efecto, del archivo del cabildo de esa ciudad, que el 16 de marzo estaba muy cerca de ella. I en su recinto pasó el invierno en controversias con los alcaldes, los rejidores i los vecinos partidarios de Francisco de Aguirre i Jerónimo de Alderete, todos los cuales pretendian el gobierno para sus caudillos (2).

(1) Rosales se inclina a creer que la exaltacion de esta heroína fué causada por un acceso cerebral, i es curioso que a una calle de Santiago a que nosotros pusimos, junto al Mercado de San Diego, el nombre de doña Mencia, la llame el vulgo la *calle de doña Demencia*....

(2) Algunos cronistas han asegurado que el Cabildo de Santiago envió refuerzos a Villagra a cargo del licenciado Altamirano, i que aquel encontró al último en *Toquihua*, a dos jornadas de Penco. Pero este hecho nos parece completamente inexacto: 1.º porque no lo mencionan los libros del Cabildo; 2.º porque esta corporacion estaba en disputas con Villagra sobre el gobierno del reino, i mal podia aumentar sus fuerzas; i 3.º porque no habia absolutamente hombres de guerra en Santiago.

Pudiera ser que Villagra encontrara algunos mensajeros en el lugar de *Toquihua*, i de aquí la suposicion de los cronistas. Entendemos que este

III

Lautaro, cargado a su turno con los ricos despojos de Concepcion, que importaban muchos millares de pesos, en telas, muebles, ropa, equipajes i aun en oro, se internó de nuevo en la Araucanía para hacer la guerra contra la Imperial, que resistia valientemente un sitio prolongado.

Ocurre aquí una corta tregua en las hostilidades de tres siglos entre cristianos e infieles.

Los españoles no podian hacer la guerra en el invierno con sus pesados caballos i armaduras. Los indios no lo podian tampoco por falta de sustento. Las cosechas del verano de 1553-54 no se habian recojido por la lucha. Además, la Vírjen habia intervenido como mediadora, apareciéndose el 23 de abril de 1554, dos meses i medio despues de la carnicería de Marihueno, i a su vista se habian sosegado los ánimos i vuelto las picas a su armario i las macanas a su quinchá.

Mas, reforzado Francisco de Villagra en Santiago con el descanso, la leva i el caudal del rei, de cuya caja sacó dieziseis mil pesos de oro (cien mil dice Escobar), rompiendo su candado con una hacha; recibido por gobernador a la fuerza (marzo 17 de 1554) i seguido ahora de una hueste lucida de 150 caballeros, marchóse otra vez a Arauco en socorro de la Imperial, ya que la triste Concepcion habia sucumbido.

Aquella campaña fué rápida i terrible. Villagra tenia tres venganzas de que tomar cuenta en una sola a los alzados:

lugar de Toquihua, fuese mas bien el de Tapihue, donde está asentada hoy la Florida, capital del departamento de Puchacay; porque no conocemos otro paraje del nombre de Toquihua «a dos jornadas de Concepcion,» sino el de una hacienda que pertenece hoy a don Cirilo Cruzat, a orillas del Ñuble, i no es creible que en dos dias llegara allí el desbaratado Villagra con su campo. Hai otro lugar de *Toquihua*, en el departamento de Caupolican.

la muerte de Valdivia, su derrota de Marihueno, las llamas de Concepcion.

IV

Con su aguerrido i bien montado escuadron salió el jefe de los *Come-chingones* de Santiago para la guerra, a fines de noviembre de 1554, i en los primeros dias de enero estaba dentro de la Imperial, cuyo asedio por Caupolicán hizo levantar. Atacó en seguida las reducciones del Malleco en los llanos, las de Puren i Tucapel en la costa, las de los charcos de Budi al sud del Cautín (1).

Lo que los conquistadores i sus perros cebados con carne humana hicieron en esa campaña de espantosa retaliación, hiela la sangre.—«Cojian muchos indios e indias—dice el sincero Rosales,—i cortándoles las narices, las orejas i las manos, se las colgaban al cuello i los despachaban a sus tierras. I así vinieron todos los caciques de las provincias con sus canelos en las manos a dar la paz, i se rindieron a Villagra.» Otro contemporáneo refiere este hecho a cuyo horror no encontramos par: Habian unos soldados encerrado en un rancho una *manga* de indios para quemarlos, i al tiempo de prenderles fuego, los contó por curiosidad uno de aquellos, llamado Juan Macías, i encontrando que solo eran 99, cojió del brazo a un inocente yanacóna o indio de servicio, i exclamando: —«¡Voto a tal, que han de ser ciento!» lo echó vivo a la hoguera.... El patron del infeliz indio, así martirizado, no se quedó atrás de su verdugo, porque lo vengó asestando a éste una feroz cuchillada; pero no fué castigo de su bestial crueldad sino cólera

(1) Diego de Rosales, lib. IV, cap. V.

por la pérdida de un esclavo que le daba oro. Llamábase el vengador Alonso de Benitez.

V

Pero hubo todavía otra calamidad de mayor espanto para los indíjenas que la rabiosa sed de esterminio de los conquistadores. Con la carencia casi completa de cosechas durante dos años (1554-1555), en aquel pueblo frugal en los alimentos, mas no en las borracheras, prodújose una epidemia que «pobló las sepulturas de cadáveres,» dice un cronista. Agrega éste que la epidemia era de unas *fiebres locas*, que los indios llaman *chavalongo*, i que historiadores mas modernos creen fuera la primera invasion de las viruelas. Fué lo cierto que los indios se devoraban unos a otros, i el ponderativo Escobar agrega, que algunos caciques mantenian mocetones en jaulas para engordarlos i comérse-los. De todos modos, aquella plaga tuvo un carácter especial, que no era diverso del cólera. Los que escapaban, tenían una amarillez repugnante en el rostro, que los antiguos atribuian al uso de la carne humana, i fué tal la estension del flajelo, que donde habia habido doce mil indios no quedaron ochenta. Arauco entero pereció de hambre durante el invierno de 1555 (1).

(1) Estas cifras envuelven, sin duda, una ponderacion enorme, pero que consta de documentos archivados en la catedral de la Imperial, que compulsó el padre Rosales, i que han aceptado despues todos los escritores de la conquista: Córdoba i Figueroa, Carvallo, Amunátegui, etc. En materia de número de indios, es preciso proceder siempre con la mayor desconfianza, por serios que aparezcan los documentos en que se consulta el dato.

En cuanto a la epidemia que asoló a Arauco i fué la verdadera causa de la salvacion de los españoles, hai motivos para creer que pudo ser la fiebre amarilla, por cuanto esta misma enfermedad fué importada en Lima por la tripulacion de un buque que salió de Talcahuano para el Callao a fines del último siglo. Véanse los curiosos detalles que, sobre este particular, suministra el doctor Wenceslao Diaz en su última memoria sobre las fiebres en esta parte de la América.

VI

Mas en esa misma temporada, el gobernador Villagra, que se habia recojido al dulce abrigo de Santiago, cumplió una resolucíon de la Audiencia de Lima, que dió a Lautaro ocasion de alcanzar sobre los implacables conquistadores una cuarta victoria. Tal fué la temeraria repoblacion de la ciudad de Concepcion que por edictos se mandó hacer, espulsando inhumanamente a sus huéspedes de Santiago. Salieron estos desgraciados con sus esposas i sus hijos de tierna edad, en número de setenta hombres de armas tomar, acaudillados por uno de sus alcaldes—el bravo montañes Juan de Alvarado,—el 1.º de noviembre de 1555; el día 13 pasaron el Maule, i por la costa de Cauquenes i de Quirihue, llegaron a la desierta i arruinada ciudad el 24, regando las mujeres con lágrimas los escombros de sus mansiones incendiadas (1).

«Mui por enjugar tenia todavía las lágrimas la ciudad de Concepcion»—dice un cronista antiguo—despues del imprudente, pero forzado regreso de sus primitivos moradores, cuando Lautaro se presentó delante de sus murallas con un ejército pequeño, pero aguerrido. Traian ahora los indios no solo espadas, yelmos i cotas, trofeos de Tucapel i Marihueno, cuyo uso les enseñara su jóven capitan, sino aparatos a propósito para fortificarse en campo abierto, cargando cada soldado una sólida vigueta; i al abrigo de éstas, puestas en fila a manera de parapeto, i de un denso ramaje que tambien traian consigo, se adelantaban lentamente hácia la ciudad ocultando sus movimientos. Pero la invencion mas

(1) Rosales padece en esta parte un error notable de fechas, lo que es raro en él, i por ésto lo apuntamos. Anticipa dos meses la salida de los pobladores de Concepcion, fijando para ello el mes de setiembre.

eficaz que en esta vez pusieron en juego los araucanos, fué la de unos garrotes cortos o rajas de leña, con los cuales apalearon a los caballos en la cabeza i los hacian retroceder i huir, cuya maña—era evidente—habia sido ideada por el antiguo caballerizo de Valdivia.

VII

Lautaro hizo mas en esta ocasion: no contento ya con batirse en campo raso, como en Tucapel, o en la espesura de las sierras, como en Marihueno, asaltó el fuerte de Penco a pecho descubierto; i aunque defendió la puerta del recinto, con raro heroismo, un clérigo llamado Nuño Abreu (o Abrigo), penetró en él el bárbaro con su hueste. I si Córdoba no huye i no se embarca otra vez el vecindario, parece hasta el último español, porque Lautaro hacia degollar las indias de servicio en la abierta playa de la ciudad, para que los de a bordo presenciaran a los que huian ese espectáculo infame. Lautaro era indio: ¿necesitamos agregar que sus mas dulces horas eran las de la venganza satisfecha?

Tuvo lugar esta segunda ruina, de las cuatro que en dos siglos alcanzó la antigua e ínclita Penco, el 12 de diciembre de 1555, i es ésta una nueva fecha cuestionada en nuestros anales. Murieron 24 españoles (32 segun otros), i Lautaro fué persiguiendo a los fujitivos hasta la vega del Itata. Súpose la noticia de este fracaso en la capital el 23 de diciembre, porque Pedro de Villagra, que se hallaba a la sazón haciendo trabajar unas minas de oro a la orilla del Maule (las famosas del *Chivato*, tal vez, en el cerro de las Minas), escribió al cabildo anunciando que habian muerto 30 de los pobladores de Concepcion i los demas «venían huyendo» (1).

(1) Acta del Cabildo de Santiago del 23 de febrero de 1555.—Car-

Nos será lícito mencionar aquí, de paso, el hecho del auxilio tardío que en esta ocasión llegó al desgraciado Pen-co, por ser un lance desconocido. Trájolo con soldados i vacas (que un oficinista contemporáneo llama oficialmente «dietas vivas») un capitán Galiano, desde la Imperial, pero encontrando la ciudad desierta, refujióse con el ganado en las alturas de Puchacay, i solo pudo escapar por Talcamávida echando los animales hácia la ciudad arruinada para que los indios, entretenidos en su captura, le dejaran libre la retaguardia, como sucedió.

VIII

¿Qué habia emprendido, entre tanto, el ufano, pero diligente Lautaro despues que por asalto i con una bravura personal que podia compararse solo a su mañosa cavilosidad para los negocios de la guerra, hubo espulsado por la segunda vez a los conquistadores de su capital meridional, que era su verdadero asiento militar del reino, como lo fué mas tarde i durante doscientos cincuenta años?

Daba ahora vida el atrevido mozo, en su corazon i en su cerebro, a un gran pensamiento que por sí solo revela una alma grande i un jenio superior. Es la fábula mas o ménos la que ha amparado hasta el presente dia ese pensamiento, pero

vallo agrega a la carta de Pedro de Villagra el nombre de Lautaro, mencionándolo como el captor de Concepcion, porque esa era la verdad del hecho; pero como no consta esa designacion del libro ni del acta, es una libertad del cronista que la lealtad de la cita, como hoy la practicamos, no nos permite dejar sin nota.

Góngora Marmolejo afirma que la segunda captura de Concepcion tuvo lugar el 12 de diciembre, «un dia, dice (páj. 59), vispera de Santa Lucía por la mañana, año de 1556;» i agrega que solo murieron 17 españoles. Segun Rosales, este suceso tuvo lugar el 4 de diciembre, pero en este caso, nos parece mas aceptable la cifra del soldado contemporáneo, si bien este último se equivoca en el año.

la historia lo recoje hoi intacto, lo examina, lo aclara, lo comprueba i lo estampa como una de las mas extraordinarias hazañas de una edad que se ha creído por muchos jemela de la leyenda, o la leyenda misma. Es el poeta el que ha reconocido, ántes que el rudo cronista, el jenio del indio. Ercilla nunca llama a Lautaro sino por su nombre o por el del «hijo de Pillan,» es decir, «el hijo del jenio,» no importa que fuese éste la encarnacion del mal para el bardo castellano, como no es tampoco de sustancia el que, pasmados por el atrevimiento i la fortuna del «bárbaro mochacho,» los viejos cronistas, al contar sus hazañas i sus triunfos, le apellidaran solo «Demonio» (1).

Mas, en vista de lo que ya hemos recordado i de lo que nos queda por contar de esta campaña incesante de emancipacion, dirigida por un indio semi-bárbaro, mancebo imberbe todavía, i que ha durado cuatro años consecutivos, es imposible negarse a reconocer que, siendo Lautaro lo que era, es decir, un simple salvaje, enseñado a palafrenero por los criados españoles de Valdivia, fué como Espartaco i como Viriato, un hombre de jenio.

IX

El propósito que concibió Lautaro al pasar por la segunda vez el Bio-Bio, i ocupar por la segunda vez, tambien, a Concepcion, fué la espulsion total de los invasores del suelo de sus mayores, o por lo ménos, hasta la banda boreal del Maule, a cuya raya habia llegado a la sazón el imperio de los incas peruanos; i la campaña atrevida i gloriosa que con este

(1) «En este órden que les dió este yanacona que no debia ser sino demonio».—Góngora Marmolejo, páj. 36.

objeto sostuvo con varia suerte durante veinticinco meses, es lo que vamos a referir en lo que queda de este relato.

Debemos prevenir que entre los cronistas antiguos, reina a propósito de esas campañas, una gran confusion de nombres, de fechas i de sucesos, de la que no ha escapado el claro ingenio del autor del *Descubrimiento*. Mas, ha tenido ésto por oríjen una causa jeneral, cual ha sido la de suponer que Lautaro hizo solo una o a lo mas, segun algunos, dos acometidas contra los valles del centro, cuyo objetivo era la capital del reino, siendo la verdad que aquellas fueron tres, como claramente va a quedar mas adelante demostrado.

X

Arrancó del pecho del indio la chispa de aquella colosal aventura, que levanta su fama sobre el pedestal de los mas famosos libertadores, de su última i señalada victoria, sobre las ruinas de Concepcion en su segunda captura (diciembre de 1555), i púsola por obra con la presteza de su ájil i ardiente naturaleza juvenil. Repasó con este objeto el Bio-Bio, conferenció con sus aliados i púsose en marcha por enero de 1556, no con un ejército informe, como con el que habia peleado en Tucapel i en Marihueno, sino con una columna lijera i escojida de seiscientos hombres aguerridos, que los mas ponderativos cronistas hacen subir a mil.

En ésto el caudillo indíjena revelaba otra vez su profunda sagacidad i su claro talento militar.

Conocia el país, su raza i la topografía en que iba a ejercitar sus armas, i si bien en los valles nativos era posible confederar i mantener masas enormes de combatientes, ahora, marchando de lijera por tierras escasas de menesteres, ocasionado a dar sorpresas, como se proponia, i forzado a

hacer marchas i contramarchas cada dia, necesitaba solo de un puñado de valientes sumisos a su voz. Su plan—como luego veremos—era hacer a los españoles una guerra de recursos i de insurreccion a lo Viriato. Quería levantar el patriotismo postrado de los habitantes de los valles de la Costa i del Centro, entre el Aconcagua i el Maule, i en este sentido vamos a verle maniobrar con consumada pericia, si bien no siempre con fortuna.

No se cansa Ercilla de acumular calificativos de denuestos sobre la hueste elejida por Lautaro entre los mas aguerridos de los combatientes de Marihueno e incendiarios de Concepcion, porque los llama solo «facinerosos,» «perversos,» «disolutos,» «sediciosos,» todo esto en una octava que, por obligar el consonante, concluye todavía de este modo:

«Homicidas, sangrientos, temerarios,
Ladrones, bandoleros i corsarios.»

XI

Pero es lo cierto, que si aquellos invasores eran tan crueles como su propio caudillo, no los elijió éste por perversos i corsarios, sino por bravos.—«Sacó Lautaro—dice el templado jesuita Rosales en el cap. VII, lib. IV de su *Historia*,—mil araucanos escojidos, aunque todos presumian serlo, y de las demas provincias; y entresacó los mas robustos, y sufridos en el trabajo, quitando las esquadras, y escojiendo los soldados veteranos, y a muchos que se ofrecian arrogantes y presumian de valientes por venir mui galanes y adornados de plumas y penachos, los desechaba, diciendo, que serian buenos para la plaza, y para los juegos y torneos, pero no

para la campaña, y para las velas; que lo que adorna al soldado es la pica y la lanza, que son espuelas del ánimo, y no las plumas que son juguetes del aire y como buen soldado ni se gobernaba por apariencias ni por corpulencias, que ni por mui corpulento es uno gran soldado, sino grande de cuerpo... I así escojió los soldados mas animosos».

XII

Algunos cronistas, como Mariño de Lovera, agregan que el capitán araucano sacó sus leñones a la suerte, para no dejar agraviados. Mas, lo que parece un hecho averiguado, es que la mayor parte de los designados no fueron *araucanos* propiamente tales, sino *huilliches* o indios feroces de los Llanos, los mismos que todavía sostienen cruda guerra de depredaciones contra los hijos de los conquistadores, sobre el lomo de sus caballos, i son, despues de tres siglos, los mismos *corsarios* que nos pinta Ercilla. Los *araucanos* o indios de la costa, diezmados por las epidemias i por la guerra, i de suyo apocados de ánimo, como los pueblos que viven de la pesca o de las mieses, no eran a propósito para la cruzada que emprendia el mas animoso i el mas jóven de sus compatriotas. Los *veliches*, como les apellida únicamente Diego de Rosales, habian sido sin duda los héroes de Tucapel, Concepcion i Marihueno. I aun de los *pehuenches* refiere el mismo historiador, que cuando todas las tribus depusieron las armas en el venerano de 1555, delante de las carnicerías e incendios de la hueste de los Villagras, se encerraron en armas dentro de las fortalezas de sus inaccesibles montañas.

XIII

No estará de mas que aquí emitamos un concepto de aclaracion histórica sobre la infinita clasificacion de nombres, de tribus, de valles i de razas que se encuentra en los viejos papeles de la crónica i que solo sirven a embrollarla. Para nosotros, si es cierto que en la cronolojía puramente indijena i lugareña, o en la etnografía técnica i peculiar de los pobladores de la antigua Araucanía, son aceptables aquellas infinitas i caprichosas denominaciones por tribus i por valles, por el *lebo* i el *malal* de piedra, por el nombre del cacique o de su movediza ranchería, delante de la historia jeneral de la conquista solo puede hacerse cuenta de tres vastas clasificaciones que abrazan con holgura i propiedad todos los indios al norte del Cautin, i son las que en seguida apuntamos:

1.^a Los *araucanos* propios o *indios de la costa*, naturales del país de Rago, i que habitan los angostos valles o quebradas occidentales de la sierra de Nahuelbuta, entre ésta i el Pacífico, dados todos hoi dia de paz i, algunos, medianos trabajadores a jornal en las minas de Lebu, Lota i Coronel.

2.^a Los *huilliches* o indómitos llanistas, que se enseñorean todavía de sus fértiles valles i planicies del llano central, i de sus ondulosos i fértiles lomajes.

3.^a Los *pehuenches* u hombres de los pinales (*pehuen*, pino; *che*, jente), que habitan las gargantas i valles trasversales de la cordillera.

XIV

Al sud del Cautin es posible admitir la variada nomenclatura de las razas que los españoles clasificaban solo por

los nombres de sus caciques o de sus rios, i los misioneros por el de sus doctrinas, desde los bravos boroanos, de rubia cabellera, azulados ojos i nariz aguileña, cuyo orijen singular contaremos alguna vez, hasta los raquíuticos *cuncos* de Osorno i Carelmapu, tan mansos i fieles hoi como fueron crueles i alevosos durante la conquista (1).

XV

Consultados estos lijeros preliminares, que la oscuridad de los tiempos i de los sucesos que narramos, hacia indispensables, cábenos ahora cumplir el empeño de narrar la marcha de Lautaro contra la capital del reino español, hecho i aventura que a nuestro juicio no tendria igual por su grandeza en nuestra historia, si no fuese que un libertador de levantada fama, pero que no habia nacido en nuestro suelo, pasó los Andes, doscientos sesenta años mas tarde, con igual propósito i mas preclara gloria, vista su época, sus medios i su éxito.

I esa narracion será la segunda i última parte de este estudio, que para la mejor agrupacion de los hechos, hemos dividido en dos períodos.

Hemos contado hasta aquí brevemente las campañas de Lautaro en la guerra defensiva de su patria.

Vamos a saber ahora cómo condujo en persona, hasta su postrer suspiro, la guerra ofensiva contra los usurpadores de su hermoso suelo i de sus salvajes libertades.

(1) Actualmente llaman propiamente *huilliches* las inmensas indiadas que se estienden entre el Cautin i el Tolten, i *moluches* a los llanistas que viven entre el Malleco i el Cautin; pero la organizacion civil i militar, los hábitos, el carácter, la topografia i la raza es la misma en todo el llano, desde el Bio-Bio al Calle-Calle.

DEL ITATA AL MATAQUITO.

CAPITULO III.

El país ocupado por los españoles.—Sus valles.—Su población verdadera i su aislamiento.—Las razas del Norte i su número.—Los *chilenos* propios.—Los *promaucas*, i estension del territorio que ocupaban.—El llano central.—Tambos.—Plan militar de Lautaro.—El Mataquito i su *Huerta*.—Errores en que ha inducido a todos los cronistas una estrofa de Ercilla.—Confusion de las tres campañas de Lautaro en una sola.—Lautaro pasa el Maule.—Severidad i disciplina que despliega en su marcha.—Sorprende un asiento de minas i se apodera de sus herramientas para fortificarse.—Llega al Mataquito i se atrinchera en Peteroa.—Ofrece a sus soldados el saqueo de Santiago.—Su desinterés personal.—Despacha emisarios a los valles setentrionales.—Apatía de los indios del Mapocho, aliados de los españoles.

«No se contentó el espíritu altivo de Lautaro con aver echado de la ciudad de la Concepcion a los españoles, sino que intentó echarlos de todo el reino, y viendo que la ciudad de Santiago era como la madre para los españoles, y la que por todas partes los repartia, fomentándolos y dándoles ayuda, y que allí tenian su asiento los gobernadores, y de allí salian a hazer la guerra a todas partes, trató con los suyos, los Araucanos y los de Tucapel, sus intentos, que eran de ir a Santiago y destruir la ciudad, y echar de ella los españoles, como lo avia hecho echándolos de Puren, Tucapel, Arauco i Concepcion.

(DIEGO DE ROSALES.—*Historia inédita, lib. VI, cap. VII.*)

I

Será cosa tal vez de alguna utilidad para el lector, que antes de seguir a Lautaro en su valerosa campaña contra

Santiago, echemos una leve mirada al mapa de las comarcas que iban a servir a la última de glorioso teatro.

Desde el Mapocho hasta el Maule estendíase por el valle central un espeso monte de espinos seculares, por entre cuyos troncos i ramajes, a manera de matorrales, serpenteaba el camino que los incas habian labrado para gobierno i socorro de sus colonias chilenas. Al sud del Maule se empinaba el país de los robles. Al sud del Bio-Bio, el de los pinos. I estos árboles indíjenas—el *chañar* del desierto, el *espino* de los llanos centrales, el *roble* de las faldas andinas, i el *pehuen*, o pino de piñones, de la Araucanía,—eran i son todavía los cuatro característicos representantes de nuestras grandes zonas climatológicas.

Los pobladores, que eran mas o ménos escasos con relacion al vasto territorio por ellos ocupado, no habitaban en los llanos, que eran montes, sino en los valles, que eran verjeles. La base de su cultivo i de su sustento era la papa—regalo que Chile ha hecho al hambre del mundo—i el maiz—regalo de los valles del Perú a nuestros valles.

II

Escasos de caminos, sin mas medios de comunicacion que el pié descalzo, sometidos por estas mismas causas de debilidad nacional, los unos a un yugo extranjero, aunque blando, formando los otros una especie de federacion belicosa i antagonista, podia decirse que la autonomía indíjena nacia i moria en cada uno de los rios (*lebos*) que daban jugo a sus cosechas.

El Norte i el Centro formaban un país de comarcas completamente aisladas, separadas por inmensos secadales, como

los de Copiapó, Coquimbo, Choapa, Petorca i hasta la Ligua, que Almagro llamó en sus cartas *Lua*. I en seguida, si bien el aislamiento era menor, no alcanzaban las tribus a formar una liga jeneral de resistencia. I así se explica la fácil conquista de los incas, que fué seguida de la mas rápida i mas enérgica de los castellanos, no obstante que aquellos retazos de tierra de pan llevar eran pobladísimos.

El valle propio de *Chile* (Aconcagua); el Mapocho, cuyo nombre indica la abundancia ponderada de sus moradores, agrupados como en una chacara i una toldería al derredor del Huelen; el valle de Cachapoal i el de Mataquito, eran verdaderas colmenas i colonias agrícolas en que cada cual vivia en paz de su trabajo, conforme en gran manera al sistema incarial, que era un ensayo feliz del moderno comunismo. Por ésto esos pueblos no sabian defenderse, i por ésto no sabrian tampoco cooperar, como habria sido debido, a la empresa libertadora de Lautaro. Además, su número total era estrecho, no habiendo desde Copiapó al Maule mas de diez mil hombres de guerra. El riñon del reino, esto es, su poblacion i su riqueza, era la Araucanía.

III

En cuanto a la comarca de los *Promaucas*, que era de donde el caudillo araucano sacaria ahora sus reclutas, estendiase propiamente por la parte montañosa del territorio que es hoí provincia de Talca, cuyo centro es la pintoresca aldea de Curepto, todavía emparedada entre vírjenes montañas. Pero en un sentido mas lato, los límites de los *promaucas* se acercaban hasta el Cachapoal, i aun hasta la angostura de Paine, que cerraba por el medio día

el territorio a que se dió primitivamente el nombre de «Chile» (1).

En vista de esta distribucion de zonas i de tribus, podia el país ocupado por los cristianos dividirse en tres grandes porciones, como las que hemos dicho cabian en la Araucanía bárvara e independiente.

IV

Era la primera, la de los *indios* del norte, que habitaban las estrechas, pero bien cultivadas fajas de sus valles donde los conquistadores peruanos habian introducido su adelantada labranza i especialmente su sistema de irrigacion, de que tan portentosas muestras nos han dejado en el famoso canal labrado sobre la roca viva en Caxamarca i en sus obras hidráulicas de la Nasca, en el Perú, i su red de *acequias* en todas las praderas de Chile, desde el famoso canal del Salto, a dos leguas de Santiago.

Estas poblaciones eran, sin embargo, tan escasas i aisladas, que Valdivia asegura en repetidos pasajes de su co-

(1) Pedro de Valdivia hace estensivo el territorio de los Promaucas a la parte de nuestro país que yace entre el Maipo i el Itata. En la interesante carta que de él encontró el señor Barros Arana en el Archivo de Indias, en 1860, i que publicó en su instructivo estudio sobre este conquistador (1874), se espresa, en efecto, el último de esta manera, escribiendo al rei desde Valparaíso, con fecha 15 de agosto de 1545, cuya carta terminó en la Serena el 4 de setiembre inmediato:—«Nunca vimos mas indios, que todos se acojieron a la provincia de los *promaucaes*, que comienza seis leguas de aquí, de la parte de un rio caudalosisimo que se llama *Maipo*.» La denominacion jeneral de los Promaucas (o *bailarines*, nombre que venia de sus numerosas i eternas *chinganas* i borracheras) no puede ser mas terminante. Pero en un sentido mas limitado por el uso posterior, los *Promaucas* eran propiamente las tribus que habitaban entre el Cachapoal i el Itata. Esta clasificacion es la que nosotros aceptamos i seguimos en esta relacion. Es mas o ménos la misma que adoptó Garcilaso en sus *Comentarios Reales*, parte I, lib. VII, cap. XVII.

rrespondencia con el emperador, que entre los valles del Mapocho i de Copayapo, no habia tres mil indios de encomiendas, es decir, de trabajo, que repartir.

V

Seguian los *chilenos* propiamente tales, esto es, los habitantes de los valles de Aconcagua, el Mapocho i el Maipo, que no excederian en el doble a aquel número, puesto que Valdivia repartió sus caciques solo entre setenta pobladores i los redujo despues a treinta i dos (comprendiendo los repartimientos del Mataquito), segun notables documentos que no han sido jamas publicados i que existen en nuestro poder.

VI

Hemos ya anotado dónde moraban los *Promaucas*, estendiéndose a lo largo del Cachapoal, del Tintilica (Tinguiririca), del Mataquito, del Maule i sus afluentes, del Itata i sus caidas setentrionales, como el Cato i el Ñuble, cuyos nombres son todos, no de comarcas sino de caciques. Estos i sus tribus podian ofrecer a los conquistadores doblado el número de trabajadores o de yanaconas, i así sale la cuenta justa de los quince mil indíjenas de guerra i de trabajo que Pedro de Valdivia asegura existian en los límites de Santiago, cuyos últimos se estendieron al principio desde el Choapa hasta el Maule, i en seguida hasta el Itata. I esta aseveracion, justificada i comprobada por innumerables datos, documentos i hechos históricos posteriores, echa por tierra de un solo empuje todo el andamio de increíbles pon-

deraciones en que hasta hoi ha reposado nuestra historia. Ochenta mil era la cifra ínfima de los moradores del Mapocho, segun la gran mayoría de los antiguos cronistas.

Quince mil indios de azada o lanza, entre los que se contaban siempre los muchachos, representan a lo sumo una poblacion de cincuenta a sesenta mil almas desde Copiapó al Itata, i ciertamente que mayor número, dada la pereza i molicie de los indios, no podian sustentar sus maizales (consumidos mas en la *chicha* de su inagotable embriaguez que en la harina de sus *ajuyas*, o pan indijena), i las reducidas siembras de madí, quínua, frejoles i papas silvestres, que constituian la base i el acopio de su alimentacion.

VII

En esta forma i para simplificar, tenemos que así como la *Araucania* salvaje e indómita estaba repartida en tres grandes grupos—los *araucanos*, los *huilliches* i los *pehuenches*,—así *Chile*, esto es, el país conquistado por Pedro de Valdivia i repartido a sus capitanes a la época de su muerte, podia clasificarse en los tres grandes grupos siguientes:

1.º.—Los *indios del norte*, repartidos hasta el número de ocho o diez mil en los valles de *Copayapo*, *Guasco*, *Coquimbo*, *Limarí* (Ovalle), *Cuzcuz* (Illapel), *Choapa*, *Longotoma* (Petorca) i *Lua* (Ligua).

2.º.—Los *chilenos*, limitados únicamente a los feraces valles del rio *Chille* (Aconcagua), del Mapocho i del Maipú. Estos podian contener hasta quince mil moradores.

3.º Los *Promaucas*, que se estendian desde el Cachapoal al Itata i cuyo número podia fluctuar, todo comprendido, entre veinticinco i treinta mil almas, pero no mas.

El centro de este sistema era el caudaloso Maule, i de aquí viene que nuestros cronistas i los escritores modernos, especialmente Gay, seguido en esta parte con poco criterio por mas inteligentes narradores, hayan acostumbrado al lector a creer, que los *Promaucas* eran solo los que habitaban las márgenes de ese gran rio, antigua raya territorial de nuestro país.

VII

Las escasas, ociosas, diseminadas i, por lo tanto, pacíficas e inermes tribus que hemos venido señalando, i que fueron tan fácilmente dominadas por las flechas de los indios del Cuzco, i mas tarde por los caballos castellanos, habitaban solo los *lebos* (como hoi en Arauco), es decir, los terrenos de aluvion de los rios, adonde llegaba con la lengua del agua de sus rios vertidos en acequias, la fertilidad natural i el descansado cultivo de la *lampa*, que era la pala, i el azadon de madera de los antiguos peruanos, recientemente introducidos en Chile, como hoi lo están los inventos prodijiosos de la labranza moderna.

VIII

En cuanto al gran *llano central*, que constituye al presente, gracias a la irrigacion artificial del último medio siglo, el núcleo de nuestra produccion i de nuestra riqueza agrícola, no era en esa época primitiva sino el desierto i su soledad, como lo fué el llano de Maipo hasta los fines de la era colonial. Las ciudades que hoi se eslabonan como las postas de la civilizacion, en esas ricas planicies, son aduares de ayer:

Linares de 1794: el Parral de 1795: San Carlos del primer año del presente siglo. Los *tambos* que Pedro de Valdivia habia planteado con su jenio previsor, de siete en siete leguas españolas, que son mas de quince de las nuestras, corrian hácia la costa por el territorio de Chanco, Itata i Coelemu hasta llegar a la antigua Penco, capital futura de este reino, soñada aquella por Valdivia, que abandonó a Santiago hasta el repudio (1).

IX

Por una razon de topografía i de poblacion tan clara cual no podia ocultarse al vivo entendimiento del capitanejo indíjena, que habia tenido, sin sospecharlo, por maestro al mas insigne soldado i estratéjico de los castellanos en América, como lo fué Pedro de Valdivia (así reconocido i alabado por voz jeneral en Chile, en Venezuela, i con particularidad en las rebeliones recientes del Perú); por razones estratéjicas, decíamos, iba a ser forzosamente el centro de las operaciones militares del ejército araucano, el valle del Mataquito, no solo porque era comparativamente abundoso de jente i en mieses, sino porque desde allí su jóven i dilijente jeneral daba la mano a su centro natural de recursos, que era el país de los Promaucas, i al suyo propio, mas allá del Bio-Bio; al paso que se ponía al habla con las tribus que se estendian hácia el norte hasta Aconcagua, cuyos territorios era su principal propósito sublevar i redimir.

(1) Cuando Valdivia se dirijió a conquistar a Arauco en enero de 1550, no solo vendió sus indíjos a los que mejor le pagaron por ellos, sino su propia casa particular, a los tesoreros del rei, i al propio tiempo que ésto hacia, se mandó edificar un verdadero palacio en Penco.

X

Abrese aquel valle en la confluencia del Teno i del Lon-tué, cinco o seis leguas al occidente de la actual ciudad de Molina, formando en seguida hácia el norte un estenso recodo de análoga distancia (que hoi se dice la *huerta* por ser *vuelta*); i mas hácia el poniente endereza su remanso curso al mar, por doce o quince leguas todavía (1).

En este trayecto del Mataquito, desde la junta del Lon-tué con el Teno, quedan, por la ribera meridional de aquel, el asiento de *Peteroa*, hoi vasta hacienda irrigada i plana de mil quinientas o dos mil cuadras, propiedad de la fa-

(1) El señor Astaburuaga dice cien kilómetros, pero por datos mas minuciosos recojidos espresamente, me parece que hai en esa distancia alguna exajeracion, a no ser que el ilustrado autor del *Diccionario Jeográfico* cuente los cien kilómetros, no de la *vuella* del Mataquito, sino desde las juntas de los rios.

Por lo demas, nadie ha hecho una descripcion jeográfica mas precisa i comprensiva de aquel hermoso territorio, tan poco conocido por la jeneralidad de los chilenos, que don Alonso de Ercilla. Hablando el poeta, en efecto, en el Canto XI de la *Araucana*, de la marcha de Pedro de Villagra hácia el Mataquito contra Lautaro, pone la siguiente clara estrofa que ha dado lugar, sin embargo, a alguna confusion jeográfica en los autores:

«Diose tal priessa andar, que presto vino
A la corva rivera del *rio claro*
Que vuelve atras en circulo gran trecho,
Despues hasta la mar corre derecho.»

Es evidente que el poeta alude aquí a la *corva ribera* o vuelta (*huerta*) del Mataquito, pero el haber aplicado el calificativo de *rio claro* en esta ocasion a aquel, ha hecho creer a algunos historiadores serios, especialmente a Córdoba i Figueroa i a Miguel de Olivares, i tambien al padre Ovalle, Molina i Carvallo, que Lautaro estableció su primer campamento en el *Rio Claro*, que está algunas leguas al sud del Mataquito.

Este error es evidente: 1.º porque el Rio Claro, desde qué atraviesa el llano central hasta su confluencia con el Maule, no ofrece por su forma estrecha i profundamente encajonada ningun paraje a propósito para un campo militar, a mas de que hoi, como ántes, carece de todo jénero de sustentos; 2.º porque ese rio no *corre derecho* al mar sino que entra al

milia Garcés, i en seguida la mas considerable i de pan llevar, pero sin riego considerable—el *Culenar*,—vínculo de la familia de Vergara, donde hai todavía un pueblo de indios, separado de Peteroa por una serie de colinas que bajan hasta el rio desde los cerros de Guayuten, cuya última es hoi propiedad del respetable caballero don Andres Grez.

Frente al *Culenar* divísanse las casas de la hacienda de la Huerta, en la opuesta márjen del rio i en territorio de Curicó, e internándose hácia el norte, en rumbo del Tinguiririca, empínanse los cerros de la hacienda de *Caune*, cuyos últimos proyectan hácia el Mataquito una áspera puntilla o espolon que tiene el curioso nombre de *Chilpirco*, i es de una considerable importancia en la historia de las campañas de Lautaro, que allí encontraron fin. Llámase hoi toda esta zona norte del Mataquito—*La orilla de los Navarros*, i yace en el departamento de Curicó, así como la *Huerta* propia pertenece al de Vichuquen; porque todas estas anomalías existen todavía en nuestras divisiones administrativas.

Pasado el recodo de la *Huerta*, cuya estancia mas considerable es la estensa i valiosa del Peralillo, de la familia Pizarro Garcés, sucédense hasta Iloca, en la entrada del Mataquito al Pacífico, una serie de haciendas pequeñas, pero de cuidadoso labradío, como las de Ranquilí i Hualañé,

Maule, sin hacer una curva o corva tan marcada como la del Mataquito; 3.º porque, además de aplicarse con exactitud la descripción del poema a este último rio, que despues de una gran *corva* «corre derecho al mar,» el calificativo de *rio claro* está evidentemente aplicado a sus aguas, obligado el poeta a encontrar el consonante de la palabra *caro*, que precede, i por ésto en todas las ediciones de la *Araucana*, que hemos consultado, la palabra *rio claro* está impresa con minúsculas, siendo que Ercilla escribía propiamente con mayúscula el nombre de todos los rios chilenos, *Bio-Bio*, *Itata*, *Mataquito*, *Maule*, etc.

Diremos de paso, que la edicion de la *Araucana* que nosotros seguimos, es la antigua de 1610, por Juan de la Cuesta.

i en medio de ellas está enclavado todavía el pueblo o «provincia de Lora,» llamado hoi, por una singular trasposicion de letras, el pueblo de *La Hora*, de todo lo cual daremos mas prolija cuenta en oportuno lugar.

Aquella comarca, tan vasta como hermosa, la *Huerta del Mataquito*, entre Peteroa en el llano central, i Lora en las colinas vecinas de la costa, iba a ser, por tanto, el cuartel jeneral i el campamento natural de Lautaro, durante los dieziseis meses que durarian sus heróicos si bien desventurados esfuerzos por arrojar del suelo de Chile a sus invasores.

XI

Hemos dicho que Lautaro habia regresado a sus tierras despues de su segunda invasion a esta parte del Bio-Bio (diciembre 4 de 1555), i aunque sobre ésto no hai fijeza, el jeneral araucano debió ponerse en marcha hácia el Maule persiguiendo su osado intento, por el mes de abril de 1556.

Así le era posible aprovechar las comidas i la estacion propicia para pasar los rios a pié enjuto, que es el otoño.

Lo que está fuera de duda, es que sus victorias, sus emisarios i sus promesas de socorro habian comenzado a alborotar la jente belicosa del país de los Promaucas, desde los primeros dias de aquel año, porque en la sesion que celebró el cabildo de Santiago el 13 de enero de 1556, acordóse despachar al alcalde i acreditado capitan de guerra Juan Dávalos Jufré, para que fuera «al castigo de los naturales que andan rebelados para los *Poromaocaes*» (1).

(1) Acta de ese dia del libro becerro del Cabildo de Santiago. Parece que la inquietud de las tribus meridionales hasta el Mataquito, habia comenzado con la derrota de Villagra en Marihueno i su retirada sobre

Lautaro arrastraria consigo a la verdad i mui en breve, todas las poblaciones ribejanas del Maule i del Itata cuyas comarcas de las costas venia recorriendo i apellidando a nombre de la libertad. No hacia esta marcha por el llano central en que los españoles escalonaron mas tarde sus ciudades, porque en esos parajes no encontraria ni aliados, ni recursos, ni enemigos.

XII

Sin embargo, el caudillo araucano debió pasar el Maule a mediados de mayo de 1556, por un vado próximo al del gran camino central, esto es, por Duao o Bobadilla, en las dereceras del cerro de las Minas, porque está averiguado que atacó allí por sorpresa una encomienda de trabajadores, mató dos o tres españoles que los custodiaban i se apoderó de sus herramientas para los casos que mas adelante hemos de ver. Aquella encomienda era probablemente de Pedro de Villagra, primo del gobernador, que, segun vimos, se encontraba a orillas del Maule cuando llegaron los primeros derrotados de Concepcion, i lo avisó a Santiago por el 20 de diciembre del año precedente. «Caminando—dice un historiador contemporáneo—cada dia se le juntaban mas, entendi-

Santiago, despoblando a Concepcion; porque desde enero de 1555, Jufre, que tenia hácia el Maule sus repartimientos, andaba en esas dereceras castigando los alzamientos con unos pocos soldados. Véase las actas del Cabildo de Santiago de 30 de enero, de 15 i 22 de febrero de 1555.

En la del dia 15 de enero de ese último año, se acordó gastar 4 mil pesos de la caja del rei en «encabalgar algunos soldados,» i en la del 22, despachar en auxilio de Jufre al conquistador Juan de Cuevas, que tenia su repartimiento cerca del Tingiririca, i cuyas propiedades (la *Quinta i Cailloma*) conserva todavia su familia en el valle de la Requinoa.

Jufre i Cuevas estuvieron de regreso en Santiago, despues de haber pacificado medianamente aquellas comarcas, a mediados de abril de 1555.

da la demanda que llevaba, i teniendo plática que en el rio de Maule sacaban oro algunos cristianos, bien descuidados, llegaron una noche sobre ellos i al amanecer dieron en el asiento que tenian. Levantando una grita como lo suelen hacer los mineros, salieron huyendo; de éstos mataron dos, los demas se escaparon por el monte: los muertos no eran hombres de cuenta. Tomaron algunas mujeres indias de la tierra que tenian de su servicio, i toda la herramienta con que sacaban el oro. Con esta presa el Lautaro, como era ladino en su lengua, hizo una oracion a los indios que allí estaban, enviándolos por mensajeros a sus caciques que de su parte les dijesen (que) él habia venido a aquella provincia para quitarlos del trabajo en que estaban; que les rogaba se viniesen a él llamando a sus comarcanos, porque tenia deseos de les hablar a todos juntos, i tratar en cosas de su libertad» (1).

En su marcha habia desplegado el jóven jeneral araucano la mayor severidad en la disciplina de su escojida tropa. Se acampaba con todas las precauciones usadas por los españoles, poniendo guardias, avanzadas i centinelas i ejecutando las rondas nocturnas del campo, que él mismo, de ordinario, comandaba en persona. En cuanto a su dureza para conservar en su valiente pero ensoberbecida columna la necesaria cohesion i respeto, no ha mentido el poeta cuando, refiriendo los incidentes de esta propia empresa, decia:

«Si alguno de sus puestos se movia,
Sin esperar descargo lo empalaba
I aquel que de cansado se dormia
En medio de dos picas lo colgaba...
Quien hurtaba una espiga allí moria» (2)

(1) Góngora Marmolejo, *Historia*, páj. 61.

(2) *Araucana*, Canto XI.

XIII

Llegado a la parte central del valle del Mataquito, que era Peteroa—populoso asiento de indios entónces i hoi hermosa hacienda cultivada, segun ya dijimos,—atrincheróse allí el caudillo araucano conforme a todas las reglas de la castramentacion.

Elijó para ésto una de esas puntillas de mediana altura que se avanzan sobre el lecho de nuestros angostos valles, i que, por lo mismo, espesos pantanos i carrizales de *titora* circundan en su frente i flancos, por causa de las aguas de las creces invernales, que allí se apoizan.

La *puntilla* señalada por Lautaro tenia a su espalda un espeso bosque de pataguas, de peumos i de robles, cuya abundancia prodijiosa en esos parajes atestiguan todavía sus vestijios. Por manera que su posicion estratéjica estaba cubierta por el frente i sus dos flancos, i rodeada de pajonales, miéntras que su retaguardia era protegida por una selva impenetrable, especialmente para enemigos que combatian a caballo i que en éste i en sus pesadas cotas encontraban lo mejor de su pujanza. «I marchando—dice el historiador Diego de Rosales—con ellos en buen órden, se alojó Lautaro en Peteroa, donde hizo un fuerte con sus cubos i murellas de fuertes maderas i fosso al derredor» (1).

XIV

Puso Lautaro en seguida su campo en órden económico. Como era invierno, encargó con previsora cautela que los indios del Maule sembrasen en sus tierras para no pade-

(1) Rosales, lib. IV, cap. VII.

cer penurias en campañas posteriores; almacenó todos los sustentos del valle; «puso factores en los graneros,» a ejemplo de los peruanos i de los españoles, i para colocar sus jenerosas miras al alcance de los que le seguian i de los que venian a propiciarle con regalos o promesas, les arengó en varias ocasiones, segun era su costumbre i lo es todavía de los capitanejos de su raza. Por este camino—agrega el historiógrafo que acabamos de citar—dijo a sus soldados, «que despues de alcanzada la victoria, entrasen al saco, siendo de cada uno lo que su suerte i buena dilijencia le deparase, sin que ni él ni otro ninguno le diese parte del despojo; que a él le bastaba la gloria de vencer i el gusto de que sus soldados se aprovecharan por su medio» (2).

Pero no contento con utilizar las ventajas naturales del terreno i la abundancia de provisiones que le brindaba la comarca, Lautaro hizo arrimar a sus *huilliches* sus lanzas i macanas, i con los picos, azadas i barretas de que habia hecho botin en las minas del Maule, dispuso que se hicieran zanjas en los puntos mas accesibles de la loma, i que en su derredor i en otros parajes del valle, se labraran cavas profundas, cubiertas de ramas i de césped, para que los jinetes cayesen en ellas como dentro de una sepultura. Las pacíficas indiadas del Mataquito, desocupadas ahora de sus tareas veraniegas, le ayudaron sin duda con su buena voluntad i sus brazos en aquellas faenas.

XV

El propósito de redencion que el arrogante libertador habia concebido, era tan audaz como sencilló. Sabia por sus

(2) *Historia* citada, lib. IV, cap. VII.—Parece que Lautaro aludia en esta arenga al saco prometido de Santiago, a los que ya venian cebados por dos veces con el de Concepcion.

emisarios i por los mensajes que de todos los valles, a contar desde Aconcagua por el norte, casi diariamente recibia, que los indíjenas odiaban con intensa rabia a sus dominadores, i que ya no solo no los creian inmortales, como en los primeros años, sino ni invencibles siquiera. La muerte de Valdivia, la doble destruccion e incendio de Concepcion, las derrotas sucesivas de Tucapel i Marihueno habian despertado en todos los pechos el sentimiento de la esperanza, i el amor a la nativa libertad renacia en las comarcas subyugadas. «La flecha de la guerra—dice Rosales—habia llegado hasta el valle de *Tile* (Aconcagua), i de todas partes enviaban a llamar a Lautaro para que fuese el libertador de su patria i los sacase de la servidumbre de los españoles.»

En vista de esta situacion jeneral del territorio, el plan de campaña del jeneral araucano se hacia palpable. Quería ofrecer un centro armado como base de una insurreccion jeneral, dar la mano a los descontentos, resolucion a los tímidos, i sacando por fuerza a los conquistadores de sus ciudadelas, propiciar de esta manera la ocasion de que sus indios de servicio levantasen el grito de rebelion i de venganza. Por ésto, en el centro de los valles mas populosos i mas ricos del país, habia construido Lautaro una ciudadela a su manera, i allí estaba seguro que habrian de ir a buscarle sus antiguos e implacables amos.

XVI

En esto último no se engañaba el jeneral indio; pero en lo que su inesperienza, su fácil entusiasmo i su rudo criterio padecieron doloroso engaño, fué en las expectativas de alzamiento jeneral que le trajeron rumbo del Mapocho. Lau-

taro conocia a los indíjenas de ultra Bio-Bio—sus compatriotas—i conocia a los españoles—sus señores i maestros;—pero no habia alcanzado a penetrarse de la índole apocada, servil i artera que prevalecia en aquellas tribus, mas agrícolas que pastoriles, del territorio del centro, que no habian tenido siquiera la fácil enerjía de resistir la invasion i conquista de una jente mas débil, si bien mas intelijente i mejor organizada, cuales eran los ejércitos del Cuzco. La fortuna, la facilidad de vivir, la ebriedad contumaz, o mas bien, perpétua, i el aislamiento en que por falta de comercio i de cambios, vivian los unos de los otros en aquellos valles interceptados por vastos e incultos páramos i serranías, no daban lugar sino a la duplicidad, es decir, al estudio taimado pero sistemático de los medios de vivir, siempre mas o ménos acomodaticios con el que triunfa o con el que manda. Los hijos de los Incas, dominadores de aquellos, adoraban el Sol; los araucanos, a Pillan; los españoles, a la Vírjen i al apóstol Santiago; pero los chilenos, propiamente tales, no tenian entónces sino el culto de una divinidad que se ha llamado mas tarde i se llama todavía el «Exitó».

El haber ignorado que esa era la condicion de los indíjenas del Mapocho i de los valles que corren hasta el Mataquito, fué causa de la perdicion del indio; pero su patriótico error no disminuye por ésto sino que enaltece su gloria de libertador i de soldado.

XVII

Entre tanto, los castellanos pobladores de Santiago, nunca medrosos, i al contrario, levantando cada dia el ánimo a la altura de incesantes desastres, habian tenido noticias de la aproximacion sijilosa de Lautaro, primero por los indios

de encomienda, desbaratados en el Maule, i en seguida por aquellos mismos serviles yanaconas e indios amigos que el impávido araucano venia a rescatar.

Tema será, por tanto, de nuestro próximo capítulo contar cuáles aprestos hicieron los castellanos, i especialmente los pobladores de Santiago, para resistir la valerosa invasion del antiguo palafrenero de Valdivia, creado en sus salones i enseñado por ellos a revolver sus caballos, ora en el torneo de la plaza pública, ora en el campo de batalla.

PETEROA.

CAPITULO IV.

Situacion de la capital en los momentos de la invasion de Lautaro.— Su desamparo por Valdivia.—Socorro salvador de los *Comechingones*.—Los conquistadores esparcidos en sus chacras i estancias.—Estado indefenso de la ciudad.—Villagra despacha a la descubierta contra Lautaro al capitán Diego Cano, i es éste derrotado.—Profunda alarma en Santiago.—Alarde de tropas i de vecinos.—Sale Pedro de Villagra con una division en el corazon del invierno.—Villagra asienta su campo frente al de Lautaro.—Su entrevista con éste, i curiosa plática que el jeneral indio tuvo con el capitán Márcos Veas.—La fortaleza de Peteroa.—Ataque matinal de Pedro de Villagra.—Su rechazo i completa derrota por Lautaro.—Comprobaciones.—Lautaro intenta inundar el campamento de Villagra desviando un brazo del Mataquito.—Su súbita retirada hácia el Maule, i sus causas probables.—Abyeccion de las tribus que Lautaro intentaba redimir.

«Pues si damos a manos llenas los elojios a un Viriato español, no será equidad se los mezquinemos a Lautaro indio, cuando ámbos pelearon por su patria, por las mismas causas i con igual esfuerzo.»

(Miguel de Olivares.—*Historia de Chile*, páj. 190.)

«Llegó la nueva a Santiago por medio de algunos indios amigos de cómo Lautaro con una junta de indios araucanos i veliches venia con intento de no volver a sus tierras hasta destruir aquella ciudad.»

(Diego de Rosales.—*Historia*, lib. IV., cap. VII.)

I

Sobremanera angustiosa era la situacion de la infantil capital del reino, cuando llegó a sus hogares la inesperada i

casi increíble nueva de haber pasado Lautaro el Maule con sus huestes, de haber invadido así, a mano armada, el territorio de sus antiguos amos, de haberse fortificado en uno de sus valles i de proseguir atrevidamente su campaña hácia adelante.

II

Carecian en verdad, i casi por entero, de toda defensa los inermes moradores de Santiago. La preferencia de Valdivia por las *ciudades de arriba* i especialmente por Penco, habia postrado los recursos militares de la ciudad del Mapocho i su comarca. Militarmente hablando, el conquistador habia considerado aquella poblacion no como una ciudad, ni siquiera como una plaza de guerra, sino como una especie de *tambo* mas vasto que los otros, en que se daria posada, reposo i refresco a los soldados que le llegaban continuamente del norte, por la Serena i Atacama, dos grandes *tambos* a la entrada i a la salida del desierto. Por ésto, en su marcha al sud, el gobernador no solo habia arrastrado con todo lo suyo, segun dijimos, vendiendo lo que le embarazaba, como sus casas i sus yanaconas, sino que, segun su costumbre, en la que el escrúpulo no tenia asiento, barrió con todo lo ajeno que podia prestarle servicio, fuera en el Bio-Bio, fuera en el Cautin, fuera en el Calle-Calle, fuera en el fin del mundo, porque esa fué la índole peculiar de Pedro Valdivia i del mayor número de los descubridores del Nuevo Mundo.

Hízose aun preciso, en aquella coyuntura de viaje, al abaido cabildo de Santiago poner capítulos a su jefe i rogarle humildemente le dejara en la ciudad un herrero para los quehaceres domésticos i especialmente para el herraje de los caballos, la operacion mas necesitada a la sazón en toda la

América, donde los corredores de tierra no se apeaban un solo día del caballo (1).

III

De manera que cuando sucumbió Valdivia en Tucapel, Chile se habría inmediatamente perdido, i retrocedido muchos años la era de su conquista, si por una ventura singular no hubiese penetrado, en el momento oportuno, por las cordilleras de Huspallata, viniendo del Alto Perú, Francisco de Villagra i sus *Come-chingones*.

Con este auxilio se reparó el reino, i por ésto decia el cabildo de Santiago al virei de Lima en la víspera de Marihueno: «I si lo desbaratasen (a Villagra en esa batalla) por ninguna vía se podría sustentar esta tierra.»—De suerte que cuando este desastre se agregó, en el espacio de cuarenta días al de Tucapel, Santiago i el país entero estuvieron a dos dedos de sucumbir i despoblarse.

IV

Por otra parte, los moradores de la capital del reino no estaban de continuo juntos i en son de guerra, cual lo requería el peligro, sino repartidos, según su codicia, en sus encomiendas, que rejían para ellos cien o doscientos caciques de paz, entre el Choapa i el Maule.

(1) Véase sobre ésto la acta interesante del Cabildo, fecha 13 de octubre de 1549, último que, en cierta manera, presidió Valdivia, i en el cual fué interpelado por el procurador de ciudad Pedro de Miranda, para que dejara algunos auxilios a la desolada ciudad ántes de partir para el sud. El magnánimo gobernador consintió en dejar dos herreros, uno en la ciudad i otro en las minas de Malga-Malga, para afilar las herramientas..... Tal era en esa época la condicion de la capital del reino!

Consta, tanto de antiquísimos documentos de familia, como de los primeros libros becerros del ayuntamiento de la capital, que sus principales capitanes conquistadores estaban esparcidos, en el momento de la aparición de Lautaro, dentro de su territorio, en el espacio cercano de cien leguas comprendidas entre el Aconcagua i el Mataquito, i aun algunos tenían ya estancias de ganados i encomiendas de indios (que todo era una sola cosa) en la vecindad del Maule.

A algunos, o mas bien, a todos los pobladores hábiles cabido *chácaras* en el valle del Mapocho i al alcance de sus riegos, sangrando su escaso rio por diversas acequias (algunos de cuyos nombres peculiares, como el de *Vitacura*, se conservan todavía), bajo la dirección de hábiles agrónomos peruanos. Pero al propio tiempo, todos o la mayor parte, habían solicitado estancias en los valles meridionales o del norte, para la crianza de cabras i de puercos, que fué nuestra primitiva industria ganadera, junto con la de caballos i de mulas, i de aquí los *potreros* destinados esclusivamente a los potros.

Así, i reservando el dar cuenta en ocasion mas oportuna, de los repartimientos de la comarca de Santiago, nos bastará decir que a Alonso de Monroy—el segundo de Valdivia—háiale tocado una buena parte de lo que es hoi Chuchunco, como a Diego García de Cáceres cupo entero Yungai (*el llano de Portales*). A su alférez jeneral Juan Gomez de Don Benito, natural de Estremadura, dióle Pedro de Valdivia, como a paisano, las tierras del cacique Huelenguala, dueño de la planta de la ciudad i de su predestinado cerro, i a Rodrigo de Quiroga, junto con su esposa Ines de Suarez, querida ántes de Valdivia i ámbos los mas ricos encomenderos de Santiago, cúpoles la Chimba i toda la banda norte del Mapocho, donde los consortes edificaron, para

consagrar su piedad i su dominio, la ermita que existe todavía al pié del Cerro Blanco (*la Viñita*).

V

Pero la mayor parte de los capitanes de guerra tenia sus tierras de pastoreo mas allá del Maipo. A orillas de este rio habiales cabido un repartimiento al capitan Márcos Veas, antiguo servidor de Valdivia, altamente estimado por él como gobernador del valle de Quillota, el cual todo entero, así como el de Aconcagua, pertenecia al jefe conquistador. En otra parte hemos dicho que el famoso i terrible alguacil Juan Gomez de Almagro, habia recibido su heredad de manos de Rodrigo de Quiroga, en las juntas del Cachapoal i del Tinguiririca (hoi hacienda de San José); miéntras que Juan de Cuevas era encomendero de la Requínoa, i Juan Jufre de mas allá de esos valles, porque le adjudicaron los indios *Taguas-Taguas*, donde el inca tenia una estancia propia, cuya ubicacion i nombre conservan todavía la tradicion i el uso (1).

Otro de los mas famosos soldados de los primeros años de la conquista, llamado a figurar de una manera sobresaliente en las campañas de que vamos a dar rápida cuenta— el célebre Juan Godinez, natural de Ubeda, en el montañoso reino de Jaen,—vivía de tal modo retirado en sus estancias de ultra Cachapoal, que habiendo resultado electo rejidor el 1.º de enero de 1553, sus propios camaradas lo desposeyeron de su título en el dia de su nombramiento, porque pasaba la mayor parte del año ausente: «el cual— dice el acta de aquel dia—tiene sus indios mui léjos de

(1) La hacienda *El Inca*, propiedad de la familia Undurraga Vicuña.

esta dicha ciudad i la mayor parte del año no reside en ella.»

Tan absoluta era la soledad de Santiago en esa época, que en la inauguracion anual que tenía el cabildo el 1.º de enero para nombrar alcaldes, solo se hallaron presentes los rejidores Alonso de Escobar i Juan de Godinez, caballero el último que figurará en línea principal en esta narracion.

VI

Tal era la coyuntura, a la verdad en extremo favorable i admirablemente elejida por el sagaz i atrevido vencedor de Pedro de Valdivia i de Francisco de Villagra, para quitarles, por medio de un golpe rápido, el reino que con tanta fortuna tenian ya reducido i usurpado; de suerte que si el mas lijero soplo de bonanza viniera en socorro del indio en el curso de sus operaciones de libertador, la conquista habria terminado de seguro a sus piés. Si mas tarde los castellanos hubieran emprendido de nuevo su jornada, como habria sido tambien inevitable, ese período de su dominacion habríase llamado propiamente con diverso nombre.

VII

Por fortuna de los cristianos, cuando el bárbaro marchaba a su encuentro, encontrábase en Santiago el diligente Villagra con algunos jinetes descansados, i aunque en el primer momento, «muchos se reian de la nueva»—dice un historiador—por su estraña osadía, no pensó con tanta liviandad el escarmentado gobernador. Despachó, en consecuencia, a la descubierta, mas que como a campaña formal, al valiente Diego Cano, caballero natural de Málaga i uno de los po-

cos capitanes que escaparon con él en Marihueno despues de haber hecho prodijios de heroismo a su lado (1).

VIII

Diego Cano llevaba consigo solo veinte jinetes, i avanzó con cautela, pero con poca suerte hasta el Mataquito, porque sabedor Lautaro por sus espías, que circulaban en todas direcciones, del propósito que lo llevaba, le tendió una emboscada, lo envolvió i, matándole un soldado, lo hizo huir, persiguiéndolo a pié por el lecho del Mataquito un largo trecho. Conforme a su implacable rigor, el indio hizo desollar al prisionero, i empajado, como los simulacros que usaban los labriegos indíjenas en sus chácaras para espantar las aves, lo colgó de un árbol (2).

IX

Esta expedicion, o mas propiamente, este reconocimiento de Diego Cano ha sido causa de un considerable embrollo en

(1) En una parte de su crónica dice Góngora Marmolejo, que Diego Cano era natural de Málaga, i en otra de Madrigal, probablemente en la provincia de Burgos, porque en España hai varios pueblos que llevan ese nombre.

(2) Debió tener lugar este encuentro en fines de marzo o principios de mayo de 1556, i sobre lo que en él ocurrió, dice el bardo de estas guerras, que Diego Cano se puso en el Mataquito en cuatro dias de marcha, lo que hace creer que el encuentro debió tener lugar en la fecha que indicamos, i tomando en cuenta la de la llegada de Lautaro al Mataquito.

De los soldados de Diego Cano dice Ercilla que volvieron

«Sin aliento, cansados, y affigidos...
Laxos, llenos de sangre, mal heridos,
Con pérdida de un hombre, el cual delante
I en medio de los campos desmandado
A manos de Lautaro avia espirado.»

El padre Rosales debió conocer el nombre de este soldado así muerto, porque dice «*que se llamaba*»... i sin embargo, el nombre no está escrito.

la cuenta de los cronistas, porque la han confundido con la que en seguida verificaron Pedro de Villagra i Juan de Godínez en un solo cuerpo, siendo muchos los que a su turno dividen esta última expedición en dos cruzadas diferentes, para hacer aun mas confusa la época i sus hechos. La luz se hará, sin embargo, en esta vez, gracias al auxilio del cronista tan minucioso como sesudo, que nos sirve de guía principal en estas prolijas pero no estériles investigaciones.

X

Solo despues del rechazo del animoso Diego Cano diéronse cuenta los vecinos de Santiago del peligro inminente que les amenazaba, porque ántes no podian imajinarse siquiera que fuera bastante a infundirles miedo una montonera de indíjenas desnudos i comandados por aquel pajecillo imberbe que todos habian conocido en las calles de la ciudad cuando llevaba al bebedero los caballos del gobernador. «Volvió Diego Cano a Santiago—dice el padre Rosales—con las manos en la cabeza, llevando el alma viva i amortiguados los brios.»

La alarma de la poblacion se hizo entónces profunda. El mismo gobernador mandó formar alarde de toda la jente de armas de que podia disponer, i llegó a juntar cincuenta jinetes de espada i pica i tan solo doce arcabuceros, que mas armas no habia (1).

(1) «Causó grande alboroto (la derrota de Cano) en la jente popular, que si ántes braveaba, ya bamboleaba temerosa.»—Esto dice el padre Rosales de la impresion que el primer éxito de Lautaro causó en los ánimos de los indios del Mapocho i valles adyacentes, i luego añade lo siguiente respecto de los planes del gobernador Villagra, que no podian ser mas cuerdos: «Se determinó en no meter la guerra en casa ni dar lugar al enemigo que ganase mas tierras y incorporase a su ejército las provin-

Habíase entrado en este intervalo el invierno, que solía llegar mas de lijero que hoi dia en aquellos siglos, i era preciso moverse ántes que la inclemencia de las lluvias hiciera trabajosas si no imposibles las jornadas de la caballería. Aprontábase el gobernador, en consecuencia, para salir en persona a campaña. No podia ser a la verdad mas serio el caso i el peligro de la invasion araucana.

Pero al tiempo de ponerse en marcha, acometió a Villagra «una recia enfermedad»—dice el cronista que acabamos de citar—no sabemos si de vejez o los trabajos, i en vista de ésto i de lo crudo de la estacion, hubo aquel de confiar el mando de la espedicion a su capitan favorito i el hombre de su mayor confianza en el ejército, que lo era Pedro de Villagra, gobernador de Chile mas adelante, i su primo hermano, como Gabriel de Villagra era su tio, Juan de Villagra su hermano, i el desventurado «Francisco de Villagra el mozo,» su hijo.

XI

Partió Pedro de Villagra con su tropa por el mes de julio de 1556, en direccion al Mataquito, i llegó una tarde nebulosa a la vecindad de Peteroa; i a una legua de distancia fijó en el fondo del valle su campamento, a la vista de los fuegos i de los centinelas de Lautaro, que dominaba la planicie desde la altura vecina.

Como hombre entendido en guerra, determinóse Pedro de Villagra dar a los indios un asalto aquella misma noche, en la hora acostumbrada del alba, i para ésto se resol-

cias comarcanas, sino salirle al camino y hacerlo volver atras. Apercibió con presteza su gente, sacó a campaña 50 hombres de a caballo, los doce arcabuceros, que no hubo mas, i tres cientos amigos, que con gran trabajo juntó y éstos bien dudosos.»—*Historia*, lib. IV, cap. VII.

vió a reconocer personalmente las posiciones estratégicas del enemigo. Tuvo el campo español, sin embargo, un curioso amago de asalto en su reducto, que Ercilla ha cantado con mucha animacion i que es notorio a todos los viejos cronistas; porque Lautaro, por ufanía i a la vez por estratejia, soltó en la media noche uno de los caballos que traía consigo, conquistados en Tucapel i en Marihueno; de suerte que el bruto, viéndose libre en el campo, lanzóse con gran ímpetu hácia el sitio en que pacian los caballos de los castellanos. Figuráronse éstos que era el enemigo i tocaron a las armas; pero desengañados en breve, se rieron entre sí de la malicia del indio i de su chasco.

XII

Cerca de la madrugada, pero oscuro el cielo todavía, montó Villagra a caballo con una corta partida, en la que iba el capitán Márcos Veas, antiguo amigo i servidor casero de Valdivia, que habia sido alguacil mayor de Santiago hasta hacia pocos meses i fué uno de sus mas prestigiosos vecinos. Acercáronse al reducto indiano i allí, ántes que los centinelas les diesen el alerta, comenzaron a llamar a grandes voces a Lautaro, apellidando su nombre i su amistad en el idioma español, que al caudillo araucano era familiar. «No quiso—dice un cronista antiguo, refiriendo esta estratejia—no quiso entónces Pedro de Villagra pelear sino acercarse al fuerte, y llamó a Lautaro desde donde se pudiesen hablar y no herir, y habló con él de varias cosas tocantes a la guerra, por entretenerle, y reconocer la disposicion de su fuerte, y la parte por donde le podia acometer y entrar, y despues de haberse enterado de todo, le dexó hablando con el capitán

Márcos Veas a solas, porque se conocian mucho desde que sirvió a Valdivia» (1).

XIII

Lautaro, segun su costumbre, estaba despierto i contestó a las voces de sus antiguos conocidos con tono amistoso i de plática casera. Ercilla, Góngora Marmolejo i el mismo circunspecto Rosales acojen el curioso diálogo que Márcos Veas tuvo con el alzado palafrenero de su antiguo jeneral, i estando a sus revelaciones, es de creer que Lautaro abrió pactos de reconciliacion i de paz, a condicion de que los españoles guardasen solo el territorio que ya tenian conquistado los incas i el cual se estendia desde el rio Copiapó hasta el Maule. Pero que de este rio adelante ningun invasor seria osado de pasar. Agregan los cronistas citados, que el indio puso ademas otras condiciones fantásticas, como la de que habian de pagarle en cada año el tributo de treinta doncellas españolas—«rubias i blancas» dice Ercilla,—seis perros de presa i, entre otras cosas de menor valía, cien capas de grana, que entónces, segun Rosales, estaban mui en uso (2).

(1) Diego de Rosales, obra citada.—Márcos Veas dejó familia en Chile como la mayor parte de los capitanes que se enriquecieron con sus encomiendas. Se casó con una señora Duran, i su hijo mayor, Márcos Veas Duran, formó la antigua familia de Urbina, por haber casado a una de sus hijas con el capitan Francisco de Urbina. De estos Urbinas proceden los Calderon, por el cambio de apellidos que acostumbraban las familias en aquellos años. El conocido capitan Gaspar Calderon, i su hijo Tomas Calderon, i su nieto Francisco Calderon son descendientes de Márcos Veas por línea recta.

Dejó el último cuatro estancias, de las cuales una en Maipo i otra en Lampa. Pero setenta años mas tarde (1628), ya todo habia desaparecido por las discordias de sus herederos, segun consta de una sentencia de la Real Audiencia, que tenemos a la vista.

(2) Hé aquí la version testual que de este interesante episodio hace el circunspecto Rosales:

«I con gran sobervia y arrogancia dixole Lautaro al capitan Márcos Veas,—Capitan, amigos somos, y por el amor que te tengo no quisiera

XIV

Mas no nos es dado a nosotros acojer honradamente ese estraño diálogo sino como herencia de la leyenda, no de la historia verdadera, porque juzgamos que en aquella hora, en aquella ocasion, en medio de pantanos i de emboscadas, no era racional, si bien no era imposible, el que tales negocios se tratasen desde el lomo del caballo i a grito herido.— De que hubo un diálogo breve i tal vez de reconvençiones i denuestos entre el capitan Veas i Lautaro, no hacemos cuestion, porque, gracias al trato familiar que ántes tuvieron i a la valentía de uno i otro, pudieron llegar a hablarse un breve rato. Pero mucho nos engañamos o todo el adorno del tributo de doncellas, de perros i de capas parécenos solo «gala poética,» como suele decirnos el historiador Rosales repudiando con frecuencia las exajeraciones del poema castellano.

que peligraras ni que los españoles murieran tan ciegamente como an muerto en las batallas que conmigo han tenido, por que llevados de su vana presuncion, se han arrojado a morir mas bárbaramente, que estos bárbaros, pues sabiendo que mis exércitos son tan numerosos y que yo los rixo, que basta, y que ellos son tan pocos engañados de su desvanecida presuncion, se atreven a medir conmigo las armas. Mira por ti y por ellos y si no quieren ser pasto de las aves y de las fieras, aconséjales que tomen mejor resolucíon, y que se vuelvan, y con la demas jente que está en Santiago se vayan del reino, que de no hacerlo así, juro por mi Pillan de pasarlos a cuchillo, sin perdonar a ninguno, que hubiese a la mano, y que a los que se escaparen de mi corage los he de seguir hasta sus propias tierras de España, y que si Villagra quisiere quedarse en esta tierra con su jente, que le dexaré, pero que ha de ser con estas condiciones; que no ha de passar él ni su jente de Maule, ni del fuerte que allí pondré de vuelta. De modo que los españoles se estén de esta banda del Maule, y los araucanos y veliches de la otra, sin pasar los unos a las tierras de los otros. Lo segundo que le habian de pagar los españoles un tributo cada año treinta donzellas (como pagaron en España ciento al Rei Moro), diez caballos enjaezados, diez perros bravos y cien capas de grana, que entónces se usaban mucho. I que assi mismo le havia de dar cantidad de comida para sustentar aquel fuerte, por que no le habia de dar esa gloria de que le dicese por hambre sino por las armas.

XV

Sea o no verdadera la conversacion de guerra que el viejo capitan español i el imberbe picador de Valdivia tuvieron al pié del muro de Peteroa, no es ménos cierto por ésto que Pedro de Villagra se dió maña para reconocer las posiciones enemigas i formar cuenta de lo serio del caso, pues la defensa del recinto hallábase tan bien concertada como era gallarda, fantástica i heróica la resolucion del jeneral araucano. «Estaba—dice uno de los mas felices i mas antiguos narradores de esta campaña verdaderamente extraordinaria—estaba el arrogante general Lautaro armado de un peto azerado i cubierto con una camiseta colorada, con un bonete de grana en la cabeza con muchas plumas, el

«Dió Marcos Veas el disparatado mensaje a Pedro de Villagra—añade el cronista,—el qual le dixo: que le respondiese, que por la mañana volverian a verse y le daria la respuesta.»

No es diversa sino, al contrario, casi idéntica la version que del suceso hace Mariño de Lovera (que Rosales llama el capitan *La Vera*, i en Oviedo i Valdes vemos escrito *Lobera*); i solo agrega que Lautaro dijo todavia a Márcos Veas:—«I demas de esto me habeis de dar esa medalla que traeis en el sombrero; la cual vos soleis llamar la medalla de Quinto Cursio.»

Este último pasaje parece descubrir que fué el mismo capitan Veas quien contó la entrevista i sus pormenores, pues el lance de la medalla es enteramente personal i sin duda por la antigua relacion que ámbos tenian.

Góngora Marmolejo no toma en cuenta este singular incidente, ni lo menciona siquiera. Pero quien ha sacado de él gran partido, es Ercilla, que dedica a la entrevista de Lautaro con el capitan Veas una buena parte del Canto XII de la *Araucana*. Hé aquí, por via de muestra, la octava del tributo de las doncellas:

«Treynta mugeres virgenes apuestas,
Por tal concierto haveys de dar cada año,
Blancas, rubias, hermosas, bien dispuestas,
De quinze años a veynte sin engaño:
I han de ser españolas, y tras estas
Treinta capas de verde, y fino paño
I otras treinta de púrpura texidas
Con fino hilo de oro guarnecidas.»

Araucana.—Canto XII.

cabello quitado solo con un copete, que se dejaba por insignia de general. Era araucano de nacion, hombre de buen cuerpo, robusto de miembros, lleno de rostro, de pecho levantado, crecida espalda, voz grave, agradable aspecto i de gran resolucion. Tenia bien disciplinados sus soldados i obedientes a sus órdenes.

«El fuerte que dispuso fué con grande arte, de espinos i maderas gruesas con troneras a trechos cortos para la flechERIA. Por las espaldas la barranca del rio, a los costados unos pantanos de tierra, mui cenagosa, buena para la retirada de los indios i mala para los caballos de los españoles. Tenia repartida la gente piquera a los costados, la macanera en la frente i la flechera en los baluartes, con tan buen órden, que no parecia sino un puerco espin por todas partes impenetrable» (1).

Pero no obstante tan serios inconvenientes, Pedro de Villagra, ajustándose como buen soldado a las instrucciones perentorias del gobernador su primo, resolvió emprender de frente el ataque contra las palizadas de Lautaro, i así lo ordenó sin apearse del caballo, en aquella misma madrugada.

XVI

Hicieronlo de esa suerte los castellanos al romper la primera luz del alba, i penetrando de tropel en el recinto, por los rebellines derribados, arrollaron con sus lanzas i caballos todo lo que se les presentó delante en el primer empuje. Siguióse en pos un combate por el estilo de todos los que ya conocemos, en que reñían españoles cubiertos de acero con salvajes desnudos, i agregan los cronistas que los últimos

(1) Diego de Rosales, obra citada, lib. IV, cap. VII.

luego huyeron, sosteniendo los unos que fué por derrota, i los otros por un ardid estratégico de Lautaro. I esto último parece lo verdadero, porque los jinetes españoles se lanzaron en las ciénagas que rodeaban el reducto, en persecucion de los ájiles indíjenas, que huían como gamos sobre los movedizos pantanos; mas entrando en ellos los pesados caballos castellanos, se embarbascaban a punto de quedar inmóviles: Así acontecióle a un valiente capitán llamado Alonso Lopez de Arriagada, que allí perdió su caballo i casi la vida, pues tuvo que defenderse a pié contra los falsos fujitivos, que revolvieron, como en Tucapel, a la voz de Lautaro para reconquistar el día.

Distinguióse sobre manera entre los españoles, en aquella jornada, aquel Andres de Nápoles que Ercilla pondera como un Hércules en muchas otras hazañas, bajo el nombre de Andrea. «Allí fué cosa de ver—dice Góngora Marmolejo—un soldado *esclavon* (slavo?) de nacion, pelear tan bravamente que al indio que con su espada alcanzaba, lo cortaba de tal manera, que si le daba por la mitad del cuerpo, lo cortaba todo, i al sujeto por cualquiera otra parte, llamado de nombre Andrea, valentísimo hombre.»

Los esfuerzos verdaderamente heróicos de los españoles no les libraron, con todo, i a la postre de seis horas de reñido combate, de un señalado descalabro, gracias al valor, a la serenidad i a la astucia de Lautaro, que, como hemos visto, no solo sabia maniobrar en campo raso sino que, en el fondo mismo del combate, encontraba medios de poner en ejecucion estratajemas que decidían de la victoria, cual lo fué en esta ocasion la finjida fuga de los indios hácia la ciénaga.

Lo cierto es que fué aquella una verdadera derrota para los castellanos, que salieron por el lecho del rio, del fuerte

que ya habían conquistado, a todo correr de los caballos.

«Bien una legua larga avian corrido
A toda furia por la seca arena,»

I de esta suerte, en la primera batalla campal contra Villagra, como en la primera escaramuza contra Diego Cano, Lautaro quedó dueño del campo de batalla i de su fuerte *malal* de Peteroa.

«Los españoles sin parar corriendo
Libres la plaza a los contrarios dexan» (1).

XVII

Tuvo lugar esta batalla en uno de los últimos dias de julio o al comenzar agosto; porque uno de los motivos que obligó a los combatientes a suspender la lucha, fué un copioso aguacero que, despues de mediodía, comenzó a caer.

Recio debió ser el choque de las armas en aquella jornada, porque Pedro de Villagra abandonó su campo en la márjen del Mataquito, tal vez por lo mojado del terreno i la crece del río con el aluvion, i

«Aquella noche al pié de una montaña
Vinieron a tener su alojamiento» (2).

(1) *Araucana*, Canto XI.

(2) *Araucana*, Canto XII.—Mui a tiempo tomó aquella prudente resolución el capitán español, porque en esa misma noche Lautaro, aprovechándose de las herramientas que tenía consigo, logró desviar un brazo del Mataquito i echarlo sobre el sitio que había ocupado en el día el real castellano.

Mariño de Lovera (páj. 187) dice que, en esa noche, Pedro de Villagra recibió un refuerzo de veinte hombres, i tal vez por ésto se resolvió a renovar el ataque.

De Lautaro dice tambien que mandó «a un indio principal llamado Paniqualgo para recojer dos mil indios de socorro.»

No dice nada sobre este particular Rosales; pero Mariño de Lovera es un testimonio mui respetable en esta campaña, como que anduvo en ella.

El padre Ovalle refiere la estratajema de Lautaro en estos términos:

Pero no era hombre Pedro de Villagra para volver a Santiago con las manos en la cabeza,» como Diego Cano.

«I era el ardid derramar un río por el llano, donde estaban los españoles acuartelados (lo cual les era mui fácil, por estar todo él azequiado) i empantanarlos de tal manera, que no pudiesen menearse.»—(*Relacion histórica*, páj. 201).

Es curioso observar que, mientras la mayor parte de los historiadores españoles afirman que la jornada de Peteroa fué una verdadera victoria para Lautaro, el historiador chileno Carvallo se empeña en hacer creer que fué una derrota.

Góngora Marmolejo dice, en efecto (páj. 63), que Pedro de Villagra, «viendo que no se hacia efecto i que le herian la jente comenzó a *retirar*,» i en seguida añade que la persecucion de los indios fué tan atrevida, contra los españoles, que a un soldado llamado Bernardino del Campo, natural de Zamora, que llevaba la rodela colgada *a la espalda*, para que no lo hiriesen los vencedores por la espalda (prueba de que iban arrancando), «un indio le alcanzó i le asió de la rodela con tanta fuerza que quebrantó la correa con que iba asida, la sacó i se la llevó.»

El padre Rosales—ademas de lo que de él hemos citado—dice que los españoles se vieron tan apurados, que «ubieron de dexar las armas i caballos i salir del pantano *como pudieron*;» i agrega que «Lautaro i los indios viendo que los caballos salian heridos apellidaron al fuerte, juzgándose ya señor de él,» i que «los españoles perdieron lo ganado por no averlo conservado.»

El mismo padre Ovalle, que escribió en España i publicó allí i en Roma su obra, dice:

«I así quando les pareció que era tiempo, revolvieron, como leones sobre los españoles, los cuales no hizieron poco en escaparse de sus manos, defendiéndose con gran valor hasta una legua, que los indios les fueron siguiendo.» (*Relacion histórica*, páj. 201).

Ya hemos apuntado tambien lo que cuenta Ercilla del desastre de los españoles i de su persecucion por los indios, por mas de una legua i por la *seca arena, a toda furia*.

Pero hé aquí que Carvallo i Goyeneche, natural de Valdivia, pero que escribió su obra en Madrid, en 1796, afirma que Lautaro fué derrotado allí i aun contradice de frente las opiniones favorables al araucano. «Todos suponen—dice Carvallo (tom. I, páj. 333)—este hecho de armas favorable a Lautaro. Pero padecen equivocacion.» I para probar en seguida su aserto, cita una real cédula espedita en el Pardo por Felipe II, el 11 de marzo de 1578, a favor de un capitán español, que se halló en aquella jornada, llamado Juan Ruiz de Leon, i en la cual le otorga tres mil pesos de encomiendas de indios, «por que me ha servido—dice el rei—durante 21 años con sus armas i caballos, especialmente con Pedro de Villagra contra el capitán Lautaro i su ejército en el valle de Peteroa, donde habia hecho un fuerte i estaba guarecido en él, hasta *desbaratar i tomar dicho fuerte*.»—*No puede estar mas claro*, agrega Carvallo. I así es la verdad: no puede estar mas claro su desatino.

Toda esta parte del libro de Carvallo no es sino una serie de disparates.

I aquella misma noche, puesto al abrigo del cerro, combinó con sus capitanes su plan para renovar el asalto del fuerte de Peteroa a la madrugada siguiente.

Púsolo así por obra aquel valeroso capitan, que era natural de las montañas de Leon (todos los Villagras eran de Astorga), con la dilijencia que le distinguió en la guerra. Mas ¡cuál seria su sorpresa al observar que la fortaleza habia sido desamparada en la oscuridad de la noche, sin que quedara mas señal de sus ocupantes que las fogatas a cuyo abrigo dormian i velaban de continuo!

XVIII

¿Cuál motivo pudo inducir, entre tanto, a Lautaro a aquella súbita resolucion tan funesta para sus planes de emancipacion jeneral del territorio chileno? Fué la crudeza del invierno en campo raso? Fué la escasez de víveres, de que él mismo hiciera mencion al capitan Veas en su parla de la víspera? Fué el desaliento de sus aliados, de los cuales murieron hasta trescientos bajo la lanza de los españoles, dentro i fuera del fuerte?

Punto es este que no ha sido tratado por los cronistas antiguos. Pero lo racional parece que fueran todas esas causas reunidas, las que obligaron al caudillo araucano a malograr el fruto de una victoria caramente comprada, i a batirse en retirada al dia siguiente de haber puesto en fuga a sus adversarios. Caso no poco comun en la guerra i del cual los chilenos viéramos, no há mucho, un ejemplo triste i señalado en Loncomilla.

El triunfo de Peteroa habia sido tal vez mas aparente que real para los invasores que venian del sud, puesto que

habian visto su fortaleza deshecha i ocupada por lo enemigo, i dispersas en el campo sus mejores tropas. Lo que en realidad habia redimido el dia, habia sido el jenio del caudillo, no la pujanza ni la fortuna de los soldados.

XIX

Pudo tambien influir en el ánimo del gallardo capitán araucano la voz de un secreto i amargo despecho del patriotismo, lastimado por el engaño, por la poltronería i el cobarde disimulo de aquellas poblaciones comarcanas que le habian llamado, i que ahora, encorvadas bajo el espanto de la hoguera, se escondian en los montes o iban a formar en las filas de sus propios inmoladores.—Hemos visto que Pedro de Villagra habia sacado de Santiago trescientos indios aliados, esto es, una fuerza seis veces superior a la cuadrilla castellana. I al ver a aquellos, revueltos con sus crueles opresores, matando, como ellos, a sus soldados con armas arrojadizas, ¿prodújose, por ventura, en el alma ardiente del indio un sentimiento de ira i vilipendio que le hizo abandonar de improviso aquella cruzada emprendida en favor de hombres indignos?

¿Quién podria saberlo hoi?

Pero es lo cierto que, prófugo ahora Lautaro i a la desbandada sus *veliches*, ordenó en el acto Villagra a uno de los mejores capitanes de guerra que le seguian, i que tal vez por su elevada posicion en el cabildo de Santiago, era su segundo en el mando, que elijiendo «la jente mas lixera i los caballos mas alentados» de la cuadrilla, fuese en su persecucion hasta dispersarlos o vencerlos. Hízolo así Juan de Godínez, «i aunque era el tiempo de los grandes aguaceros i los

rios venian bien crecidos,» dióse buena prisa aquel capitán, ya mui conocido por su intrepidez. Siguiendo con teson los rastros de los fujitivos en el lodo, alcanzó la deshecha banda de Lautaro ántes de que se echase al Maule, i logró matarle hasta cien hombres de su retaguardia, haciendo despues grandes castigos entre los naturales comprometidos; porque Juan de Godinez (o Gudinez) era hombre tan cruel como esforzado (1).

XX

Tal habia sido la primera campaña de Lautaro contra Santiago, en la cual habia tenido sériamente amagado el

(1) Diego de Rosales, lib. IV, cap. VII.

Para comprobar de una manera mas fidedigna todavia la fecha invernal de la primera campaña de Lautaro, que comenzó en febrero i terminó—segun tenemos dicho—en agosto, agregaremos todavia lo que dice Ercilla poniéndolo en boca de Lautaro, cuando estaba de regreso en la boca del Itata.

«Mientras yo con tan luzida gente
Ver el muro Español aun no he podido
La luna ya tres veces frente a frente
A visto nuestro campo mal regido,
I el carro de Facton resplandeciente
Del Escorpio al *Aguario* ha discurrido»

Lo que significa que los araucanos habian contado tres lunas llenas, o sea tres meses (junio, julio i agosto), en el campo atrincherado de Peteroa.

Pero hai todavia un dato mas concluyente para precisar casi matemáticamente estas fechas, i es el que arroja el libro becerro del Cabildo. De sus actas resulta, en efecto, que habiendo sido Juan Godinez uno de sus rejidores mas asistentes, al punto de que no faltaba a una sola sesion, aparece como no inscrito i ausente desde la sesion del 9 de julio a la del 4 de setiembre de 1556; lo que prueba que salió a campaña en los primeros dias de julio i no regresó hasta fines de agosto.

Volvemos a repetir que en un estudio como el presente, es de la mayor importancia deslindar las fechas para comprender bien los sucesos, porque—como ántes lo hemos dicho—todos los autores modernos han confundido en una sola las tres campañas de Lautaro, i el que mas culpa ha tenido en este estravió ha sido el mismo Ercilla, forzado a ello por la unidad retórica impuesta a su poema,

reino entero de la conquista durante todo el invierno (preciso es fijarse bien en esta estacion i en esta fecha) de 1556. Fué una campaña gloriosa para el indio, pero indecisa en los resultados para su nacion, porque quedaron en pié i armadas las fuerzas de los combatientes, retirándose el araucano al Itata i los castellanos al Mapocho, ámbos a un necesario sosiego i reparacion, despues de una campaña trabada en la época mas cruda de un invierno rigoroso.

Debieron por ésto regresar Pedro de Villagra i Juan de Godinez a Santiago en los últimos dias de agosto de 1556; i ocurre aquí una curiosa contraposicion de hechos i de apreciaciones, que prueba sobre cuán frágiles bases reposa muchas veces el criterio i la verdad de la historia. Porque, miéntras el soldado Góngora Marmolejo—contemporáneo, camarada i de suyo mala lengua—dice que Pedro de Villagra «perdió en aquella jornada entre los émulos que tenia la reputacion en que estaba de hombre de guerra,» el historiador Rosales dá cuenta del regreso de los capitanes españoles a Santiago en medio del regocijo i de la gratitud de sus compatriotas: «habiendo ganado mucho crédito i presuncion i una gran victoria por aver desaloxado al enemigo, muértos tantos i puéstos en huida, i mayor victoria por las consecuencias de averle estorvado el passo a Santiago i la desgracia que pudiese suceder a esta ciudad si le pegassen fuego i el daño en que se alzasen todos los indios comarcanos, que no esperaban mas que ver a Lautaro en sus tierras para juntársele.»

XXI

Pero si lo que ocurrió en el real i en la ciudad de los conquistadores está sujeto a la discrepancia enseñadora de

los comentadores de sus hechos i de su gloria, no se halla bajo el amparo de esa duda la triste e irremediable abyeccion de la raza en cuyo derredor vivian aquellos i de cuya sangre i sudor se sustentaban en la comarca del Mapocho, asiento principal de su gobierno. «Porque, como vieron—dice de los mapochinos el historiador que en el párrafo anterior hemos citado—a los españoles victoriosos, desistieron de su mal intento i se vinieron a vender por fieles amigos, i a ofrecerse para todas las facciones de la guerra.» (1)

¡Melancólica revelacion de la tradicion, confirmada mas tarde por los siglos, i a la cual habremos de agregar una página mas dolorosa i mas infamatoria todavía!

Esa página formará la prosecucion de nuestra tarea de investigacion en el próximo capítulo.

(1) Diego de Rosales, *Historia*, lib. IV, cap. VII.

LORA.

CAPITULO V.

Despécho de Lautaro en su retirada.—Se restablece la confianza en Santiago.—Villagra se dirige a la Serena a parlamentar con Francisco de Aguirre.—Comprobacion de este viaje, puesto en duda.—Lautaro se detiene en el Itata i organiza su segunda espedicion.—Alteracion que sufre su carácter.—Su arrogancia i su orgullo.—Su manera de vestir.—Su nuevo plan de campaña.—Guerra de recursos.—Se fortifica en Lora.—Pasado i presente de este asiento indijena.—Lautaro se propone apoderarse de Apalta en el valle de Tinguiririca.—Resolucion de los castellanos de oponerse a todo trance a este propósito.

«Fué el jeneral Lautaro hombre feroz i constante en sus empresas, porque no obstante que diversas veces fué vencido de los castellanos i que perdió mucha jente, tanto porfió que ganó el fuerte a los castellanos.»

(ANTONIO DE HERRERA.—*Décadas de Indias*.
—Década VII, cap.VII.)

I

«Mui triste volvió Lautaro—dice el laborioso cronista que nos ha conducido con mas clara luz en el escudriño que venimos haciendo en este estudio del caos del pasado—por el mal suceso, condolido i quexoso de la cobardia que avian mostrado sus indios.»

Mui amargas meditaciones debieron, en efecto, asaltar al espíritu del caudillo araucano en su retirada del Mataquito al Maule, i del Maule al Itata, al contemplar cómo las tribus envilecidas por cuya libertad batallaba, le habian vuelto las espaldas, a tal punto que, dejando sus ciudades casi sin un soldado, sin un arcabuz i sin mas defensa que los palos de la horca, permitieron fuesen sus mas esforzados guerreros a ponerle cerco, junto con los comunes enemigos, dentro de su propio territorio, i sin que se oyera un solo grito ni de confraternidad ni de aliento, antes sí, al contrario, muchas voces secretas de traicion.

I fué por ventura al verse así abandonado, i obedeciendo a un impulso de su impetuosa naturaleza, cuando el despedido mancebo resolvió entregar sus conciudadanos a la suerte que tenian merecida, i retirarse a su campo i a su choza para vivir en adelante sosegado.

II

Los castellanos de Santiago, sabedores, por su parte, de la paz inalterable que la sogá i la hoguera, la peste i el hambre habian producido en las ciudades de ultra Bio-Bio, daban a su turno por terminada la guerra, i se entregaban por la primera vez al descanso, que no habian conocido desde el dia en que Pedro de Valdivia entregara su garganta a la cuchilla de los araucanos, tres años hacia.

III

Tan afianzada parecia en ellos esa creencia, que el mismo gobernador Francisco de Villagra, recobrado ya de sus achaques con los primeros dias benignos de la primavera,

dió de mano a los aprestos contra los bárbaros i marchóse con un séquito de amigos a la Serena, para entenderse con Francisco de Aguirre, pretendiente, con mejor título que él, al gobierno del reino, puesto que el último tenia un pedazo de papel para sustentarle. Mas entre un testamento i un ejército, siempre han tenido mas poder los soldados que los escribanos.

Vencido i humillado Lautaro—el mas encarnizado de sus enemigos entre los naturales—queria ahora Francisco de Villagra ir a ajustar su conciencia i a asentar su reconciliacion o supremacia con el mas respetable i esforzado de sus émulos castellanos.

«Francisco de Villagra, luego a la primavera—dice su coetáneo i subalterno, Alonso de Góngora,—como vido que no habia movimiento alguno en los términos de Santiago, se determinó a ir a la ciudad de la Serena, porque de aquella ciudad por muchas cartas le enviaban a llamar.... Villagra salió de Santiago con treinta soldados, sus amigos, aunque en el camino tuvo algunas armas (alarmas?) diciendo Francisco de Aguirre venia a meterse en la Serena ántes que él entrase, que todo fué echadiza (porque) supo cierto que estaba en el valle de Copayapo.» Por lo cual el gobernador, de hecho, quedóse tres meses aguardándolo en la Serena (1).

(1) El ilustrado señor Amunátegui (*Descubrimiento*, páj. 404) cree falso este viaje de Villagra a la Serena i contradice en sus barbas al viejo cronista andaluz (Góngora era de Carmona) por un aserto contemporáneo apuntado en su crónica con tan verídicos detalles.

Pero, como lo hemos dicho ántes, el error del distinguido historiador moderno i de muchos otros, nace de la algarabía que hasta hoi ha reinado sobre los lugares i las fechas de las tres espediciones de Lautaro contra Santiago. «La invasion de Lautaro (así raciona el señor Amunátegui) principió en noviembre de 1555, siendo de presumir que el encuentro de Peteroa tendria lugar a mediados de dicho mes.

«Hai seguridad de que el 20 de enero de 1556, Francisco de Villagra estaba ya en marcha para el sur. ¿Qué tiempo queda entónces para ese pre-

IV

La confianza de los españoles no había durado, con todo, largo tiempo, porque, ausente el gobernador en el norte, tívose nueva en Santiago el 5 de noviembre de aquel mis-

tendido viaje al norte, i sobre todo para esa residencia de tres meses en la Serena?»

Es cierto que eso era mas o ménos lo que se sabia sobre aquellas campañas i movimientos militares, cuando el señor Amunátegui escribía su interesante *Descubrimiento i Conquista de Chile* en 1862; pero hoi la cuenta no puede sacarse así, sino de la siguiente manera:

La primera invasion de Lautaro (que el señor Amunátegui confunde en una sola con la segunda i la tercera) no tuvo lugar en noviembre de 1555 (que entónces Lautaro ni había tomado siquiera por segunda vez a Concepcion), sino en agosto de 1556, al paso que la segunda (que es la que ahora vamos a contar) verificóse en noviembre de ese año. De modo que, habiendo dispersado Pedro de Villagra i Juan de Godínez a Lautaro, de Peteroa, en agosto de 1556, bien pudo Villagra, en la primavera de ese año, como afirma Góngora,—es decir, en setiembre u octubre,—dirijirse a la Serena, permanecer allí durante tres meses i en diciembre (después del día 14 especialmente) estar de regreso en Santiago para volver a emprender su marcha a la Imperial el 20 de enero, pues era así como viajaban aquellos hombres de fierro.

Es importante dejar bien establecido este viaje de Villagra a la Serena, porque fué allí donde, según el mismo Góngora, recibió la para él desagradable noticia de que don García Hurtado de Mendoza venía provisto de gobernador de Chile por el virei del Perú, su padre, a fin de acallar aquellas mismas disensiones con Aguirre, que le habían llevado a la Serena, i ésto con mas premura que las exigencias de la guerra indijena. Por este motivo Villagra determinó su viaje a la Imperial para entregar a su sucesor lo mejor ordenado posible el reino.—A este propósito dice Góngora: «Villagra escribió al virei y a don García, su hijo, y se volvió (de la Serena) a Santiago con la jente que tenía i con los que quisieron seguir. Salió a la ciudad Imperial para dar nueva de lo prevenido para Chile.»

El jesuita Rosales confirma, hasta cierto punto, el viaje de Villagra a la Serena, pues dice (lib. IV, cap. VII): «Aunque Aguirre no le quiso obedecer, sentido de ver a su competidor sublimado al cargo de gobernador, que juzgaba que a él le tocaba de derecho, i sabiendo Villagra que en Coquimbo trataba de ser obedecido (Aguirre), *procuró prenderlo*. Mas conociendo (Aguirre) su peligro i que no tenía el séquito de su competidor, se retiró triste i corrido a Copiapó.»

Esta retirada de Francisco de Aguirre a Copiapó, determinada por el viaje de Villagra a la Serena, es lo que afirma i cuenta Góngora Mar-molejo.

No quiere decir todo ésto, sin embargo, que nosotros afirmemos posi-

mo año memorable (1556), de que Lautaro volvía a moverse sobre el Maule i el Mataquito.

No habia hecho a la verdad largo asiento en el pecho inflamable del belicoso mancebo, ni su despecho de la primera hora, ni su cólera violenta pero rápida, cual lo es de continuo el enojo de los bárbaros.

De esta suerte, no se cumplian aun tres meses desde su retirada del Mataquito, cuando el jeneral araucano poníase otra vez en campaña en aquella misma direccion. I aun parece cierto que en este primer retroceso, no pasó Lautaro mas allá del Itata (1), fuera porque tuviese recelo i encoji-

vamente que Villagra fué a la Serena, sino que establecemos la absoluta *posibilidad* que tuvo para hacer el viaje, para residir allí tres meses i para regresar holgado a Santiago, todo conforme a la narracion del cronista contemporáneo i contra la suposicion negativa del señor Amunátegui.

En lo que este distinguido escritor tiene, si, plenísima razon, es en refutar el viaje i campaña imaginarios a la Imperial, que por este mismo tiempo i sin mas fundamento que dos fechas encontradas en las actas del Cabildo de Santiago, atribuyen a Villagra, como si fuera brujo, los historiadores Perez, Garcia i Gay, cuando afirman, uno en pos de otro, que aquel salió de Santiago para la Imperial el 27 de octubre de 1556 i estuvo de vuelta el 21 de diciembre, porque precisamente en esa época se encontraba el gobernador en la Serena. I lo que mejor confirma este último viaje al norte i destruye el del sur, son las fechas que sirvieron para inventarlo, i que consisten en que en las sesiones del 7 i 14 de diciembre de 1556, se leyeron cartas del goberdador Villagra en el seno del Cabildo. I como era costumbre que los gobernadores solo se ausentasen para el Bio-Bio, de aquí sacó Perez Garcia, que es un pobre historiador, i mas tarde Gay, su peregrino error, haciendo viajar a Villagra como pájaro. Pero, como decíamos ántes, esas cartas del ausente gobernador eran escritas del norte, i la misma acta del 7 de diciembre lo afirma, por cuanto dice que se abrieron en ese día cartas del virei del Perú i otras de Villagra. ¿I no es claro que esas cartas del virei eran las que habia recibido Villagra en la Serena, anunciándole el envío de su hijo?

De aquí resulta el hecho interesante de que el viaje de don Garcia se supo en la Serena problemente el 1.º o 2 de diciembre, i en Santiago el 7.

La segunda carta de Villagra al Cabildo, es decir, la del 14, fué escrita problemente de mas acá del Choapa, cuando el gobernador venia de regreso; pues cuatro días mas tarde, esto es, el 22 de diciembre, estaba en Santiago, i ese día presidió el ayuntamiento.

(1) Así al ménos lo manifiesta la prontitud de su vuelta sobre Santiago, i lo apunta Ercilla en la siguiente estrofa:

miento de volver vencido a sus parcialidades, pues era vano i jactancioso en sumo grado; fuera porque le sujetasen para su defensa, aquellas numerosas indias que ocupaban el territorio montuoso i abundante en siembras que hoi forma la provincia entera del Maule, i cuyos principales caciques habíanse hecho sus cómplices i aliados en la última correría; fuera, en fin—i esto es lo mas probable—porque tuviese un pacto tácito o explícito con Caupolican para operar ámbos de consuno contra los invasores, en distintas zonas del territorio, el último desde el Bio-Bio a Osorno i aquel desde el Itata al Mapocho. I esto, a nuestro juicio, reconstituye una vez mas la unidad del poema épico de Ercilla respecto de la personalidad independiente del paje alzado de Valdivia, i le dá su verdadero carácter épico, cual es el de que no hai en el poema, esto es, en su primera parte, que es completa i aislada, sino una sola figura dominante: la de Lautaro.

Las campañas posteriores de Caupolican forman, en el poema, como en la historia, un cuadro, una era i una entidad literaria por separado.

Así el feroz Lautaro caminaba
I al fin de tres jornadas entre tanto
Que el esperado tiempo se avezina
Se aloja en una *vega a la marina*,
Junto adonde con recio movimiento
Baxa de un monte Itata caudaloso.

Por la frase «*vega a la marina*» parecería que el poeta se refiriese a la parte de la vega de Itata en que está ubicado hoi el pueblo de Cobquecura, junto al mar, i ésto mismo lo confirma en la subsiguiente octava, cuyos dos primeros versos dicen así:

«Siete leguas de Penco justamente
Es esta deleytosa i fértil tierra.»

Araucana.—Canto XII.

V

Apénas hecha la luna de octubre de 1556, marchaba ya, en consecuencia, Lautaro rodeado de su aguerrida columna de *huilliches* i de varios millares de indios quirihuanos, ñubles, chancos, cauquenes, perquilauquenes i otros, todos Promaucas, i en los últimos dias de aquel mes, pasaba por segunda vez el Maule en marcha sobre Santiago.

Hacia Lautaro aquella marcha con cierta arrogancia, como convenia a su puesto de toquí jeneral de aquellas comarcas i a su mision de libertador. Venia a caballo, i acostumbrado a llevar traje de jinete a la española, no se habia desprendido del todo de sus preseas por la repugnante i sucia desnudez del indio bárbaro. Llevaba en la cabeza un birrete encarnado, con vistosas plumas en señal de autoridad, i terciada sobre el pecho, pendiente de un cordón, una reluciente corneta de metal amarillo que habia aprendido a tocar en el campo castellano, i con la cual acostumbraba dar las señales militares a sus tropas, sonando él mismo la diana i la queda en el campamento, i el avance, la retirada, el degüello i demas maniobras de su sencilla táctica de guerra en el campo de batalla. Seguíanle así obedientes sus numerosas lejiones, miéntras el ufano mozo, rodeado de los soldados de su nativo valle, como de una guardia imperial, asemejábase en sus correrías e invasiones a los jefes vándalos que, en otros siglos, habian arrollado la Europa romana. En otras ocasiones hemos dicho que Santiago era la Roma de las Indias.

VI

Tenia ahora puestas sus miras el caviloso cuanto valentísimo adalid araucano en un jénero de campaña del que es-

peraba mejores suertes para su patria i su renombre. No pensaba ya tanto en encerrarse dentro de palizadas, cual lo ejecutara en Peteroa, sino en labrar de prisa un campo fortificado, mas por la naturaleza que por el arte, para desde allí mover con diligencia columnas lijeras que fueran sublevando sucesivamente los valles comarcanos, ya en sus cabeceras, ya en la costa, ya en el centro, por donde corrian mas holgados los caminos i vadeables los rios.

Con este fin dirijióse Lautaro a marchas forzadas a la comarca de Lora, rumbo hácia el mar de la *vuelta* del Mataquito, territorio a la sazón considerablemente poblado i de tanta industria i labranza, que el padre Rosales denomínalo «la provincia de Lora» (1).

VII

Hemos ya dicho cuál era la ubicacion de esa *provincia*, que hasta hace poco formaba un considerable pueblo de indios, i endonde existe hoi un fundo llamado todavía el *Monte de Lora*, propiedad de varios hijuelanos de la aldea llamada tambien singularmente *La hora* (Lora).

Era éste un paño de tierra no mui lejano del mar (seis u ocho leguas), sumamente adecuado por sus vegas i sus canales labrados a mano, no solo para fortificaciones contra los arcabuces i cañones, sino para defenderse contra la caballería castellana, grande i casi esclusiva preocupacion del antiguo picador de Pedro de Valdivia; i en consecuencia, allí resolvió el araucano fijar provisoriamente sus banderas (2).

(1) «Llegó hasta la provincia de Lora, donde assentó su campo»—Rosales, lib. IV, cap. VIII.

(2) Nadie ha descrito con mas maestria i naturalidad, no obstante la dificultad del verso, aquella localidad, tan comun en los valles de Chile con el nombre de *vegas* (los *guapi* de los indios), que el autor de la *Araucana*. Escuchémosle, o mas bien, miremos.

VIII

Pero no era el propósito de Lautaro—segun lo tenemos insinuado—enclavarse en aquel sitio, sino como Viriato, hacer una guerra de recursos a los dominadores de la tierra, marchando ya hácia las cordilleras, perfilando el valle del Lontué i del Gualemo (cuyo nombre es el de un brazo de aquel rio, que atraviesan hoy los rieles sobre un elegante

«Que aquel sitio cercado de montaña
Que es un baxo y recojido llano
De azequias copiosísimas se baña
Por çanjas con industria hechas a mano:
Rotas al nacimiento, la campaña
Se hace en breve un lago i gran pantano
La tierra es honda, floxa, anegadiza
Hueca, falsa, esponjada y movediza».

Araucana.—Canto XII.

El pueblo indijena de Lora existía organizado hasta por el año de 1820. Pero desde esa época los falsos *caciques* i los *tinterillos* verdaderos, que han sido los últimos vándalos de la era indijena, especialmente los posteriores, acabaron por despedazarlo, vendiendo sus lotes i heredades a cualquier precio. Es lo mismo que ha acontecido en Purutun, en el departamento de Quillota; en Peñaflores en Santiago; en Pomaire i Llopeo, en el de Melipilla, etc.

Por el año de 1825, el coronel don Pedro Fuentes, el insigne patriota de Curicó, compró una de las mejores suertes de tierra de Lora, a un tinterillo que se habia adueñado de ellas sin mas caudal que su tintero. Llámase esa bonita propiedad Ranquili, i pertenece hoy a la señora Antonia Fuentes, hija del coronel Fuentes, propietaria tambien de la famosa hacienda de la *Huerta* del Mataquito.

Respecto de las poblaciones indijenas del valle, existen todavía restos en la hacienda de Peteroa. En la vecina del Culenar—siempre en la orilla sud del Mataquito—se conserva, con el aparato de cierta organizacion, un pueblo de indios, que lo mismo podria llamarse «pueblo de ébrios,» cuyo cacique es o era hasta hace poco un tal Cipriano Riso. Seis u ocho leguas mas hácia la costa se encuentra la vice-parroquia de Limahuida, en la cual, el día de Mercedes, se celebran fiestas completamente indijenas, como en Huasco Alto i en Andacollo; i por último, sigue mas al poniente la aldea indijena tambien—como ya dijimos—de la *Hora*, cuyos habitantes son tan poco españoles, que llaman *huerta* lo que es solo *vuelta*, i *hora* lo que fué *Lora*.

puente de arquería, i que llaman Rio Seco), ya sobre las dispersas rancherías del Teno o Chimbarongo, i particularmente mas adelante, ganando siempre terreno hácia Santiago, centro codiciado de sus esfuerzos.

En esa direccion, Lautaro tenia el pensamiento de atravesar por una marcha rápida el territorio llano que separaba el valle del Mataquito del Tinguiririca, i meterse en las ciénagas de *Apalta*, en el valle de Cunaco; posicion esta última considerada por los mismos castellanos como inespugnable, una vez ocupada por tal caudillo.

Es aquella localidad histórica, no la llanura del mismo nombre, en el valle de la Requínoa, quince o veinte leguas mas al norte, sino una ensenada pantanosa i tapizada de bosques de peumos, de canelos i pataguas, que conserva todavía en parte esta disposicion, no obstante el cultivo de dos siglos i de hallarse situada en la márjen setentrional del Tinguiririca, frente a la antigua poblacion aurífera de Nancagua (1).

Era esta, por tanto, la preocupacion mas viva de los españoles, ¡i a toda costa se empeñarían—como en breve hemos de verlo—en detener el vuelo del atrevido araucano en rumbo hácia aquella «tierra fuerte i cenagosa de donde sería difícil desalojarlo» (2).

Detengámonos ahora un momento para darnos cuenta de

(1) La hacienda de Apalta es hoy propiedad del señor José Sotomayor, hermano del actual ministro de hacienda, i uno de los fundos mas valiosos del valle de Cunaco o Nancagua. Algunos lo denominan *Apaltas*, para distinguirlo de *Apalta*, en la Requínoa.—Rosales lo llama solo *Palta*, palabra de etimología peruana, al parecer; i por allí, en efecto, o en la vecindad, existe ahora un milagroso *Palto*, cuya exquisita fruta, llamada *mantequilla vegetal*, dábanla antes en aquel lugar a los puercos, hasta que el dueño vino a Santiago, i viendo que se vendia en canastos i por buen precio la docena, comenzó a gustar de ellas.

(2) Rosales, lib. IV, cap. VIII.

lo que ocurría en la capital castellana, en vista de esta segunda i mas peligrosa invasion de las huestes de Arauco, comandada por el impertérrito libertador indijena.

CAPITULO VI



GUALEMO.

CAPITULO VI.

Profunda alarma que causa en Santiago la segunda invasion de Lautaro.—Preparativos de defensa.—Rogativas públicas.—Cabildo abierto, i suscripciones de guerra que hace el vecindario.—Juan de Godínez.—Sus instrucciones para evitar que Lautaro ocupe el valle de Tinguiririca.—Sorpresa de Gualemo i regreso triunfal de Godínez a Santiago.—Lautaro se retira a Arauco.—Villagra regresa de la Serena i marcha a la Imperial.—Lautaro organiza su tercera campaña.—Chillican.

«Hizo tambien solemne juramento
De no volver jamas al nido caro...
Ni de tratar en cosas de contento
Hasta que el mundo entienda de Lautaro
Que cosa no emprendió dificultosa
Sin darla con valor salida honrosa.»

(ALONSO DE ERCILLA.—*Araucana*, Canto XII.)

I

Mientras Lautaro, irritado, rencoroso, pero obedeciendo no ménos a su antigua i gloriosa ambicion de redimir su patria del yugo extranjero, se avanzaba por la segunda vez hácia los valles centrales, la alarma habia vuelto a renacer en Santiago, i con mayor intensidad, en razon de lo abultado de las noticias, de la ausencia del gobernador en la Serena, i de la repeticion del peligro, que en los dolores humanos

como en las catástrofes de la naturaleza, es lo que mas intensamente acongoja al frágil sér, siendo el mal menor cuando llega desconocido.

Aportó a Santiago la noticia de la segunda invasion de «los indios de Arauco,» únicos que eran, i con sobrada razon, temidos por los conquistadores, en la noche del 4 de noviembre de 1556, o en la madrugada del siguiente dia, porque con esta última fecha juntóse el cabildo; i miéntras los aterrados pobladores disponian rogativas públicas contra el bárbaro, sus animosos rejedores, que eran el verdadero gobierno de la colonia entre el Choapa i el Maule, límites de su jurisdiccion municipal, resolvieron ponerse en defensa zanjeando la ciudad, recojiendo víveres para el caso de un cerco i alistando unos pocos voluntarios para salir al encuentro del atrevido paje de Valdivia (1).

Para estos fines, hicieron de su propio peculio una suscripcion que consta del *Libro de Provisiones del Cabildo*, habiendo sido los mas jenerosos i los mas pudientes los que erogaron 25 pesos de oro, que serian hoi como quinientos de nuestra moneda. Figuraron entre éstos Diego García de Cáceres, hombre fiel i prudente, fundador en Chile de las familias de los Irrarrázaval, de los Portales i otras de tan altísima alcurnia como las nombradas, i Juan Godinez, ámbos acreditados por su prudencia como emisarios i apaciguadores en todos los alborotos de la colonia, por lo cual gozaban de gran prestigio. Suscribió igual suma el capitan Márkos Veas, el de la plática con Lautaro, que ya hemos recor-

(1) «Tambien que de copioso bastimento
Estaba la ciudad ya prevenida
Con defensas, reparos, provisiones,
Pretrechos, aparatos, municiones.»

dado, el cual ofreció como rejidor su oro, i como soldado su espada. Otros, como Santiago de Azoca, dieron solo quince pesos; otros, como un Cartajena, ocho pesos, i un personaje que la acta de la sesion denomina solo con el nombre de «el viejo de nota» i que tal vez era el escribano, «cinco pesos.»

II

El cabildo era abierto, es decir, popular, i por lo que llevamos dicho, se juzgará de la poblacion i riqueza de Santiago en esos tiempos. Algunos de los alcaldes i rejidores, que eran evidentemente ricos, i que firman la acta de la sesion como Francisco de Riberos, llamado «el viejo», Alonso de Córdoba, Juan Dávalos Jufre i Arnao Cegarra Ponce de Leon, que era el tesorero, recién provisto en Valladolid por Carlos V, no aparecian, siendo los mas encopetados, suscritos con un solo maravedí. ¿Será por ésto que la costumbre no es costumbre sino tradicion?

III

Pero si los fieros cabildantes de Santiago no daban su dinero, estaban todos dispuestos a montar a caballo i a empuñar la lanza en defensa de sus hogares; i así dispusieron que cada vecino contribuyese a la defensa con un hombre armado, que no podia ser sino él mismo, puesto que los niños nacidos en Santiago no podian todavía servir de personeros a sus padres. Si doña Ines de Suarez, que fué la primera española aposentada en Chile, hubiera sido fecunda (que no lo fué), su hijo primojénito habria tenido a la sazón dieziseis años.

Toda la jente debia estar lista para salir a campaña den-

tro de tercero día, esto es, el 8 de noviembre, i para que la comandase, designó el cabildo al licenciado Diego García Altamirano, «que para ello fué llamado al dicho cabildo, i el cual, a ruego de los dichos señores, aceptó el cargo.»

IV

Era probablemente Diego García de Altamirano, deudo de aquel temerario mancebo de su nombre (Gutierrez de Altamirano) que precipitó a Pedro de Valdivia en su acometida fatal de Tucapel, i el mismo que, puesto a su lado en la batalla ya perdida, cuando el gobernador le interrogó, díjole, segun los historiadores: «Qué hemos de hacer vuesa merced sino pelear i morir?...» Pero no tenia bajo de su toga el de Santiago la misma alma romana que aquel bajo su cota, porque consta que el licenciado, por ese motivo u otro que ignoramos, se quedó en su casa i cedió su puesto a dos capitanes de fama, esto es, a Juan Godínez, vencedor dos veces de los araucanos, i a Alonso de Escobar, rejidor en Santiago, «valeroso soldado i maravilloso hombre de a caballo en ámbas sillas,» que habia sacado en la batalla de las Salinas contra el rebelde Pizarro una feroz cuchillada en la cara (1).

V

Salió, por tanto, Godínez con solo veinte de a caballo,

(1) Mariño de Lovera, páj. 188.—Decia del conquistador «en ámbas sillas» probablemente por la *silla jineta* que usaban los caballeros para los juegos de caña i los torneos, i la *silla de guerra*, que era mucho mas pesada i fuerte. Alonso de Escobar no parece, sin embargo, que acompañó esta vez a Godínez, porque se lee su nombre en las actas del Cabildo de Santiago en noviembre i en diciembre de 1556, sino en la tercera campaña contra Lautaro, que tuvo lugar en abril del año siguiente.

pero que eran la flor de los encomenderos de Santiago, bien montados i a la lijera, en demanda de los «dichos indios de Arauco,» que eralo que preocupaba a los pobladores de Santiago, haciendo poca cuenta de los aliados del Maule i del Itata (1).

VI

La parte mas esencial de las instrucciones que del gobierno de la ciudad habia recibido el alentado Godinez, era la de evitar a toda costa que Lautaro penetrase en el valle del Tinguiririca i se encubriese en las ciénagas de Apalta. «I por cuanto corria una voz viva de que se queria meter en Palta, tierra fuerte i cenagosa, de donde seria dificil desalojarlo, que ántes le diese una embestida i le presentase batalla.»—Así explica un historiador antiguo la ansiedad i la prevision de los castellanos de Santiago, a lo que se agregaba, segun ese mismo testimonio, que los indios amigos del Mapocho audaban otra vez «con los corazones *trocados* i con la vista a la mira para allegarse a Lautaro en llegando a Palta» (2).

«I assi confiando en Dios—añade el mismo cronista— aunque con poca gente, despues de aver hecho algunas ro-

(1) Hé aquí el tenor testual del acuerdo contra Lautaro, segun consta de la acta de la sesion del 5 de noviembre: «En este dia, estando juntos los dichos señores, acordaron; que por quanto a su noticia era venido, que muchos indios e capitanes de guerra de indios de Arauco, venian a los términos de esta ciudad alzando e alborotando la tierra, compeliendo toda la tierra para que se alcen para matar a los cristianos que en esta ciudad e sus términos estaban e a robar lo que los vecinos de esta ciudad tienen en sus pueblos, así ganados como otros bienes que tienen. E para que los naturales no se alcen e se revelen del servicio de S. M. i queriendo remediar lo dicho, los dichos señores del Cabildo, para que vaya jente contra los dichos indios i para el socorro de ellos repartieron los pesos de oro en la manera siguiente:» (que es lo que ya hemos extractado del acuerdo.)

(2) Rosales, lib. IV, cap. VIII.

gativas se puso en campaña Juan de Godinez, hombre valeroso i de buena suerte en la guerra, para pelear con el enemigo.»

No era vano título de lisonja el que el cronista diera esta vez a aquel aguerrido capitán, cuando ponderaba su buena suerte en las cosas de la guerra. I en esta ocasión, al ménos, la tuvo i mui grande, porque de una sola oportuna i valiente arremetida puso en dispersion la vanguardia de los araucanos. I envueltos éstos en súbito pánico fueron por segunda vez arriados hasta el Maule, por el mismo soldado que con la lanza en los riñones habia ido cargándolos i matándolos, hacia solo tres meses, hasta las márgenes del Maule.

VII

Por efecto de su propio plan de movilidad, Lautaro marchaba hácia las cabeceras del Lontué con sus columnas, cuando Juan de Godinez se movia en su busca. I hallábase aquel acampado en dos cuerpos, a orillas del estero o rio de Gualemo (que suele ser un brazo seco del Lontué), cuando en una mañana de diciembre, al amanecer, cayó el castellano sobre una de esas columnas, que no era la suya, i de sorpresa la pasó toda a cuchillo.

Los Promaucas volvieron cara, segun era su costumbre, arrastraron o envolvieron la fiel i robusta columna de los Llanos, que estaba acampada con Lautaro una legua mas abajo del rio, i la derrota hizose tan jeneral, como habia sido rápida i violenta.

VIII

No parece, sin embargo, que Godinez se empeñara en perseguir esta vez en demasía a los vencidos en Gualemo,

i en acosarlos hasta el Maule con el teson de su primera campaña en agosto, fuera porque ésas eran las órdenes del ayuntamiento, del que formaba parte como rejidor, fuera porque aguardaba que se le reuniese el gobernador Villagra, que venia ya en marcha de la Serena, o fuera por otro motivo que ignoramos. Parece, además, que el último le habia enviado órdenes para que le esperase en la campaña, i no atacase a Lautaro sino en el caso que el último intentase moverse sobre el Tinguiririca i Apalta.

I en verdad, aquella marcha de Lautaro en el dia en que fué deshecho, no habia sido tal vez sino el comienzo de sus operaciones de avance hácia aquel rio i el Mapocho.

IX

De todas suertes, la sorpresa de Gualemo volvió a parecer decisiva a los castellanos, i Godinez regresó en medio de los vítores de los yanaconas, que habian vuelto a trocar su corazon contra Lautaro. Su campaña habia sido tan breve como feliz, porque habia salido de Santiago solo en los últimos dias de noviembre de 1556 i estaba en la ciudad de regreso, i presente en la sesion de eleccion de alcaldes en el ayuntamiento, el primero de enero de 1557 (1).

(1) Aun cuando el alarde de armas se mandó hacer el 5 de noviembre para el dia 8, tardóse Godinez en los aprestos de la salida hasta despues del 23 de ese mes; pues encontramos su nombre entre los asistentes a la sesion del Cabildo en ese dia. Pero en la del 4 de diciembre, ya no aparece su firma, i tal vez fué en este dia la batalla que en las orillas del Lontué, vengó, en el impávido captor de Concepcion, la destruccion e incendio que esta ciudad habia padecido a sus manos en ese mismo dia, el año precedente.

X

Entre tanto, i tal vez a la par del mismo Juan de Godínez, habia llegado de los valles del norte al del Mapocho, el gobernador Villagra, sin haber venido a términos con Francisco de Aguirre, su rival mas autorizado en la contienda del poder, pero al propio tiempo el ménos fuerte de los dos en pólvora i en acero.

Pero así como habia fracasado, en cierta manera, su negociacion del norte, tuvo el gobernador interino un éxito completo en los artificios políticos a que ya desde entónces se entregaban en Chile sus altos gobernantes; porque habiendo presidido en persona, en su calidad de justicia mayor, el cabildo de Santiago en el *Capítulo* del 1.º de enero de 1557, hizo elejir por su solo voto contra siete, como alcalde de Santiago, i en seguida como su lugarteniente, a Juan Dávalos Jufre, en cuya casa vivia i cuya hospitalidad i favores así pagaba con precio ajeno—achaque antiguo i todavía no curado en este suelo de acomodados....

XI

Arreglado el capítulo de Santiago i dejando al frente de los negocios un amigo i huésped de su confianza, mientras llegaba don García, partió el gobernador Villagra para el sud el 20 de enero de 1557, acompañándose con 70 soldados, que llevaba mas como escolta que como tropa de pelea. El dia 24 estaba con su campo en el tambo de Cucarehue (Talcarehue?), territorio del que es hoi departamento de San Fernando; el 26 o 27 vadeaba el Maule, i atravesando sin novedad el país de los Promaucas, recién escarmenta-

dos en Gualemo el mes anterior, pasaba en seguida el Laja por Tarpellanca, i el Bio-Bio por el vado que hoi se llama de San Carlos; i siguiendo «por la tierra doblaba hácia la cordillera, a los primeros dias de febrero, i sin oposicion ninguna, llegaba a la Imperial» (1).

I como encontrase toda aquella tierra de paz i en órden hasta Valdivia, resolvióse el gobernador a dar la vuelta en el mes de marzo, despues de un corto reposo, a fin de entregar el reino sosegado i pacífico, en cuanto era dable, a su sucesor.

XII

Mas ¿dónde estaba, entre tanto, el infatigable Lautaro?

¿Habíase acobardado con sus desastres sucesivos de Peteroa i de Gualemo?

¿Habíanse estinguido en aquella alma recia, fogosa i juvenil los arranques de la venganza, que suelen ser de mas vigoroso vuelo que los de la virtud i el patriotismo?

Mas tal no habia sido el desenlace de aquella carrera de libertador, con tanta gloria comenzada, tres años hacia, en el campo cerrado de Tucapel; i Lautaro deberia probar que hai ciertas naturalezas en que las grandes i dominadoras pasiones del corazon o de la intelijencia no se apagan sino con la vida.

El caudillo araucano habia retrocedido esta vez, en su derrota, hasta sus nativos valles, i allí, segun el decir de los narradores mas autorizados de sus proezas, llególe de nuevo la flecha de guerra i los mensajes secretos de los principales

(1) Rosales, lib. IV, cap. VIII.—Dice este cronista que Villagra hizo este viaje en diezinueve jornadas, lo que era de suma rapidez. En tal caso, habiendo salido de Santiago el 20 de enero, Villagra llegó a orillas del Cautín el 8 de febrero de 1557.

caciques del valle de *Thile* (Chile), Aconcagua i hasta Quillota, en que volvian a llamarle por la tercera vez en su socorro. I en esta ocasion, como ántes, el animoso mancebo no vaciló en ofrecer a sus compatriotas, aunque bárbaro i grosero, encendida su alma por la llama de juvenil e incauto patriotismo, el holocausto de su vida.

Lautaro, como patriota, ha sido a la verdad digno de la leyenda, digno de la inmortalidad, digno de la fama vasta como el mundo, que vive i vivirá en los siglos agregada a su memoria.

XIII

Fué siempre señal visible del jenio verdadero, la constancia en la adversidad, ora se encarnase en el ánimo de levantado caudillo, ora en el pecho de humilde aventurero.

Bolívar, que al opuesto de San Martín, se engrandeció mas con sus reveses que con la victoria, tuvo esa señal del jenio en grado excelso.

Túvolo tambien el indio Lautaro en su condicion de bárbaro i de mozo.

Sin arredrarse por dos fracasos sucesivos despues de haber sido cuatro veces vencedor, el jóven jeneral araucano, viendo venir el estío por delante, se rehizo de nuevo en la otra banda del Maule, i dos meses despues de su inesperada derrota de Gualemo, volvió a invadir la comarca i jurisdiccion que comenzaba en aquel rio, dos veces hermoso, por pintoresco i por histórico.

XIV

Venia esta vez el antiguo palafrenero de Valdivia, al parecer, irritado, violento i feroz con sus reveses, porque permitia que sus tropas cometiesen todo jénero de depredacio-

nes entre los indios comarcanos, pues españoles de que hacer empajados o trofeos ya no habia uno solo entre el Maipo i el Cautin. Fué ésto a tal punto, que su segundo, un cacique llamado Chillican, que Ercilla hace figurar en algunos de los parlamentos de Arauco, pero que probablemente venia a la cabeza de las tropas ribereñas del Maule i del Itata, se quejó con violencia de aquel sistema, preguntando a Lautaro si aquella guerra era contra los españoles o contra los indíjenas (1). A lo cual el soberbio «hijo de Pillan» contestó con altivez, que él solo era señor, i todos, desde su cabo en el mando hasta el último recluta, debíanle la mas rendida obediencia. Resultó de ésto un desabrimiento i ruptura definitiva, porque Chillican fué a formar campo por separado, dejando a Lautaro solo con la jente aguerida, pero ya mui escasa, de sus dos primeras invasiones.

Aquella disension deberia ser funesta, i como es ya lei antigua del linaje humano, tanto entre las naciones cultas como entre las tribus bárbaras, serian las pasiones intestinas las que vendrian a dar, mas que la fuerza o la fortuna, el triunfo definitivo al comun enemigo.

(1) «Por que a manera de tirano echaba su gente por las provincias por donde pasaban para que robassen i hiciessen fuerza, lo cual sentia gravemente Chillican.» (Rosales, lib. IV, cap. X.)

Un antiguo cronista dice que en esta tercera campaña, Lautaro se hacia traer en andas por sus aliados, lo que si es creible de su orgullo i su jactancia, no lo es de su jenio activo, emprendedor, movedido i diligente.

En cuanto a su segundo, Chillican, no era un indio vulgar, porque fué el primero de sus compatriotas que aprendió el uso de las armas de fuego, i mas tarde puso un fuerte artillado en Quiapo. Tomado prisionero dos o tres años mas tarde por el maestre de campo Altamirano, en el rio Tabolevo, fué ahorecado, porque aquel jefe «no pudo perdonarle el haber sido compañero de Lautaro.»—(Rosales, lib. IV, cap., XXIV.)

CHILIPIRCO.

CAPITULO VII.

Lautaro pasa el Mataquito i se acampa en Chilipirco.—Su plan de interponerse entre las fuerzas de Santiago i las de Villagra.—Regresa éste del sur, i Juan de Godinez se pone en campaña desde Santiago.—Combinan ámbos su plan de operaciones desde el Maule.—Estratagemas con que burlan la vijilancia de Lautaro.—Marcha nocturna de Villagra i Godinez por la hacienda de *las Palmas*.—El lenguaraz Romero en el real de Chilipirco.—Los amores de Lautaro delante del poema i delante de la historia.

«Villagran con silencio, i passo presto
Avia el aspero monte atravesado,
No sin grave trabaxo, que sin esto
Hazer mucha labor es escusado.»

(ERCILLA.—*Araucana*, Canto XIV.)

I

Aumentado su natural encono por las funestas desazones que hemos mencionado en el final del capítulo precedente, dirijíase a marchas forzadas el jóven jeneral araucano, semejante a Espartaco en su invencible patriotismo, i a Viriato en su constancia en los reveses, hácia el valle del Mataquito. Pero avanzábase en esta vez, no hácia las ciénagas de Lora, sino que, atravesando arrojadamente aquel rio, pasó a establecer su campo separado de el del suscep-

tible Chillican, en la opuesta márjen, al pié del espolon de cerros que rebana el rio con sus corrientes, cargadas hácia el norte en esta parte, i el cual hemos ya dicho tenia, o mas bien, tiene hoi el nombre significativo de *Chili-pirco*. —«I hizo allí su alojamiento, que fué el último de su vida, al abrigo de un cerro peinado, entre una azequia y un carrizal, donde consultó con sus capitanes el modo que habian de tener para comenzar desde allí a ir haziendo la guerra, hasta llegar a la ciudad de Santiago» (1).

Sucedia ésto por el mes de febrero de 1557, i tal vez en el preciso dia en que Villagra llegaba a la Imperial, cuya circunstancia no era desconocida al jefe araucano.

II

Era el plan del indio en esta ocasion—segun un historiador bien informado—interponerse hábilmente entre la capital i las fuerzas de las *ciudades de arriba*, que calculaba habia de recojer a cuarteles de invierno el ya achacoso Francisco de Villagra, i de esta suerte era dueño, si hubiera encontrar la mas leve cooperacion en las poblaciones indíjenas del centro i del norte, de atacar la ciudad o el campo en marcha de los castellanos.

En ésto último no se engañaba el sagaz mancebo, porque apénas comenzaron a aparecer en la Imperial las garúas de abril, montó a caballo Francisco de Villagra con su jente de socorro i tomó la ruta de Santiago, apetecida de conquistadores. De esta ciudad, i a consecuencia de la intensa alarma que produjera la noticia de las trincheras de Peteroa, habia

1) Diego de Rosales, lib. IV, cap. X.

vuelto a salir con su valerosa cuadrilla de treinta caballeros el indomable Godinez, acompañado del bravo Alonso de Escobar.

«Tras éstos treynta moços animosos,
I un astuto caudillo se aprestavan» (1)

III

No alcanza a saciarse el cronista castellano (Diego de Rosales era de Madrid) al ponderar la resolucion i pujanza de los encomenderos de Santiago en su ánimo para defenderse así, con tanto teson i bizarría, contra la taima agresiva del bárbaro, i alaba con particular justicia el denuedo del infatigable capitan, Juan de Godinez, personaje hasta hoi casi desconocido en nuestra historia. «Sabíase en Santiago—dice el cronista citado—dónde estaba el enemigo, i quán poderoso venia con dos campos formados, y fué grande el cuydado, y el temor que causó, y mas estando el gobernador con la flor de los soldados en la Imperial, que aun no sabian que estaban de vuelta i en camino. Mas el valeroso Juan Gudiñez, digno de grande alabanza por su valor i buenas suertes, los animó, i por estorvar que el enemigo llegase a la ciudad, salió a encontrarse con él i presentarle batalla con solo veinte soldados i dos cientos i cincuenta indios amigos, tan enemigos en lo interior como los contrarios; gran determinacion i valentía estando ya los indios tan grandes soldados, i viniendo con tanto arrestó *tercera vez* a morir o vencer» (2).

(1) *Araucana*, Canto XII.

(2) Es tal la ignorancia que ha prevalecido, ántes que las crónicas de Rosales ilustraran esta época oscura i casi lejendaria de nuestra historia, que muchos escritores han confundido esta *tercera* salida de Godinez con la que, ántes que él i que Pedro de Villagra, hizo en abril de 1556 Diego Cano, que fué el primer explorador contra Lautaro.

IV

Venia, entre tanto, avanzando desde el mediodía el gobernador Villagra, i al pasar el Maule en los últimos días de abril, supo por sus espías cuáles eran los astutos planes de Lautaro, i cómo vagaba éste, desasosegado pero animoso, con dos columnas (la de Chillican i la suya propia) por las dereceras del Mataquito i del Lontué, teniendo casi a su vista al pequeño escuadron santiaguino que lo observaba. I en el acto, el mañoso gobernador, como viejo zorro de guerra, fraguó una estratajema de sorpresa contra el campo indio, porque ya estaba visto que, en batallas campales, era difícil ganar a Lautaro ventajas decisivas.

Escribió, en consecuencia, Villagra un papel desde la orilla del rio al caudillo Godinez, para que le esperase en un sitio que no debia estar léjos del asiento actual de la ciudad de Curicó, o mas bien, del caserío de Rauco, en el valle del Teno.

Hacia los últimos días de abril juntáronse allí los dos campos, i para llevar adelante su plan de engaño, valióse el gobernador de una estratajema que no le salió mal. Persuadido de que Lautaro estaba informado dia por dia, por sus emisarios o por los indios disimulados de amigos que vivian a lo largo del camino central, de todo lo que podia interesarle, resolvió despachar hacia Santiago sus equipajes con los yanaconas de servicio; i para dar a éstos las apariencias de soldados, hízolos vestir a la española, «con som-

Fijese el lector en que el siempre bien informado Rosales dice que Lautaro i sus indios venian «a vencer o morir por la *tercera* vez.»

La primera habia sido, en efecto, cuando ocuparon a Peteroa en el invierno de 1556.

La segunda, cuando les derrotó Godinez por sorpresa en Gualemo, en diciembre de ese año.

La tercera i última era la presente.

breros, walonas i capotillos.»—Pasaron éstos, en consecuencia, por los vados mas frecuentados del Lontué i del Teno, a guisa de soldados, i en pocas horas llegó al campo de Peteroa, o mas bien, de Chilipirco la buena nueva de que Villagra huia acobardado para Santiago.

Esto era precisamente lo que queria el jeneral español para sus fines.

V

Lautaro, receloso de ordinario, cayó esta vez en el ardid de sus enemigos, i creyéndose a cubierto de sorpresas en sus cercanías, descuidó sus habituales precauciones. Aprontábase tal vez a mover su campo, en persecucion de los conquistadores, a quienes suponía prófugos, i marchando a la par con ellos, por una via paralela, hácia el Mapocho, como en 1814 lo hicieran de consuno O'Higgins i Gainza, que cruzaron el Maule en un mismo dia i ocuparon juntos el vallé de Quechereguas, el uno por la Patria i el otro por la España.

Con este propósito tal vez Lautaro habia atravesado el Mataquito i establecióse al pié del espolon de Chilipirco, en la vecindad de Caune.

En esta posicion respectiva i en línea recta hácia la costa por Rauco, Comalle i las Palmas, ámbos reales no podian distar mas de cinco a seis leguas. Por ésto dice Ercilla:

«Villagra a la sazón no residia
En el pueblo español alborotado (1)
Que para la Imperial partido avia
Por camino de Arauco desviado:
Mas ya con nueva jente rebolvía
I junto de do el bárbaro cercado
De gruesos troncos, i faxina estava
Sin saberlo, una noche se aloxava.»

(1) En Santiago. Lo que dice en el cuarto verso de esta estrofa, «por camino de Arauco no desviado,» es tambien exacto, porque ya hemos visto que Villagra se dirijió a la Imperial por las cabeceras del Bio-Bio.

Meditaban afanosos Villagra i Godinez, ya reunidos, la manera de dar el golpe de gracia a la tercera cuanto atrevida invasion araucana, cayendo de sobresalto sobre Lautaro, cuando un emisario traidor i villano, hijo de aquellas mismas comarcas que el mancebo araucano se esforzaba por hacer libres a costa de su sangre, vino a dar a los capitanes españoles el camino i la contra-seña de la pérdida de su libertador. Un indio del Mataquito, no de Arauco, hombre revuelto i vagabundo, que no venia en el campo castellano, como creen algunos, sino del mismo real de Lautaro, donde habia estado merodeando, ofrecióse a Villagra para llevarlo de trasnochada sobre Chilipirco, de modo que ántes de amanecer cayese sobre el atrincheramiento desprevenido de los araucanos (1).

VI

Aceptó Villagra el consejo del vil indijena, i en aquella misma noche, que fué la del miércoles 29 de abril de 1557, emprendió su marcha descendiendo hácia el Mataquito, no por el lecho del rio sino por el lugar que llaman de *Palmas*—dice Diego Rosales,—cuya hacienda existe todavía con este nombre entre Rauco i Caune, en línea casi recta hácia Chilipirco (2).

(1) «Al calar de una loma en el camino
Un comarcano bárbaro encontraba:
El qual la nueva del vezino
Campo, i razon de quanto en él pasava
Que todo bien el moço lo sabia
Como aquel que a rovar de allá venia.»

Araucana.—Canto XII.

(2) «Caminando toda la noche por caminos desusados de *las Palmas* sin reposar hasta amanecer sobre Lautaro.»—Rosales, lib. I, cap. X.—Ademas de la tradicion constante i que nosotros hemos estudiado i reco-

VII

Para cerciorarse mejor de la ubicacion exacta del campo de los araucanos, mandó adelante el jeneral español a un lenguaraz práctico que traia consigo, llamado Antonio Ro-

jido cuidadosamente desde años atras, de que fué en Chilipirco, en la ribera norte del Mataquito i no en Peteroa (como es creencia vulgar) donde Lautaro se acampó i perdió la vida en abril de 1557, existe el testimonio contemporáneo de Antonio de Herrera, que como cronista mayor de Indias, tuvo en su mano toda las relaciones oficiales de la época, i el cual, en su *Década VIII*, cap. VII, dice lo siguiente, que concuerda en todo con lo que hemos venido narrando: «Francisco de Villagra, conociendo que el designo de Lautaro era apretar a Santiago y poner aquella ciudad en necesidad de despoblar a la Imperial o a Valdivia, porque de ella dependia su sustentacion, i que si le sucedia el ganarla venian a quedar cerradas estas dos ciudades, embió a mandar a Juan Godinez que el aguardase en los *pueblos de Teno*, y por descuidar a Lautaro pasó descuidado dél, mostrando de pasar de largo, pero la soberbia de Lautaro lo atribuió a miedo, i en llegando Francisco de Villagra a juntarse con Godinez (como era su deseo) rebolbió por el camino usado que llaman de las *Palmas* a dar sobre Lautaro, llevando buenas guias y procurando de tener fieles y puntuales avisos de la manera que estaba Lautaro y caminando de noche, i con la dilijencia i aviso conveniente a buen capitán, llegó ántes de amanecer a ponerse sobre Lautaro.»

Se ve, pues, por esta relacion (en todo conforme con la del padre Rosales) que Villagra i Godinez se juntaron en los *pueblos del Teno*, esto es, en Rauco o Comalle, i que tomando de atravesio por las *Palmas*—hacienda que posee hoi el señor Emilio Undurraga Vicuña,—marcharon hácia Caune i Chilipirco en una noche.

Si Lautaro hubiese tenido su asiento en Peteroa, Villagra i Godinez habrian tenido que pasar aquella noche el Mataquito, lo que no era posible en una marcha de sorpresa, i ademas ese hecho no lo menciona ningun historiador.

Pero hai algo de mas concluyente todavia sobre la estacion última de Lautaro en la márjen boreal del Mataquito. Rosales dice claramente, que *pasó* este río despues de su disgusto con Chillican, i ésto confirma la tradicion no interrumpida en el lugar, de que Lautaro se fijó en Chilipirco. —«Lautaro—dice el cronista que acabamos de citar i a propósito del choque con su segundo—sobre ésto le dixo a Chillican palabras mayores, i le desafió, dividiendo su campo, y diziéndole que él solo avia de mandar, y ninguno le avia de ir a la mano en su gusto y aloxándose Chillican *a las orillas del Mataquito*, Lautaro *pasó media legua mas adelante.*» I ésta es precisamente la situacion de los cerros de Caune i del espolon de *Chilipirco*.

mero, acompañado de «dos centinelas,» i éstos, en llegando al sitio que designó el traidor que traian agazapado i en silencio, se acercaron por entre los totorales de la ribera hasta mui corto trecho de donde Lautaro dormia.

«I caminando con mucho tiento—dice, en efecto, el verídico provincial jesuita, i a propósito del acecho del lenguaraz Romero i de sus dos centinelas,—en la obscuridad de la noche, oyeron hablar a dos i aplicáronse cerca donde pudiesse oír, i oyeron a Lautaro i a un cacique Butapillan, de Chanco (como despues se supo quien habia sido i lo confirmó la verdad), que los dos se estaban contando los sueños i Lautaro le dixo que avia despertado con una pesadilla, que ellos llaman *coillapeumo*.» I mas adelante el mismo cronista añade, que Romero i sus compañeros «avian oido tratar a dos indios que no supieron entónces quienes fueran, hasta que al dia siguiente haziendo averiguaciones de quiénes avian sido, se supo del mismo Butapillan cómo él i Lautaro avian sido los que se avian contado el sueño.»

VIII

Presta aquí campo el serio historiador que seguimos como guia, a una de las mas hermosas leyendas de la *Araucana*, cual es el fúnebre sueño de Lautaro, su tierno diálogo con Guacolda, su amada, que, como él, soñaba que ha caído bañado en sangre en la refriega, atravesado el corazon por pérfida saeta. I lo que ella le dice, como consuelo i como amores, es lo mas bello que jamas se ha escrito en romance castellano.

«El hijo de Pillan, con lazo estrecho
«Los brazos por el cuello le ceñía,
«De lágrimas bañando el blanco pecho,

«En nuevo amor ardiendo respondia:
«No lo tengays feñora por tan hecho,
«Ni turbeys con agüeros mi alegría,
«I aquel gozoso estado en que me veo,
«Pues libre en estos braços os poseo.

.....
«Ella menos fegura i mas llorosa,
«Del cuello de Lautaro se colgava
«I con piadosos ojos lastimosa,
«Boca con boca afsi le conjurava:
«Si aquella voluntad pura, amorosa
«Que libre os dí, quando mas libre estava
«I dello el alto Cielo es buen testigo
«Algo puede feñor, y dulce amigo.»

Araucana.—Canto XIII.

IX

Hé aquí, pues, una vez confrontado el caso con la historia, en lo que queda de verdad, el hermoso episodio de Guacolda, a que Ercilla consagra la mejor parte del canto décimo-tercio de su inmortal poema, i en el cual el poeta parece haberse detenido con particular deleite, como si tratara de algo que habia impresionado vivamente su amorosa juventud. Porque es preciso tener presente que por esos mismos dias (abril 25 de 1857), habia desembarcado en la Serena, bajo las banderas de Hurtado de Mendoza, el capitán don Alonso Ercilla i Zúñiga, gallardo caballero, a la sazón de treinta i dos años de edad.

X

No será de mas agregar que la dama de Lautaro no fué una invención del todo fantástica, cual lo fué sin duda la bella Glaura i la Tegualda dolorida. La Guacolda de la historia habia sido criada, probablemente a causa de su belleza i su dulzura, como cristiana en la casa de Pedro de

Villagra, i allí sin duda la conoció en su niñez el paje de Valdivia. Por ésto, en una de sus campañas o en una de las dos capturas sucesivas de Concepcion, la india, que amaba mas que al Dios de los opresores de su raza, al jentil que se empeñaba en esterminarlos, fuése en su busca, o rescatóla aquel en la pelea, desposándose ámbos segun sus fáciles ritos (1).

XI

Fáltanos todavía narrar el último episodio de este drama de cuatro años, que llena por completo el nombre, la gloria i los reveses de un indio que habia vivido apenas cinco veces esa cuenta de dias, i que al fin rendiria su aliento en la empresa acometida, cuando tocaba los términos de la edad en que el comun de los hombres comienza a sentir los latidos del alma i los impulsos creadores del espíritu.

Lautaro se habia rebelado contra los opresores de su suelo cuando dejaba apenas la pubertad.

De igual manera moriria por su patria cuando comenzaba a diseñarse en sus ágiles músculos su pujante juventud.

(1) Mariño de Lovera, que se encontró presente en aquella faccion de armas, concilia el lance de Guacolda con el de la curiosa revelacion del lenguaraz Romero, en el siguiente pasaje de su crónica (páj. 189): «I con la angustia que se sentia, despertó a una india que tenia consigo para darle parte de su afliccion, por ser esta jente mui crédula, i supersticiosa en todo jénero de sueños i agüeros. Llamábase la india Teresa Guacolda, la cual se habia criado desde muchacha en casa de Pedro de Villagran, i la habia cojido el Lautaro a tiempo que andaba en estos asaltos tomándola entre las demas, que él i sus secuaces hubieron a las manos en los pueblos por donde iban entrando. Esta despertó jimiendo i sobresaltada, porque estaba actualmente soñando que los españoles mataban a los indios de aquel fuerte i a Lautaro entre ellos. I como Lautaro la oyese referir lo mismo que él queria contarle, alborotóse mucho mas i por saber si el sueño tenia fundamento, llamó a un indio cuyo nombre era Aliacan, famoso en el arte de adivinar, i le dió noticia de lo que pasaba, el cual le metió mas miedo que él tenia diciéndole podria ser que sucediese.»

EL ULTIMO DIA DE LAUTARO.

CAPITULO VIII.

Villagra se aproxima al campamento de Chilipirco sin ser sentido.—Capitanes que le acompañan.—Mariño de Lovera.—Los *Cautenes*.—Desorganizacion de las fuerzas de Lautaro.—Descontento de los *Promaucas*, i sus causas.—Asalto matinal de Villagra.—Heroismo de los *Huilliches*.—Cómo i por quiénes fué muerto Lautaro.—Su cabeza es trasportada a Santiago por los indios del Mapocho.—Juicio sobre Lautaro.—Su jenio militar.—Glorificacion de su nombre durante la era de la Independencia.—Lautaro, emblema americano.

«Cortaron los indios amigos la cabeza de Lautaro i cantaron con ella victoria. Trageronla a Santiago para hacer con ellas fiestas i borracheras.»

(DIEGO DE ROSALES.—*Historia Inédita*, lib. IV, cap. X.)

I

Miéntras el capitan de Arauco, adormecido en sus amores i en la arrogancia de su propio denuedo, descuidaba su campo, dejando a otros el afan de la vijilancia, que es el mas duro de la guerra porque no tiene el estímulo del renombre i de la ostenta, habian ido acercándose los castellanos al real indíjena, sin ser sentidos ni siquiera sospechados. Eran aquellos en esta ocasion ciento i veinte, bien montados i mejor comandados, porque, entre otros capitanes, ve-

nian tres de los Villagras, Francisco, Gabriel i Juan, el último de los cuales allí perderia la vida; el renombrado capitán Godinez, Alonso de Escobar, señor principal de Santiago, cuya descendencia existe numerosa todavía; Cristóbal de la Cueva, a cuyos descendientes ha cabido mejor fortuna; Juan de Lazarte, campeón de muchos encuentros en Arauco; el bravo Diego Cano, héroe de Marihueno; el famoso Andres de Nápoles, que en su nombre llevaba el de su patria, tan celebrado por Ercilla por sus hercúleas fuerzas, i a quien el poeta épico hace de Jénova o Milan, segun lo pide el consonante de la octava real; Alonso de Miranda, Andres Salvatierra Narvajo, Hernan Perez de Quezada, Márcos Veas; i por último, aquel capitán Mariño de Lovera que fué en breve alférez del reino, alcalde de Valdivia i mas tarde de Camaná, en el Perú, donde escribió su preciosa crónica. De suerte que el último habla del encuentro como testigo de vista i como parte (1).

(1) Sobre la gallardía de este capitán, natural de Galicia, hé aquí lo que dice a su respecto Pedro de Oña, aludiendo a la revista de capitanes que en ese mismo año de 1557, pasó don Garcia Hurtado de Mendoza en Penco, ántes de entrar en campaña.

«Con escamosa malla i doble cuero
Encima de un dorado castañuelo
Que huella el aire vano mas que el suelo,
I apenas cave en toda la ribera;
Parece don Mariño de Lovera.»

PEDRO DE OÑA.—*Arauco domado*, Canto IX.

Mariño de Lovera, a quien suelen llamar los antiguos documentos, Mariño de La Vera, fué uno de los fiadores de Villagra cuando entró en funciones como gobernador propietario; lo que prueba que, además de ser buen soldado i mejor cronista, era personaje de alguna significacion.

Hasta aquí se ha creído que Mariño de Lovera no dejó sucesion en Chile, pero hemos encontrado, un siglo despues de estos sucesos, el nombre i la firma de un cura de Renca llamado don José Villarroel *Mariño de Lovera* (1665).

En cuanto a Márcos Veas, ya hemos dicho cómo dejó sucesion en Chi-

II

¿Qué acontecía, entre tanto, en el campamento de Lautaro?

Todos dormían, porque dormía Lautaro. Engañado el último por la estratagemas de Villagra, a quien suponía amilanado i casi fujitivo en Santiago, habíase entregado a una confianza sin recelos, i aun habia descuidado fortificar su posicion de Chilipirco, escepto con algunos troncos i ramas de árboles. Su mayor seguridad estaba en un carrizal espeso que rodeaba la falda de la colina, i en el cual el indio habia hecho practicar un sendero para los menesteres militares de la provision de su ejército. Componíase éste, en la presente ocasion, de seiscientos soldados escojidos, la mayor parte araucanos, i un millar de Promaucas allegadizos, sobre cuya dudosa cooperacion no era prudente contar en un dia de batalla.

Los Promaucas de la banda boreal del Maule, especialmente, manifestábanse resentidos con el caudillo de ultra Bio-Bio, por las violencias que contra ellos habia ejercido desde que pasara aquel rio, en castigo de sus frecuentes alianzas con los castellanos (2).

le, i aun parece que estaba vivo i era correjidor de Santiago treinta años justos despues de estos sucesos. Fué él (a ménos que tuviera un hijo del mismo nombre i de alto prestigio) quien condujo las tropas i los clérigos de Santiago contra el corsario Tomas Cavendish, cuando el 30 de marzo de 1587 desembarcó en Quintero.

Carvalho, que anda casi siempre con su chupa al revés, llama a este correjidor *don Márcos de la Vega*.

No conocemos a ningun conquistador, compañero de Valdivia, que viviera hasta el siglo XVI; pero algunos llegaron a su última década: Rodrigo de Quirega falleció de 90 años en 1575; Diego García de Cáceres estaba vivo en 1583, cuando fué gobernador; Márcos Veas era correjidor en 1587; Juan de Cuevas, alcalde en 1590; i hemos visto figurar el nombre del bravo Juan Godinez hasta 1597, o sus cercanías.

(2) «Pero pasado este último rio, comenzó inhumanamente a destruir

III

Eran todavía las altas horas de la noche cuando los *Cautenes* (que así llama Ercilla a los soldados que Villagra traía del Cautin) llegaron sin ser sentidos al faldeo de Chilipirco, i echando de ver Villagra, dice Ercilla, que el cielo estaba aun estrellado,

Pasó esperando el claro i nuevo día
Que ya por el oriente descubría.»

Era este día, que iba a marcar una de las mas sangrientas i decisivas victorias de los españoles en nuestro suelo, el jueves 30 de abril de 1557, i no 1555 como lo apuntan todos los historiadores cuyas obras corren impresas, incluso Mariño de Lovera, que allí estuvo presente.

Pero el plan de absoluta sorpresa que perseguían Villagra, Godínez i Alonso de Escobar (cuyo último habíaseles reunido hacia solo pocos días, porque el 9 de ese mismo mes hallábase todavía en Santiago), no obtuvo un resultado completo. Los castellanos fueron sentidos por la precipitación de un corneta español que dió la señal de avanzar ántes de tiempo, i permitió a una parte de los soldados de Lautaro

las tierras de los aborrecidos Promaucas, los cuales tratados con benignidad talvez se hubieran separado de los españoles i unido a su partido.

El intempestivo deseo de la venganza no le dejó prever los buenos efectos que esta oportuna reconciliación podía resultar en favor de la causa comun.»

(MOLINA.—*Compendio de la Historia Civil del Reino de Chile*, páj. 165.)

Sin embargo de que el Abate Molina, que escribió el juicio precedente, fué un escritor laborioso, es tal el descuido con que se trataba ántes al parte incidental de nuestra historia, que es la que hoy precisamente nos esforzamos por reconstruir, que ese autor se espresa de esta manera sobre la sorpresa de Chilipirco:—«Dejando Villagra con tal mira el camino real, se dirijió secretamente *por la playa del mar*, donde guiado por un espía, etc.»

correr a las armas. «Hazíanse ojos los españoles—dice Rosales—por ver el campo del ejército donde estaba, i la espesura del carrizal i la dudosa luz del dia no les dejaba determinar, porque no vian sino indios esparcidos i no sabian adonde acometer. En esto el trompeta español tocó sin tiempo el clarín, ò temeroso o turbado i despertó al enemigo i acudió a las armas.»

Con todo, el jeneral de los cristianos no dió esta vez tiempo a los indios para ponerse a derechas en defensa, porque «Villagra—añade el historiador arriba citado—diciendo: ¡*Santiago Españoles!* acometió como un leon desatado i echó por delante los indios amigos.»

IV

Escasos son los detalles, dignos de fé, que han llegado hasta la edad presente sobre el combate de Chilipirco, tan importante en sus consecuencias para los conquistadores, que desde ese dia vieron ya asegurada la capital de su reino. Pero que es de creer que la lanza o flecha que atravesó, en el momento mismo en que se trababa el combate, el corazon de Lautaro, fué el principio i el fin de la batalla, porque lo que ocurrió despues fué solo una resistencia heróica i desesperada, i una matanza sin cuartel.

V

Decíamos que era parca la cuenta de los episodios militares de esas jornadas, que el único de los conquistadores que allí peleara nos ha legado, junto con la memoria escrita de sus hechos, si bien Ercilla, soltando las alas a su númen,

narra mil lances de combates singulares. Mariño de Lovera se limita a apuntar los nombres de los mas bravos soldados que militaron bajo el pendon castellano—segun ya lo hemos recordado,—i a ponderar la valentía de los araucanos, ninguno de los cuales consintió en rendirse, cual el *bataillon sa-grado* de Esparta, porque «ninguno de aquellos araucanos, dice, volvió un punto el pié atras, determinados de morir ántes a manos de los españoles que volver a su tierra vivos i vencidos.» En cuanto a sus aliados de *Itata*, *Ñube* (Ñuble) i *Renogulemo*, «luego que echaron de ver a Lautaro muerto de una lanzada, sin saber quien se la hubiese dado, desmayaron i se huyeron cada uno por donde pudo» (1).

VI

Mas si el capitan se mostró mezquino en detalles de lo que viera, no lo fué tanto el monje investigador, cuyo libro, como lámpara encendida dentro del sótano oscuro de los tiempos, nos alumbrá ahora i nos conduce, porque consagra a esta sorpresa uno de los mejores capítulos de su historia, i allí habrá de leerse si alguna vez aquella vé la luz pública.

Será suficiente anticipar únicamente desde hoi, que la narracion del padre jesuita no difiere de la del cronista ga-

(1) Mariño de Lovera, páj. 189.—El lector habrá notado cómo los cronistas que citamos, distinguen siempre a los valerosos araucanos, de sus aliados, los *Promaucas*, tímidos a veces, traidores otras, incapaces siempre de obtener su emancipacion.

En la misma condicion presenta Mariño de Lovera a los auxiliares del *Itata* i del *Ñuble*. En cuanto a los indios de *Renogulemo* que cita, tal vez, habríamos podido creer que fuera una tribu de *Regolemo*, localidad que pertenece hoi al departamento de San Fernando, si no existiese en la provincia del Maule, departamento de Cauquenes, un paraje de un nombre análogo. Tal es el de *Retulemu*, cuyo nombre tiene hoi el fundo de un señor José del Carmen Rufat.

llego, ni en mucho de la del poeta vizcaino, escepto, como es natural, en el colorido i episodios. (1)

Dice, en efecto, Diego de Rosales que Villagra encargó la caballería a Juan Godinez, «i tomando él la vanguardia con la suya, dió en las barrancas del dormido Lautaro, que al sonido de la trompeta, que reconoció no ser la suya, despertó sobresaltado, dicen que del lado de su mujer llamada Guacolda, a quien por su mucha hermosura, y discrecion tiernamente amaba, y nunca dejaba del lado en la guerra, ni en la paz, por ser de muchos bien mirada, y no faltó quien dijese: que un cacique que pretendia quedarse con ella le dió un flechazo entre la turbacion del arma y lo mató.

«Pero lo mas cierto es que nuestros amigos le conocieron y a flechazos lo mataron, y dieron voces:—*¡Aquí, españoles, que Lautaro es muerto!*

«Peleábase en todas partes con gran valentía y derramamiento de sangre, y Villagra animando a los pocos soldados que tenia contra tan gran multitud, heria i mataba con gran valor, durante la batalla mas de seis horas, y hasta que los capitanes de los indios, viendo que morian tantos, y a los demas descaezidos, huyeron con gran prisa apellidando los cristianos *¡victoria! victoria! viva España!*» (2).

(1) Mariño de Lovera era de Pontevedra, en Galicia, paisano, por consiguiente, de Mendez Nuñez i otros famosos marinos españoles.

(2) El padre Rosales omite asentar el hecho de haber quedado heridos *todos* los castellanos, como lo confiesa Herrera en el siguiente pasaje de su Década VIII:—«Por ámbas partes se peleó ríciamente y los indios hicieron su deber no pudiendo mas resistir al impetu castellano y la órden con que peleaban, quedaron vencidos, muriendo mas de seiscientos y el mismo Lautaro que gobernaba las cosas de la Guerra con prudencia y juicio no de bárbaro: quedaron *heridos todos los castellanos*, para que fuese igual la gloria de tal victoria, estimada por la necesidad en que estaba el reyno y por el freno que puso a la arrogancia de los Indios.»

Murió tambien allí el hermano del gobernador, Juan de Villagra, a quien, habiéndosele encabritado el caballo i arrojádole al suelo, le dió, segun Ercilla, el famoso Rengo, un mazazo en la cabeza,

VII

Tal fué la victoria de Chilipirco, ganada por los conquistadores castellanos contra el mas valeroso, constante i obstinado de todos los defensores del suelo americano, de que da cuenta la historia, desde las Californias a Chiloé, i su verdadero éxito no consistió en haber vencido a sus contrarios, sino en haber quitado la vida a un jefe acostumbrado ya a reorganizar sus ejércitos despues de derrotas que parecian decisivas.

VIII

Mas, ¿quién dió al héroe araucano el golpe certero que le quitó instantáneamente la vida?

¿Fué la mano i el arma de un español?

No parece ésto posible, porque ni aquellos usaban armas arrojadizas, como el dardo que atravesó el corazon del caudillo, ni éste fué herido despues que los cristianos entraron de tropel en el recinto, sino en el instante primero de la alarma. Pero lo mas digno de nota en esta duda—i lo refiere un historiador serio como una alta honra para el jeneral de la hueste castellana—es que ni éste ni el mas triste de sus soldados tenian interes en sacrificar al antiguo pajé de Valdivia, sino,

«Que sesos, ojos i alma le echó fuera.»

El bravo Diego Caro tambien fué herido de gravedad por un golpe de maza, lo que el poeta narra en estos pintorescos cinco versos:

«Hierde de tal manera a Diego Cano
Que la barba inclinada sobre el pecho,
Se le cayó la rienda de la mano,
I sin ningun sentido casi frio,
El cavallo lo lleva a su alvedrío».

Araucana.—Canto XIII.

al contrario, llevaban la órden positiva, el encargo perentorio i el interes seguro de guardar su vida.—«Ofreció premios—dice Diego de Rosales—el jeneral Villagra a quien cojiese vivo a Lautaro para enviárselo al Rey, para muestra de los capitanes araucanos».—¡Tanto era el orgullo que la cautividad de aquel mancebo inspiraba ya por sus gloriosos hechos a sus antiguos amos! (1).

IX

¿Quién mató entónces a Lautaro, si no fué, ni pudo ser, el brazo de un castellano?

¿Fué álguien de su guardia araucana?

No es imaginable siquiera que así hubiera sucedido, porque todos los que llevaron en su ejército ese nombre, agrupándose al rededor de su cadáver, le hicieron su última parada con los suyos.

¿Fuélo entónces alguno de aquellos alevos caciques que seguian su estrella para estar solo a su ventura?

No es ya posible descifrar esos misterios; pero entre la gloria i la muerte de Lautaro, entre su mando omnipotente i su lecho venturoso, habia una mujer, i esa mujer era una belidad codiciada por muchos de los que a su lado vivian. No es entónces sospecha desautorizada la del antiguo cronista jesuita, cuando atribuye el golpe mortal del héroe a álguien que aborrecia mas su dicha que su gloria. No lo es tampoco, a nuestro juicio, la del poeta Pedro de Oña, que, dando

(1) Diego de Rosales, *Historia inédita*, lib. IV, cap. X.

En cuanto a la arma que atravesó el pecho de Lautaro, no hai acuerdo en ninguno de los historiadores. Unos dicen—i éstos son los mas—que fué una flecha, i en este caso es casi seguro que vino de los arcos de los aliados que Villagra echó por delante en el asalto. Otros afirman que fué una pequeña lanza, lo que seria indicio de una traicion o asesinato; i no falta quien asegure que fué atravesado por una espada.

por cierto el hecho, nombra al asesino i refiere minuciosamente su premeditada alevosía (1).

Ignórase i se ignorará ya eternamente la solucion de este problema. Pero si Lautaro pereció a manos de uno de los suyos, la historia tiene derecho para encontrar hasta en las pasiones i los acasos de la vida, las eternas retribuciones del bien i del mal, que forman el eslabonamiento moral del linaje humano durante todos los siglos, en todos los pueblos, al traves de todas las razas:—¡Lautaro habia hecho inmolar de igual manera a su caudillo i protector Pedro de Valdivia!

Es a la verdad un hecho profundamente triste, pero evidente, que los que mas se ensañaron contra su cadáver, fueron aquellos indios del Maipo i del Mapocho que seguian, viles i pérfidos, a los españoles. Fueron ellos lo que cortaron su noble cabeza i la trajeron en triunfo a sus borracheras de Santiago. Libaron así en el cráneo de su libertador la espuma de su infame servidumbre, i de esta suerte, en aquella guerra de dos razas, que no ha de acabarse sino por la estincion o la absorcion de la mas débil, el vaso humano que habia contenido el cerebro del Conquistador de Chile, servia, a la par con el del Libertador, en los sangrientos festines de un odio recíproco e inestinguible!...

I ¡caso aun mas estraño que el que acabamos de contar! Francisco de Villagra entraba triunfante en Santiago el 5 de mayo de 1557, recibido por todo el pueblo con el alborozo de su última victoria; i cuando estaba oyendo misa en San Francisco, en la mañana del siguiente dia, un enco-

(1) Este es el juicio de Pedro de Oña en el canto XIII de su *Arauco domado*, que analiza el señor Amunátegui en su *Descubrimiento*, sin prestar por ésto fé a la invencion del poeta, que atribuye al cacique Catirai, predilecto de Lautaro, la cobarde inmolation de su jefe. Según el mismo Oña, Gnacolda, llevada prisionera por los españoles, no consintió jamas en dar su mano a Catirai, aunque ignoraba su crimen, i prefirió ser la querida de un soldado español.

mendero de la vecindad de Santiago envió a decirle que llegaba don García Hurtado de Mendoza con orden severa de prenderlo i remitirlo reo e infamado a Lima. ¡Cuántas, cuán frecuentes, cuán persuasivas son las lecciones de la historia, i cuán poco son aprovechadas!

Así habia, entre tanto, encontrado fin aquella carrera tan rápida como deslumbradora, i que una pérfida saeta tronchó al lucir el alba, en la flor de su lozanía i de su gloria. Lautaro era todavía un mancebo, i habia luchado durante cuatro años con varia fortuna, pero con un valor sublime, igual a su odio en la tenacidad i en los bríos de guerrero.

Arminio americano, se batió, como el jefe jermánico, por la libertad de su suelo contra una raza superior cuya planta odiaba, i que ya no pisa el suelo de su tumba vengada por los siglos. Murió como él i como Viriato, a manos de traidores, pero su gloria ha llegado mas arriba que la de sus mas ilustres compatriotas, haciéndose de fama universal en el Nuevo Mundo por sus hechos, i en el Antiguo por la epopeya, al punto de que su nombre fué en nuestro suelo un emblema nacional de redencion, acogido ya de una manera irrevocable por la posteridad.

Apellidando sus manes, corrieron los chilenos a las armas contra quienes lo habian inmolado. Con su nombre inmortal bautizaron nuestros mayores la primera nave a que confiaron nuestra bandera i nuestra emancipacion, así como al tribunal terrible de sus venganzas contra la raza usurpadora que el indio mozo i sublime habia sido el primero en repeler, hacia de ello cerca de tres siglos, de Chile, su cuna i su patria. I todavía disputaron mas tarde su memoria los pueblos i las comarcas, para tributarle a porfía la ofrenda de las jeneraciones, adoptando por suyo su apellido (1)

(1) Ademas del departamento de Lautaro, que lleva su nombre como

XI

Tavo Lautaro vicios, alimentó bastardas pasiones, propias de salvaje; ejecutó hechos de horror que en un capitán ilustre habrían sido baldón indeleble de su nombre; pero sus faltas cuentan con la induljencia de su mocedad, de su educación, i mas que todo, de su cuna i de su tolo de salvaje.

En lo que sobresalió, ante todo, fué en su jenio militar. Derrotó a Valdivia, como Arminio a Varo, en los desfiladeros, i no hubo un solo capitán de su tiempo, aun aquellos que habian sido educados en las guerras europeas, que sobrepusiera su instinto de soldado, siendo que él habia nacido en una choza i criándose, como doméstico, en una caballeriza. I fué por ésto mui levantada honra la que le ofrecieron los que no habian aprendido a vencerle en el curso de su vida, cuando pusieron tan vivo empeño en salvarlo del último conflicto, a fin de enviarlo a los reyes de que eran vasallos, como un trofeo digno de su augusto orgullo.

No puede traerse a la memoria ni su vida, corta como un día, ni sus estravíos de mancebo i de hombre inculto, ni su último i tal vez único amor, ni su lastimero acabo, sin pensar en que muchos han perecido, como él, en esta tierra de señalados martirios: los Carreras, Manuel Rodríguez, Alejo,

memoria de las proezas que, en su propio suelo, ejecutó el caudillo araucano, no hai, puede decirse, una sola ciudad de Chile que no haya consagrado igual memoria en algunas de sus calles, i ésto es comun a nuestros pueblos de Sud-América, especialmente los de la República Argentina.

Sabido es de todos que el nombre de *Lautaro*, sus guerras, sus propósitos fueron una especie de moda patriótica durante la revolución de la independencia en toda la América, i de aquí el nombre de *Lojia Lautarina* aplicado a la terrible asociación en que se inscribieron San Martín, O'Higgins, Las Heras, Pueyrredon i la mayor parte de los prohombres de la revolución hispano-americana.

el mulato, caudillo el último, como el indio, de las huestes araucanas i víctima al fin de una celada en que el amor mas que la guerra fué parte i fué culpa. Préstase, por ésto, aquella breve vida, de veinte o veintidos años a lo sumo, a una leyenda no interrumpida de tres siglos, que podria tomar arranque en el cerro de Chilipirco i hallar su desenlace en la fúnebre quebrada de Tiltil, donde una humilde piedra recuerda todavía al caminante, al héroe que inmoló allí la *Lojia Lautarina!*

XII

I por todo ésto habria sido justo escribir, despues de nuestra emancipacion de la España, sobre cualquier trozo de granito, aun en el mas humilde i deleznable, i en memoria de sus hechos, aquellas palabras con que un cronista chileno, hijo de las comarcas que redimiera Lautaro, pone, apropiado fin, como nosotros, a la relacion de sus hazañas inmortales. «ESTE FUÉ—dice Miguel de Olivares, oriundo de Chillan—ESTE FUÉ EL FIN DE LAUTARO, ANÍBAL CHILENO, QUE CONSIGUIÓ CABALMENTE TANTAS VICTORIAS DE LOS ESPAÑOLES, COMO EL CARTAJINES DE LOS ROMANOS, I AUNQUE EN MENOR TEATRO, MOSTRÓ IGUAL INDUSTRIA I OSADÍA. NO NACIÓ EN EL MANDO, PERO MERECIÓ OBTENERLO, I SIN LA PREENMINENCIA DE LA SANGRE I EL SUFRAJIO DE LA SUCESION. SU VALOR SOLO, LO ELEVÓ DE REPENTE DE CRIADO A PRÍNCIPE; I FUÉ UNO DE LOS MAS PRÍNCIPES QUE EN TODAS LAS SERIES DE LAS EDADES HAN SIDO PARA SÍ ARTÍFICES DE UNA GRANDE ALTEZA.»

FIN

Página.

CAPITULO III. El país ocupado por los españoles.—Sus valles.—Españoles verdaderos i su aislamiento.—Las tallas del Norte i su número.—Los curules propios.—Los *Womawa*, i están ocupados.—El libro de la historia de Lautaro.—El libro de la historia de Lautaro.—Historia en que se relata a los cronistas sus esfuerzos de la batalla.—Contribucion de las tropas de Lautaro en una guerra.—Lautaro en el Maule.—Escritura i descripción que se le atribuye.

INDICE.

DEDICATORIA.....	V.
UNA PALABRA.....	VII.

ARAUCO.

(ORÍJEN DE LAUTARO I DE SU NOMBRE.)

CAPITULO I.	Niñez de Lautaro i época verdadera en que entró a servir a Valdivia.—¿Se desertó Lautaro en la batalla de Tucapel o ántes?—Juicio sobre este acto.—Lautaro en la batalla de Tacapel.—Su importancia en el campo araucano.—Introduce la estrategia de los españoles entre sus compatriotas.—Marcha asombrosa de Francisco de Villagra desde Osorno a Concepcion.—Batalla de Marihueno.—Lautaro toma la artillería.—Los araucanos, mandados por Lautaro, ocupan a Concepcion.....	1
--------------------	--	----------

PENCO.

(CAMPAÑAS CONTRA CONCEPCION.)

CAPITULO II.	Segunda campaña de Villagra.—Horribles castigos, hambres i epidemias.—Los españoles repueblan a Concepcion i Lautaro la toma por asalto.—Concibe Lautaro el pensamiento de espulsar a los españoles de Chile.—Organiza su expedicion i marcha al Maule.—Su guardia de <i>huilliches</i>.....	27
---------------------	---	-----------

DEL ITATA AL MATAQUITO.

Página.

CAPITULO III.	El país ocupado por los españoles.—Sus valles.—Su poblacion verdadera i su aislamiento.—Las razas del Norte i su número.—Los <i>chilenos</i> propios.—Los <i>promaucas</i> , i estension del territorio que ocupaban.—El llano central.—Tambos.—Plan militar de Lautaro.—El Mataquito i su <i>Huerta</i> .—Errores en que ha inducido a todos los cronistas una estrofa de <i>Ercilla</i> .—Confusion de las tres campañas de Lautaro en una sola.—Lautaro pasa el Maule.—Severidad i disciplina que despliega en su marcha.—Sorprende un asiento de minas i se apodera de sus herramientas para fortificarse.—Llega al Mataquito i se atrinchera en <i>Peteroa</i> .—Ofrece a sus soldados el saqueo de Santiago.—Su desinteres personal.—Despacha emisarios a los valles setentrionales.—Apatia de los indios del Mapocho, aliados de los españoles.....	41
---------------	--	----

PETEROA.

CAPITULO IV.	Situacion de la capital en los momentos de la invasion de Lautaro.—Su desamparo por <i>Valdivia</i> .—Socorro salvador de los <i>Comechingones</i> .—Los conquistadores esparcidos en sus chacras i estancias.—Estado indefenso de la ciudad.— <i>Villagra</i> despacha a la descubierta contra Lautaro, al capitán <i>Diego Cano</i> , i es éste derrotado.—Profunda alarma en Santiago.—Alarde de tropas i de vecinos.—Sale <i>Pedro de Villagra</i> con una division en el corazon del invierno.— <i>Villagra</i> asienta su campo frente al de Lautaro.—Su entrevista con éste, i curiosa plática que el jeneral indio tuvo con el capitán <i>Marcos Veas</i> .—La fortaleza de <i>Peteroa</i> .—Ataque matinal de <i>Pedro de Villagra</i> .—Su rechazo i completa derrota por Lautaro.—Comprobaciones.—Lautaro intenta inundar el campamento de <i>Villagra</i> desviando un brazo del Mataquito.—Su súbita retirada hácia el Maule, i sus causas probables.—Abyeccion de las tribus que Lautaro intentaba redimir.....	59
--------------	---	----

LORA.

Página.

- CAPITULO V. Despecho de Lautaro en su retirada.—Se restablece la confianza en Santiago.—Villagra se dirige a la Serena a parlamentar con Francisco de Aguirre.—Comprobacion de este viaje, puesto en duda.—Lautaro se detiene en el Itata i organiza su segunda espedicion.—Alteracion que sufre su carácter.—Su arrogancia i su orgullo.—Su manera de vestir.—Su nuevo plan de campaña.—Guerra de recursos.—Se fortifica en Lora.—Pasado i presente de este asiento indijena.—Lautaro se propone apoderarse de Apalta, en el valle de Tinguiririca.—Resolucion de los castellanos de oponerse a todo trance a este propósito..... 81

GUALEMO.

- CAPITULO VI. Profunda alarma que causa en Santiago la segunda invasion de Lautaro.—Preparativos de defensa.—Rogativas públicas.—Cabildo abierto, i suscripciones de guerra que hace el vecindario.—Juan de Godinez.—Sus instrucciones para evitar que Lautaro ocupe el valle de Tinguiririca.—Sorpresa de Gualemo i regreso triunfal de Godinez a Santiago.—Lautaro se retira a Arauco.—Villagra regresa de la Serena i marcha a la Imperial.—Lautaro organiza su tercera campaña.—Chilican..... 93

CHILIPIRCO.

- CAPITULO VII. Lautaro pasa el Mataquito i se acampa en Chilipirco.—Su plan de interponerse entre las fuerzas de Santiago i las de Villagra.—Regresa éste del sur, i Juan de Godinez se pone en campaña desde Santiago.—Combinan ambos su plan de operaciones desde el Maule.—Estratajema con que burlan la vijilancia de Lautaro.—Marcha nocturna de Villagra i Godinez por la hacienda de *las Palmas*.—El

lenguaraz Romero en el real de Chilipirco.—	
Los amores de Lautaro delante del poema	
i delante de la historia.....	105

EL ULTIMO DIA DE LAUTARO.

CAPITULO VIII. Villagra se aproxima al campamento de Chilipirco sin ser sentido.—Capitanes que le acompañan.—Mariño de Lovera.—Los <i>cautenes</i> .—Desorganizacion de las fuerzas de Lautaro.—Descontento de los <i>promaucas</i> , i sus causas.—Asalto matinal de Villagra.—Heroismo de los <i>huilliches</i> .—Cómo i por quiénes fué muerto Lautaro.—Su cabeza es trasportada a Santiago por los indios del Mapocho.—Juicio sobre Lautaro.—Su jenio militar.—Glorificacion de su nombre durante la era de la Independencia.—Lautaro, emblema americano.....	115
---	-----
